RENGO YETA

RESERVOIR BOOKS

CÉSAR GONZÁLEZ

Rengo yeta

César González

RESERVOIR
BOOKS

A la memoria de Cafú del monoblock 4.

I

La libertad se escuchaba demasiado cerca. Solo unos metros separaban la vida de la muerte en vida. El instituto se ubicaba apenas unos pocos kilómetros al sur del Obelisco, en Parque Chacabuco. En los alrededores rugía el paso de una autopista. Corría el 6 de agosto de 2005.

La celda era chica y de un gris desgastado. Una de las paredes daba a la calle. Por una ventana rota, a tres metros de altura, atravesada con cuatro barrotes de hierro, se colaban sin piedad el frío del invierno, el viento, el ruido de afuera y una estela de luces urbanas que permitían dilucidar algo entre la oscuridad. Los sonidos que hasta ayer pasaban desapercibidos ahora me aterraban. Los autos sonaban como una carcajada gigante que se burlaba de mi encierro. Estaba completamente solo, no tenía a otro pibe para hablar y así, al menos, matar un poco el tiempo. Me sentía sucio, llevaba dos días con la misma ropa: un pantalón deportivo Nike negro y finito, más acorde al verano; una remera de algodón azul y una reluciente campera de jean y corderoy, un botín de guerra marca Bensimon, que encontré en una casa a la que había entrado a robar.

Los huesos me temblaban por el frío, pero más aún por la abstinencia de cocaína. Mi cuerpo no toleraba la ausencia de su vicio favorito. Me rasguñaba la piel, me comía las uñas, me rascaba la cabeza, hacía sonar una y otra vez la mandíbula, me sentaba en el piso y me pegaba piñas en la frente y en el pecho. La abstinencia hacía recrudecer la claustrofobia. Un aullido tenebroso silbaba entre los rincones de la celda. Los demonios desfilaban por mi mente. Otras dos sustancias también clamaban desde mi sangre: poxirrán y clonazepam. Solo habían transcurrido unas pocas horas del último consumo, pero el cuerpo pedía y se negaba a aceptar la realidad. Cómo no entenderlo si me drogaba todo el día todos los días desde hacía más de un año, con el único paréntesis de las veces en que quedé internado en el hospital por los balazos. La droga había ocupado en mi vida el lugar de la comida, el sexo y el amor. Era lo único que me importaba, lo único que hacía, todo mi deseo giraba en torno a ella. Robaba para drogarme. Y no robé pocas veces. Por eso mi patrimonio era nulo. Porque me gasté la mayor parte del dinero robado en droga, en merca cortada con Novalgina, en merca para mí y mis amigos. Y así como

intentaba ser un delincuente prolijo, a veces también era una rata rastrera. La manija al amanecer, cuando ya no quedaba nada de droga ni los transas te querían atender, me llevó a robar por las cercanías del barrio, y alguna que otra vez en el barrio mismo…

Hacía mucho tiempo que no pasaba una noche sin drogarme y me estaba desesperando.

La celda tenía dos tarimas de cemento. Me recosté sobre una donde había un pedazo de colchón de gomaespuma fétida, bien angosto. Me quedé mirando el techo, tratando de olvidarme de la droga. Al rato un guardia me trajo una frazada. A fin de cuentas, estaba en una institución de encierro de menores del siglo XXI. Un halo de falso humanismo regía en las autoridades. Aunque humillante y sangrienta, la realidad de aquí no es comparable con los penales de adultos, donde las peleas son a muerte y entre contrincantes armados con arpones y todo tipo de fierros afilados. Donde te enfrentás hasta por un pedazo de colchón. Aquí un servidor del orden me brindaba un mínimo de abrigo. Me envolví en la frazada manchada con sangre y semen, y cuando a los pocos segundos me empezó a picar todo el cuerpo, me invadió la tristeza. Analicé cómo podría hacer para cortar un pedazo de la frazada, atarla a los barrotes y ahorcarme. Los argumentos sobraban, estaba decidido, pero no contaba con las condiciones físicas adecuadas para intentarlo. Mi pierna derecha, quebrada en tres partes, con el fémur lleno de clavos, me impedía moverme. De todos modos, perseveré en la idea. Mi angustia y dolor se lo merecían, pero lamentablemente la ventana estaba muy alta.

El sonido de la ciudad y esa presencia abrumadora de lo putrefacto no dejaban de acorralarme. Tenía sentido. Estaba en la celda de ingreso, no había inodoro, ni siquiera una botella de plástico. No me quedó otra que mear en una de las paredes.

Olvidé si esa noche dormí o si soñé, pero recuerdo bien la lentitud del desvelo. Estaba atrapado en un sombrío castillo de donde provenía un silencio inquietante. Los jóvenes presos dormían sin drama. El insomnio me rodeó de recriminaciones diabólicas. Miles de voces se multiplicaban y protestaban en mi mente.

¿Cómo no ahorré nada de todo el dinero que robé?

¿Cómo no dejé escondido en algún lugar aunque sea un anillo de oro o un electrodoméstico de valor?

El único capital que había dejado en la calle eran las pocas prendas de marca que quedaron en mi casa, algún que otro par de zapatillas y nada más. Todo insignificante. Ni un mísero reloj de los tantos que luché para arrancar de tantas manos. Ni una pulsera, ni una cadena. Nada. Un gil absoluto. Un ladrón imprudente, inepto y bruto. Qué absurdo haber arriesgado mi vida tantas veces para terminar así, despojado de todo. ¿Por qué fui tan estúpido si la cárcel latía hasta en

mis sueños cuando estaba en libertad? Si no hay delincuente que no se imagine viviendo años en ella. Si uno ya conoce lo que le espera y va preparándose. Se sabe que hay que guardar dinero y oro para no estar secos al momento de la caída.

Me sentía un fracasado como delincuente. Encima estaba ahí tirado con una pierna rota y pudriéndose. Lo único concreto que tenía en mi vida era el amor de mi madre y mi abuela, dos mujeres sometidas por la pobreza desde que nacieron.

¡Qué humillante para quien hasta ayer se creía con un lugar privilegiado en el olimpo de la delincuencia!

Deseaba con todas mis fuerzas recuperar pronto la libertad y robar con mucha más pericia y conciencia económica.

Y también deseaba haber muerto en algunas de las ocasiones en las que me balearon. Ahora no estaría así en una cueva mortuoria, con el músculo de la pierna derecha disecado y la panza resquebrajada.

¿Qué necesidad tenía de haber salido a robar con todas las cadenas de oro puestas?

¿Por qué no me quedé esa tarde jugando al fútbol en el barrio?

¿Por qué no seguí estudiando?

¿Por qué no escuché a tantos amigos que vaticinaban este calvario?

¿Para qué fui tantas veces a robar si ahora no tenía nada?

A esa altura ya me aturdía el olor de la orina impregnada. A medida que el tiempo se estiraba, la ansiedad hacía estragos en las profundidades de mi alma. Era consciente de que al amanecer debería enfrentarme a pandillas de presos aburridos, para quienes un ingreso representa una de las pocas novedades y diversiones del mundo carcelario. Una niebla maligna flotaba a mi alrededor. Empecé a sentir lo que mi cuerpo no sentía cuando estaba en la calle: miedo. En el lugar menos indicado para sentirlo. Y en el momento más inoportuno: cuando recién era mi primera noche en Rejalandia.

La cobardía me invadió. Comprendí que mi crianza en una villa era insuficiente para saber cómo soportar la cárcel. Por más que hubiera visitado a mi madre cuando estuvo presa, por más que conocía de memoria un montón de historias y leyendas tumberas, ahora tenía miedo. Volví a pensar en atar la frazada a la ventana y poner fin a tanto sufrimiento. Habían sido muchos años de martirio, y cuánta gente hay que se suicida por mucho menos. Maldije nuevamente a mi pierna rota, lloré con lágrimas secas, me exigí ese entusiasmo viril que sentía cuando estaba en la calle y era pibe chorro.

II

Recibí acurrucado los primeros rayos de sol del amanecer que entraban por la ventana. Un guardia distinto al de la noche anterior abrió la puerta y ordenó que saliera. Me dio las muletas y seguí sus pasos. La orquesta tumbera ya se escuchaba en todo su esplendor. Fui cruzándome con distintos presos que cumplían diferentes funciones, dos pibes llevaban el carro con el desayuno: una olla grande de metal con mate cocido y varias tazas de plástico. Otros iban esposados con las manos hacia atrás, subiendo hacia la celda de ingreso que acababa de abandonar.

Atravesamos distintos pasillos y puertas que iban abriendo los guardias que las custodiaban. Cada vez se escuchaba el pabellón más cerca. Voces y risas burlonas por doquier. La luz solar llegaba agonizante y era imposible ver el cielo. Finalmente arribamos a la última puerta. Entré al pabellón, un sinfín de gritos me dieron la bienvenida. El guardia abrió la primera celda a la derecha del pasillo. Entré. Cerró la puerta. Se fue, llevándose mis muletas. Adentro había otro pibe, acostado en una de las tarimas de cemento, mirando la pared. A primera vista su actitud me resultó sospechosa. Fui saltando en una pierna hasta mi cama, que estaba en frente de la suya. Desde el resto de las celdas empezó un coro histérico que me sofocó de saludos y preguntas. Había unas quince en total, con dos presos en el interior de cada una.

—¡Ey, la Gardel! ¿Qué onda, rancho? ¿Tenés hambre? ¿Necesitás algo? ¡Tenés que venir con nosotros, los de Villegas! ¡Acá los de provincia tienen que estar con los de provincia!

—¡Ey, la Gardel, no les pases cabida a estos, acá los que movemos la rama somos los de La Boca, tenés que ranchar con nosotros!

—¡Ey, la Gardel, te vimos en la tele, guacho! ¡Yo conozco a un par de pibes de tu barrio!

¿Qué era eso de que dos bandas adentro de un pabellón se identificaran como La Boca y Villegas? No entendía, nunca había escuchado algo así.

No respondí inmediatamente. No busqué entablar diálogo con mi compañero de celda. La maldición del miedo me vació de palabras, de ingenio, allí donde reina el que tiene la mejor parla. Ese silencio podía costarme caro, pero estaba paralizado. Luego de un rato me decidí a

hablarle a mi compañero.

—¿Qué onda, amigo? ¿Todo bien?

El pibe se dio vuelta. Era flaco, muy alto, de piel blanca y pálida, un poco rubio, casi pelado. Ojos angostos, narigón y con pecas.

—Sí, todo bien.

Se escuchó un grito de un pibe desde las celdas.

—¡Ey, la Gardel! ¡No le pasés cabida a ese gato, que es un refugiado, un rastrero! ¡Pedí que te pasen a otra celda, la once está liberada! ¡Vos sos chorro y tenés que ranchar con los chorros!

Aunque ninguno de los que estábamos ahí superábamos los dieciséis años, la voz era de un veterano de los códigos tumberos y me generó un duro dilema. Si lo que decía era verdad, no podía estar en desacuerdo. Sería un gil si no aprovechaba la jerarquía ganada por la causa que me había llevado a prisión. Yo caí por secuestrador; por lo tanto, un rastrero al lado mío tenía que rendir cuentas.

Mi compañero de celda no se inmutó ante la difamación recibida. Eso me generó aún más dudas sobre él. Sin embargo, después de un rato, me dijo en voz baja:

—Estos giles se hacen los piolas porque están dolidos con un compañero mío que antes llevaba la política en este pabellón, hasta que lo trasladaron.

—¿Qué es eso de La Boca y Villegas?

—Acá y en todos los institutos y penales del ámbito federal las ranchadas se dividen así hace una banda de años. La mayoría de los guachos que caen en cana acá son de esos barrios. Los que son de Capital ranchan con los de La Boca; los de provincia, con los de Villegas. ¿Qué onda, te dieron un par de corchazos?

—Sí, un par largo, seis en total: uno en la panza, uno acá (la pierna izquierda) y cuatro acá (pierna derecha), estoy lleno de clavos.

—Mal ahí. ¿Qué onda, se tirotearon?

—Sí, aunque fueron en distintos hechos.

—¿Con la gorra?

—Cuatro fueron con la gorra, uno me lo dio un justiciero y el otro se le escapó a un amigo.

—Una banda de tiros.

De nuevo, gritos desde las otras celdas.

—Eh, la Gardel, ¿tanto vas a hablar con ese gil? ¡No le des cabida al refugiado ese!

Mi compañero de celda agregó con la voz más bajita todavía:

—Ahora cuando te saquen a actividad van a venir todos a hacerse los amigos y al rato te van a querer sacar la ropa, las zapas. Pero vos no comprés con nadie, acá es todo puro chamuyo.

—¿Y por qué no salís a actividad? —le pregunté.

—Si salgo, cobro. Que digan lo que quieran, yo sé quién soy. Estoy

esperando a que me trasladen. Acá todo vuelve. Hoy ellos están llevándola, gobiernan el pabellón, pero el día de mañana pueden estar re quebrados en otro instituto.

Escuchamos la puerta principal y vimos pasar al guardia. Empezó a abrir el resto de las celdas, y cuando llegó el turno de la nuestra siguió de largo. Los pibes salieron y le preguntaron por qué nosotros quedábamos encerrados.

—Este sale mañana recién —me señaló.

El guardia cerró la puerta del pasillo y se fue. Como estaba hecha de un enrejado de cuadrados tan pequeños que solo permitían pasar el dedo meñique, apenas podía ver las caras. Y a través de ese huequito me saludaron. Apoyaban la yema del dedo chiquito sobre uno de esos cuadrados y yo respondía el saludo tocándolos con la misma parte del dedo. Eran como diez pibes en total. Me bombardearon de preguntas. Estaban excitados y se les notaba la ventaja de la costumbre. De estar ya adaptados al encierro. Mientras yo intentaba disimular como podía el miedo que me provocaban.

—Ey, la Gardel, ¿qué onda con ese gato?, ¿se te quiso hacer el piola?

—No.

—Bueno, no le pases cabida, es alto rastrero. ¿O no que sos alto rastrero?

Mi compañero volvió a su posición de antes, recostado y mirando la pared.

—Contestá, cobarde —lo provocó otro pibe. Él siguió callado.

—Cuando salgas a actividad te recibimos nosotros, ¿sabés? Yo soy Condorito, de la Quinientos, en Villegas, estoy piloteando acá con dos pibes de mi barrio. Hay otro de Puerta de Hierro y uno de la Palito.

Todos barrios de La Matanza.

—Bien ahí, gracias —respondí.

—¿Necesitás algo? —preguntó Condorito, que emanaba poder sobre los demás. Su voz era ronca, como la de esos mafiosos italianos de las películas.

—No, nada.

—Eh, ¡traele un sándwich! —le indicó a uno, que salió corriendo y al rato me trajo un sándwich de jamón y queso. Me lo pasó por debajo de la puerta. Un poco se rompió porque el espacio era minúsculo. Comí sin tanta hambre, por los nervios. Lo terminé para no levantar sospechas.

—¿Tenés puchos?

—No fumo —respondí.

—Amigo, acá si no fumás te morís, tomá, agarrá. —Me pasó los puchos nuevamente por debajo de la puerta—. ¿Así que caíste por secuestro?

—Sí, por secuestro, aunque salió todo mal.

—Te vimos por la tele. Igual, algo le habrán sacado…

—Puro chiquitaje, perdimos antes de cobrar el rescate.

—Mal allá, amigo. Bueno, pedí que te saquen a actividad, no te quedes con ese refugiado. Nosotros somos pibes buenos de verdad. Los de La Boca son todos rastreros. Así que vo'fijate. Ahora le voy a decir al celador que te den tus muletas, no te pueden tener así.

Condorito y sus secuaces se fueron. Cumplió su palabra: fue hasta la puerta y le reclamó al guardia por mis muletas.

Contrariado por la mala fama de mi compañero de celda, decidí acostarme e intentar dormir. Lo logré a medias. Al rato, otros pibes volvieron a mi puerta.

—Eh, la Gardel, tomá, fumate un par de secas. Yo soy el Paya, el que maneja el rancho de La Boca acá, si querés te recibimos.

Fui saltando hasta la puerta y agarré un porro bien angosto, enrollado con papel arrancado de una Biblia.

—Gracias, me va a venir bien para el dolor.

—No le convides al otro gato nomás, ¿fuego tenés?

—No.

—Bueno tenés que hacer una mecha —no supe a qué se refería—. ¿Sabés qué es una mecha?

—No.

—Eu, loji, hacele una mecha al pibe. —Mi compañero de celda no se inmutó, seguía en su posición fetal mirando la pared.

—¡Ey!, ¿no escuchaste?

Obedeció. Se levantó de la cama y agarró un rollo de papel higiénico que estaba en el piso al lado de su cama. Se envolvió en la mano una buena cantidad de papel y empezó a enrollarlo y tensarlo, dejándolo fino y duro como un cordón, luego pegó una de las puntas en un lugar alto, al lado de la puerta, sacó del bolsillo un fósforo, lo encendió raspándolo contra la pared y lo llevó hasta la punta de la mecha. La prendió. Se hizo el fuego tumbero.

—Escuchá, la Gardel, el humo lo tenés que soltar sobre una toalla o algún trapo mojado, para que no salte bronca con la gorra. Tratá de no largar nada, que así pega más. Después nos vemos.

Me puse el porro en la boca y con la punta de la mecha lo encendí. Fumé siguiendo la recomendación que me había dado el Paya. Me saqué la remera para usarla como bloqueo del humo. Lo retuve todo lo que pude, pero en un momento sentí necesidad de respirar normalmente. Así que tosí varias veces sobre la tela. Mi compañero de celda esta vez no se quedó mirando la pared. Sorpresivamente se levantó y agarró una botella de plástico con un poco de agua y me pidió la remera. Se la pasé. La mojó en un punto preciso.

—La onda es tirar el humo sobre lo mojado —susurró.

La sugerencia fue adecuada. Fumando así, el humo casi no emergía. Por un lado, sentía compasión y lastima por él, pero sabía que no podía dar lugar a ese tipo de emociones. En la cárcel la solidaridad es contraproducente. Además, seguía sin saber la razón por la que estaba preso. Si era un rastrero, como me habían dicho, estaba obligado a tratarlo mal, por mi propio bien. Yo me había tiroteado con la policía, me balearon, salí en la tele, los argumentos sobraban para exigir pleitesía a quien no hubiera caído preso por algo similar. Aunque había perdido esa hombría despiadada de los últimos meses. Pesaba mucho más la flema suicida, el remordimiento y la culpa. El porro hizo efecto. Si bien la cantidad de marihuana era irrisoria, bastó para sacarme la careta y aliviarme un poco el dolor de la pierna, pero también para hundirme en la paranoia. De repente sentía el encierro aún más aterrador, más pesado, más cargado de energía. Cada sonido se amplificaba, cada carcajada retumbaba en los huesos, parecía como una selva de noche conquistada por demonios. Mis dientes crujían. Le pasé el porro a mi compañero, que primero negó con la cabeza.

—¿Qué onda, no fumás?

—Sí, fumo.

—Tomá, fumá entonces.

—¿No escuchaste a los otros? No quiero tener problemas.

—Tomá, fumá rápido, ¿vos les vas a contar que yo te convidé?

—No.

—Entonces, fumá.

Agarró el porro, fumó y tiró el humo sobre la parte mojada de la remera con aire sobrador, demostrando tener experiencia en el tema. Me decidí a hacerle la pregunta fundamental. Mantuve la voz al mínimo.

—¿Por qué caíste?

—Por robo.

—¿Qué robaste?

—Un auto.

—¿Qué auto?

—Un Gol.

—¿Y qué pasó?

—Nos vio un patrullero y nos empezó a seguir. Hicimos un par de cuadras hasta que chocamos. Cuando bajamos teníamos a toda la gorra encima.

—¿Con quién estabas?

—Con mi compañero.

—¿Es la primera vez que estás en cana?

—No, caí banda de veces. Acá ya estuve. A todos estos los re juno.

—¿Y por qué te tienen tanta bronca?

—Porque creen que soy un cheto.

—¿De dónde sos?

—De Palermo.

—¿De Palermo? ¿Hay una villa que se llama así, Villa Palermo?

—No, soy de Palermo, de acá de Capital, pero vivo en un conventillo re pobre.

Me costaba entender que existieran pibes chorros que vivan en Palermo, no conocía el mundo de los conventillos, aunque había escuchado hablar de ellos. Yo era de una villa miseria del conurbano, Palermo quedaba en Capital, para mí el nombre solo era sinónimo de riqueza. Me habían enseñado que en la cárcel reinan los presos que vienen de las villas con más años de existencia.

—¿Cuántos años tenés? —indagué.

—Quince, ¿vos?

—Dieciséis.

—Entonces, en cualquier momento te van a trasladar. Acá solo hay pibes de catorce a quince años, los de dieciséis van al Rocca.

—¿Y dónde queda eso?

—En Floresta.

—Bueno, al menos es más cerca de mi casa.

—¿Qué onda la pierna? ¿Te duele?

—Sí, guacho, me re duele.

—No digas “guacho”, no se dice “guacho” acá adentro.

—¿No?

—No, no, acá hay banda de berretines. No se te ocurra putear madre, ni decir “huevo”… Al huevo se le dice producto; a la leche, vaca rallada… Ya vas a ir aprendiendo. Sí decís alguna de esas cosas, van a decir que te desbocaste, si te desbocaste van a querer pasarte por arriba. ¿No estuviste en cana antes?

—Sí, pero solo unos días en taquería y en un par de institutos abiertos, nada que ver a esto, y me fugué siempre al toque.

—Guarda con eso también. Acá se aprovechan de los primarios. No importa por qué caíste, acá hay cada rastrero llevando pabellones… todo es parla. El Paya, el que te dio el porro, está por robar celulares y fijate, está re acomodado. Entra y sale a cada rato y siempre cae por lo mismo: celulares. Pero tiene buena parla y por eso le tienen miedo.

—¿Y Condorito?

—Él es chorro de verdad y es buen pibe. Seguro te va a recibir él.

¿Debía creerle? Tampoco me quedaban muchas opciones y sus consejos no sonaban descabellados. ¿Y mi hermano Leo? ¿Cómo estaría? Sabía que se encontraba muy cerca; en el instituto de al lado, el San Martín, donde albergan a los pibes de catorce años. Sentía mucha angustia por él, siendo tan chiquito estaba pagando un delito que no había cometido. ¿Y mis demás compañeros? Balita, con la pierna amputada, también preso por un delito que no cometió. ¡Kevin

y Cristian lo mismo! ¡Ninguno de todos ellos había sido parte del secuestro! ¡Cuánto me atormentaba la culpa! ¡Qué triste desenlace para mi vida! ¡Cuánto dolor evitaría si tan solo pudiera suicidarme!

Una brisa hedionda recorría el calabozo. Y todo podía ser aún peor. Estar preocupado todo el tiempo de que los otros presos no me atacaran, cuidar cada palabra para no desbocarse, demostrar las veinticuatro horas que tu virilidad no se había extraviado…

A pesar de todo, estaba convencido de que recuperaría mi libertad rápidamente. Tenía que esperar solo diez días hasta que el juez de instrucción decidiera si me dejaba con prisión preventiva o me liberaba, sin que eso implicara que se me eximiera de mis responsabilidades. Pero, en el fondo, sabía que eso era una fantasía, que mi culpabilidad era clara y que rara vez los pobres tienen derecho a esperar un juicio en la calle (así sea monitoreada con una tobillera).

El guardia abrió la puerta de nuestra celda y me ordenó que saliera. Me dio las muletas, volvió a cerrar, dejó al otro tirado en su tarima y me indicó que ya podía salir a actividad, con el resto de los presos.

—Agradecele a Condorito por tus muletas —me dijo.

Las tomé y caminé hacia el fondo del pasillo, doblé a la izquierda y me encontré con una amplia sala. Algunos pibes miraban la tele, otros jugaban al truco y al chinchón con cartas hechas con el cartón de las cajas de té y dibujadas prolijamente a mano. Había una larga mesa de cemento que atravesaba el lugar. Varios caminaban y fumaban ensimismados. Al verme, Condorito y sus secuaces vinieron a mi encuentro. Me saludaron con amabilidad y me preguntaron si necesitaba algo, si me dolía la pierna, si quería ropa, si me quería bañar. Le agradecí a Condorito por la gestión de las muletas y les respondí que necesitaba pegarme un baño. Dio la orden a un gato: la estirpe más baja en las cárceles, los que están para obedecer, para limpiar, para ser la fuerza de choque en los enfrentamientos con los guardiacárceles. Unos cayeron por delitos menores, otros que en la calle eran grandes delincuentes se vuelven gatos ahí adentro: no se paran de manos y terminan siendo los sirvientes de cualquiera.

Condorito chasqueó los dedos de la mano derecha y el gato entendió el mensaje: trajo una toalla, shampoo y un jabón. Me ayudó a llegar hasta las duchas. En el camino fue convenciéndome para que ranchara con los suyos, con los de Villegas. Le dije que sí. No podía negarme ante tanta hospitalidad.

Era pleno invierno y no había agua caliente. Le pedí una silla, no podía bañarme parado, mi cuerpo no tenía la fuerza suficiente para mantener la estabilidad. También accedió a ese pedido, hizo que el gato me trajera un banquito de plástico y ropa limpia. La ducha era un caño oxidado y el agua salía a cuentagotas y helada. Quedé sentado bajo el suave torrente, cagándome de frío. Me miraba las cicatrices y

seguía sin perdonarme el haber terminado a esa edad con el cuerpo así. No necesitaba una gran lucidez para darme cuenta de que en ese estado estaba en completa desventaja frente a los demás. Terminé de bañarme. Volví al salón. Condorito me hizo señas de que me sumara a la mesa con ellos. En la otra, los de La Boca me miraron con recelo. En especial, el Paya, que estaba en el piso, jugando a los dados junto a otros. Comprendí de dónde provenía su apodo. Le decían así porque era un experto en la payana, un juego de dados que era una de las principales distracciones en el pabellón. Consistía en dejar cinco dados en el piso, tomar uno, lanzarlo al aire y antes de que tocara nuevamente el piso, agarrar los cuatro restantes y con la misma mano dejar los cinco apoyados en el piso. El juego se iba complejizando cada vez más. Dos dados al aire y agarrar los tres restantes; así hasta llegar al máximo nivel de dificultad: tirar cuatro dados, tomar el restante en el aire y dejar los cinco apoyados en el piso. El Paya era tan bueno que muchas de sus maniobras las hacía a una gran velocidad y hasta con los ojos cerrados. Jugaba con otros presos que también exhibían excelencia, aunque no eran tan buenos como él. De golpe alguien gritó.

—¡Eh, la Gardel! ¡Mirá! ¡Sos vos!

El pibe que gritó le subió el volumen al televisor. En un noticiero se sucedían las imágenes del allanamiento de mi casa: un plano me mostraba tapado por una campera negra, arrastrado por los policías cuando me subían al camión. También vi al resto de la banda: Leo, Kevin, Cristian, Balita, a mi madre y a mi abuela, todos entrando en el móvil. Los pibes volvieron a vitorearme. Sonreí de orgullo. No cualquiera sale por la tele y mucho menos por una causa tan pesada como secuestro extorsivo. Tenía que aprovecharlo. Me trataban con respeto, pero no sabía hasta cuándo. Al rato llegó la comida. Se escuchó la apertura de las puertas y el sonido del carro viniendo hacia nosotros. Un pibe con un guardia al lado nos entregó a cada uno una bandeja de plástico. El menú era una presa de pollo, puré de papas y un pedazo de pan. Nada mal. No lo esperaba. En el año 2005 en la Argentina corría un viento de época a favor de los derechos humanos. Vaya a saber cuál hubiese sido mi destino si emprendía el camino delictivo en otro tiempo.

Tenía el apetito cerrado, pero estaba obligado a comer. Sentí cierta lástima por los gatos. Les sacaban su bandeja y se la quedaban los más pesados. O verdugueás o te verduguean, así funciona...

—Los giles estos no tienen derecho a comer —me dijo Condorito, que se había puesto a mi lado a ver la tele y adivinó mi mirada piadosa sobre los gatos.

"¡A limpiar!", ordenó e inmediatamente los gatos le hicieron caso. Uno agarró una escoba, otro un secador, otro un trapo y se pusieron a

fregar la parte que les correspondía, es decir, medio pabellón. Los gatos de La Boca hicieron lo mismo con su sector. Yo me quedé cerca de la tele, mirando el noticiero. Algún que otro pibe me sacaba charla y le respondía de forma escueta. Mis ojos estaban clavados en la pantalla, quería ver si decían algo más sobre mi causa, pero no volvieron a mostrar nada. Al rato, vino el guardia y nos ordenó volver a las celdas. Tomé las muletas, agarré la ropa sucia que me había sacado al bañarme y regresé; antes de entrar tuve que entregarle las muletas al guardia. Mi compañero seguía en la cama, mirando la pared, a un costado estaba la bandeja de comida completamente vacía.

—Se come bien acá en menores, ¿viste? —me dijo con un carisma renovado.

—La verdad que sí.

—Andá a mayores… ahí se pelean hasta por un pedazo de pan.

—Sí, ya sé.

—Igual, acá los pibitos tienen más berretines que los mayores. Todo es un berretín acá.

—¿Por qué no salís a actividad? Más que un par de piñas no te vas a comer.

—Si salgo me agarran a palazos, amigo. Ojalá me dejaran pelear mano a mano.

—Y Bueno. Salí y demostrá o ¿se te enfría el pecho?

—Me van a caranchear, ya los juno. Te hacen la engañapichanga. Arranca uno, vos creés que es mano a mano, empezás a pelear, y de golpe pum, te rodearon entre varios y te arruinan. Prefiero quedarme acá, que me digan refugiado, no pasa nada, yo sé quién soy. ¿Qué onda mañana? ¿Tenés visita?

—No sé, no quiero que mi mamá me vea acá. Ella estuvo en cana, ¿viste?, ya sabe cómo es, pero igual no da. Ojalá no venga.

—Al menos tenés mamá, yo no tengo.

—¿Qué le pasó?

—Se murió de sida, hace un año.

—Uh, lo lamento mucho.

—Gracias.

—¿Y tu papá?

—Lo mató la gorra cuando yo era chico.

—¿No tenés una guacha?

—Novia, amigo, novia. Acordate, no se dice “guacho” acá, y “guacha” tampoco. Andaba con una piba en la calle, pero viste cómo es… Cuando tenés plata, en la calle estás lleno de amigos, de mujeres… Cuando caés en cana te olvidan todos.

Sus palabras me afectaron particularmente. Yo había sido uno de esos, uno que siendo ladrón vivía rodeado de gente que me exprimía

hasta el último billete. Me había cansado de pagarles la gira a mis amigos. Lo mínimo que esperaba de ellos era que no me olvidaran.

Aunque ese temor se disipaba rápido porque seguía convencido de que no estaría preso mucho tiempo. Creía que en la semana me convocarían desde el juzgado y me liberarían. Mi justificación se basaba en el hecho de que, si bien yo había sido parte del cautiverio del brasileño, no fui a secuestrarlo, simplemente me sumé una vez que lo trajeron al barrio. Una dulce ilusión. Mínimo me cabía un encubrimiento y las pruebas eran contundentes.

III

La noche llegó y transcurrió como había sido el día, con el resto de los presos preguntándome cosas, yo respondiendo con desgano, esta vez apoyado sobre la puerta y con mi compañero de celda sin moverse de su posición fetal. Me dieron ganas de cagar, pero ya había terminado la hora en que podías ir al baño. Así que le pregunté qué podía hacer y me respondió dándome una bolsa y unas hojas de diario.

—Una vez que termines cerrá bien la bolsa.

No tuve opción, cagué, me limpié, cerré la bolsa y la tiré debajo de mi cama. El olor a mierda se escapaba de la bolsa e inundaba el aire de la celda. Llevaba varios días sin ir al baño. Fue una descarga portentosa. Aproveché y también hice pis dentro de una botella de plástico que estaba cargada hasta la mitad con orina de mi compañero. La llené, la cerré y la dejé en una esquina. Me acosté, pero no pude conciliar el sueño. Me mantuve en vigilia hasta que escuché el sonido del guardia abriendo las puertas de cada celda a las 6.30. Era domingo, día de visitas. El guardia se posó sobre la nuestra. Tenía mis muletas. Me pidió que saliera. Obedecí. Fui hasta la sala en la que el resto de los pibes desayunaban y se preparaban para recibir a sus seres queridos. Hice unos pasos hasta donde estaba Condorito.

—¿Dónde es la visita?

—Abajo, en el SUM. ¿Ya te dijeron si tenés? ¿Necesitás algo?

—No.

—Bueno, igual ahí hago que te armen un equipo de mate por las dudas, así si te vienen a ver no bajás con las manos vacías. Lavate la cara. Afeitate. No podés bajar así.

Nada más importante y sagrado que la visita. Por eso todos entraban y salían de bañarse. Se cambiaban con ropa limpia, ajustaban hasta el mínimo detalle de su indumentaria. Se iban pasando un pedazo de espejo y perfeccionaban su apariencia. Uno se depilaba las cejas, otro se ponía gel en el pelo y se peinaba con sutileza. Todos estaban de punta en blanco. Iban poniendo en unos bolsos de telas los termos, los mates y las bombillas de plástico. Fui al baño, me lavé la cara, me afeité con una maquinita usada por otro pibe, me duché, me sequé y volví a la sala donde me esperaba Condorito, ya con el equipo de mate listo.

—¿Vas a bajar así, con esa ropa?

—Sí.

—No, amigo, a visita se baja con ropa nueva o limpia. Ahora te rescato algo. ¡Ey, gato! Traele el conjunto de la selección que está ahí en mi celda.

El gato se fue corriendo y al rato vino con un conjunto de la selección, modelo nuevo, que estaba doblado de forma impecable, era de color azul y de algodón, se notaba que tenía muy poco uso y estaba perfumado con olor a jabón de tocador; la manera de mantener la ropa perfumada y que no se impregnara con el del encierro.

El guardia vino hasta la puerta y empezó a llamar por nombre y apellido a distintos pibes. Antes de salir, cada uno les preguntaba a los demás si estaban presentables. Una y otra vez se miraban en el espejo para comprobar la perfección en el aspecto. Todo transcurría muy lejos del estereotipo de criaturas sucias y salvajes, que es como la sociedad imagina a los presos. Si bien el edificio se venía abajo, cada interno se preocupaba hasta lo irracional por el orden, la limpieza y lo apolíneo. Había una obsesión por la belleza.

Al pasar una hora, la mitad del pabellón ya había bajado a visita; de los que quedábamos, solo algunos no estaban ni cambiados y eran aquellos que sabían que ese día no recibirían a nadie. Empezaba a resignarme cuando el guardia gritó mi apellido. Tomé el bolso con las cosas del mate y me dirigí a la puerta. El guardia abrió y fui a paso acelerado; a esa altura ya era un experto en el uso de las muletas. Bajé hasta la sala de visitas y ahí estaban mi madre, con mi hermanito Joni, recién nacido, en brazos y, a su lado, mi tía Flavia. Ojerosas y cansadas, sus rostros estaban atravesados por una honda tristeza. Nos abrazamos en silencio un buen rato, mi tía rompió en llanto sobre mi hombro. Me senté. Ubicados uno al lado del otro, cada familia ocupaba un largo banco de madera. Mi madre y tía me preguntaron un montón de cosas, si me daban de comer, si pasaba frío, si me había peleado con los otros pibes, si me habían pegado los guardias; ¿algún médico había revisado mi pierna? Respondí y luego consulté por mi hermano Leo y por el resto de mis compañeros de causa. A Leo lo habían visitado el día anterior. Se hallaba en buenas condiciones. De los demás se sabía poco, tan solo que los habían llevado a Ezeiza, un penal de adultos. Mi madre dijo una frase que me quedaría grabada en la memoria: “El ser humano es un animal que se acostumbra a todo”. También repitió el diagnóstico de mi compañero de celda: “Acá todo es de la boca para afuera”. Lo acompañó de una serie de consejos bien precisos sobre cómo debía manejarme ahí adentro: “Cualquier cosa agarralos a muletazos”. Le expliqué que no tenía permitido usar las muletas todo el tiempo, que al entrar a la celda me las sacaban. Avisó que se quejaría al terminar la visita. Luego me contó algunas de sus peleas en los días en que estuvo presa. Mi tía se mantenía en silencio.

La abracé de nuevo para consolarla. “Nunca creí verte en un lugar así”, me dijo. “En unos días estoy en casa, tía”, intenté tranquilizarla. Mi mamá creía lo mismo, que seguramente en la semana recuperaría la libertad. Compartíamos el argumento: no estuve en el hecho, me sumé después, ninguno de los detenidos había estado en el secuestro, solo a mí me cabía algún tipo de responsabilidad; los demás no estuvieron antes, durante ni después. Mi madre dijo verme muy deprimido. Yo creía que no se notaba. “Nunca te muestres así, con la mirada para abajo”, dijo tomándome el mentón y levantándolo. Le pregunté por mi abuela, me respondió que estaba muy triste y que no paraba de rezar desde el viernes. También quise saber en qué estado había quedado nuestra casa. Me contó que durante el allanamiento los policías rompieron todo y se robaron unas cuantas cosas. Entre ellas, los ahorros de mi abuela que juntaba desde hacía mucho tiempo. Mis hermanitos más chicos, Daiana, Meli, Joel y Sabri, ya habían superado el trauma. Me trajo un gran alivio saber que mis amigos fueron a preguntar por mí. Mi madre y mi tía me trajeron un bagayo bien cargado: zapatillas, galletitas, yerba, azúcar, tarjetas de teléfono y varias de las pocas prendas de marca que me habían quedado después del allanamiento. Habremos estado charlando unos cuarenta minutos hasta que un guardia nos anunció que la visita había terminado. La tristeza de ese momento es muy particular. Es muy difícil no llorar cuando tus seres queridos se van y vos te quedás ahí adentro. Varios de los presos tenían los ojos brillosos, pero disfrazaban la angustia con un temple de hierro. Cuando el último familiar cruza la puerta, el vacío existencial lo envuelve todo. En ese preciso instante el encierro se siente y duele más que nunca.

Dos guardias nos pidieron que formáramos una fila. Fuimos pasando uno por uno a un cuartito donde nos hicieron desnudar, hacer una flexión (no fuera cosa que nos hubiéramos guardado algo en el culo) y, a pesar de que ya habían sido revisadas, examinaron minuciosamente cada una de las cosas que nos habían traído. A continuación, nos separaron por grupos. Nos ordenaron que pusiéramos las manos atrás, nos esposaron y en fila subimos la escalera, cargando los bagayos con bastante incomodidad, por las esposas. En ese trajín yo sentía envidia de los que habían recibido visita de sus novias y estuvieron a puros besos y caricias sin pudor. Mientras yo debía conformarme con la presencia de mi madre y mi tía.

Llegamos al pabellón. Antes de pasar la puerta nos quitaron las esposas y entramos triunfales en la sala de actividades. Todos los presos apoyaron las bolsas con suministros sobre la mesa de su ranchada correspondiente. Me sorprendió esa especie de socialismo tumbero. Hice lo mismo: fui y apoyé mi bolsa en la mesa de Villegas.

Se percibía en todos los que tuvimos visita una gran felicidad mezclada con amargura. Condorito se acercó y me explicó:

—Acá se comparte todo. No importa cuántas cosas te hayan traído. Lo único que no se comparte es la ropa, eso es tuyo. Igual acá nos prestamos la ropa. Ya lo viste.

Fuimos abriendo las bolsas. Los gatos se encargaban de separar la mercadería: el azúcar y la yerba, por un lado; las galletitas (que era el único alimento que dejaban ingresar), por otro. Luego se llevaron todo a la celda de Condorito. Vi que los de La Boca repetían el mismo procedimiento. Solo me quedé con la ropa. El resto lo doné a la ranchada. La cantidad de normas aplicadas por los presos era igual o superior a las impuestas por la institución. Pero las nuestras eran reglas no escritas, transmitidas y modificadas de forma implícita, sin necesidad de ser verbalizadas. A diferencia de los que gozábamos de cierta jerarquía, los gatos que habían tenido visita tenían que entregar todo sin recibir nada a cambio. Uno de ellos le dio a Condorito una pila de tarjetas de teléfono.

—Bien ahí, ahora andá y limpiá el baño —le ordenó—. Este loji está por arrastrar una vieja, va a tener que pagar la prote hasta que se vaya. ¿Qué onda? ¿Cómo está tu familia?

—Mi mamá bien; mi tía, nomás, estaba un poco mal.

—Vi que tu mamá tenía un bebé re chiquito.

—Sí, Joni, mi hermanito, es recién nacido, tiene un mes, y el padre está en cana por homicidio.

—Uh, mal ahí.

—Sí.

—Te trajeron un par de pilchas piola.

—Algo de lo poco que me quedó en la calle. La gorra me choreó casi todo en el allanamiento.

—Son así estos giles de mierda. No les pases cabida, ya vas a volver a tener todo cuando salgas. ¿Qué onda? ¿Afuera vas a seguir poniendo el pecho o ya te apavuró la reja?

—Yo soy chorro y voy a morir chorro.

—Bien ahí, si nos vemos en la calle podemos ir a robar juntos. Yo tarjeteo, ¿sabés lo que es?

—No.

—Ya vas a ver, solo con una tarjeta de teléfono o de crédito te abro cualquier puerta, así sea del mejor rancho. Me cansé de robar así. Toda la zona de Mataderos, Liniers, Versalles, Devoto, la hicimos pelota con mis compañeros.

Siguió un largo rato contándome cómo esa modalidad delictiva era una de las más populares en Villegas, su barrio. Se escuchó la puerta del pabellón abrirse y el carro de comida acercándose. Otro sinsentido: que no permitan que tus familiares te traigan alimentos y

debamos conformarnos con lo que te dan en el lugar. Aunque no estaba nada mal, era poco. Cada ranchada preparó la mesa y comimos en calma. Al finalizar el almuerzo dominical, uno de los pibes de nuestra ranchada sacó una bolsa con un poquito de marihuana y otra con un par de pastillas de clonazepam de dos miligramos. Me convidó la mitad de una. Los demás arrancaron unas hojas de una Biblia y se pusieron a armar varios porros bien finitos. Condorito mandó a uno de los gatos que cebara mate amargo. "Así la pasta pega más", me dijo. A otro le pidió que hiciera "la isa" en la puerta. Recién cuando acató la orden de vigilar, fumamos con el método de la toalla mojada. El mate no paraba de circular. Antes de que se terminara el termo, los gatos ya habían llenado otro. La amargura de la yerba y el clonazepam eran el uno para el otro. Era verdad que así pegaba más. Solo unos minutos después de tomar, sentí en el cuerpo una especie de calor, la ansiedad paró y de golpe el pabellón empezó a brillar. El encierro dolía menos, la tristeza se había evaporado y las carcajadas emergían como si fueran humo elevándose al techo. Transcurridos unos minutos se nos notaba a todos con los ojos achinados y más envalentonados. De repente se había retirado el miedo del cuerpo. Sentí paz y entusiasmo por la vida. Se calló el demonio de la abstinencia. El miligramo de clonazepam que había tomado reactivó mi alma apagada.

Llegó la hora del engome. Cada cual a su celda. El guardia no sospechó nada o quizás sí, pero prefería hacer la vista gorda. Entré y mi compañero ya dormía. Lo desperté. Preguntó cómo me había ido en la visita y se dio cuenta rápidamente de que estaba drogado.

—Ahora vas a ver cómo les empieza a pintar el coragil a todos.

—¿Por quién lo decís? —lo desafié.

—Siempre que pintan pastas, estos quedan del orto y empiezan a bardearla. Les pega re mal.

Dicho y hecho, al rato empezó un griterío infernal de insultos entre los de Villegas y La Boca. Se guitarreaban entre ellos haciendo sonar cualquier cosa contra las rejas, un ruido que era la invitación a pelear. Se prometieron despedazarse una vez que finalizara el engome. El griterío fue creciendo hasta que se escuchó la puerta principal abrirse; ingresaron varios guardias furiosos y recorrieron el pasillo ordenándonos que hiciéramos silencio o nos llevarían a las celdas de castigo. La mayoría obedecimos, pero Condorito siguió gritando. Se la agarró con uno de los guardias. Le dijo que lo sacara de la celda y que se animara a pelearle mano a mano. Escuché cómo los guardias entraron a pegarle con bastones. Las paredes retumbaban porque Condorito era fornido y se resistía de manera estoica. No paraba de gritar, vinieron más guardias y un enfermero.

—Ahora le dan una pichicata y se termina el bondi —dijo mi compañero.

Varios pibes reclamaban que dejaran de pegarle. De repente cesaron los gritos de Condorito. La pichicata era una inyección que el enfermero te ponía en una de las nalgas. Unos segundos después vi a través de las rejas cómo se lo llevaban a la rastra y medio dormido. Las botas de los guardias que salían sonaban como un macabro redoblante. Cerraron la puerta. El pabellón quedó bajo una tensa calma. Se escuchaba que en cada celda hablaban en voz baja. Le pregunté a mi compañero cómo eran las celdas de castigo.

—Son de dos metros por dos metros y te dejan ahí sancionado por cuatro días.

Comprendí que no vería a Condorito por un tiempo y que perdía a quien había sido tan gentil anfitrión y protector. A su vez, la ranchada de Villegas quedaba huérfana de líder. Me intrigaba ver de qué modo se reorganizaría el pabellón una vez que saliéramos nuevamente a actividad. Seguro los de La Boca aprovecharían la jugada. Por mi parte, seguía bajo los efectos de la media clonazepam. Me sentía más lúcido y hasta me había olvidado del dolor de la pierna.

Durante lo que quedó de la jornada nos mantuvieron adentro de las celdas como forma de castigo. Cada tanto algún integrante de las dos facciones le gritaba a otro prometiéndose sangre.

—¡Más vale que pongas plantilla cuando salgamos a actividad!

—¡Patiarreja!

—¡Se quedaron sin padrino! ¡Ahora se les viene la noche!

—¡No se pongan en nada, manga de fisuras!

—¡Nosotros acá movemos la rama!

—¡Cerrá el orto, pedazo de Rastrillo Hammer!

—¡Soplabolsa!

—¡Patiarreja!

—¡Mandale caca!

—¡Hamacate!

Luego de un rato los pibes se aburrieron de gritar y el sonido volvió a la normalidad. El efecto de las pastillas empezó a bajar, pero al menos pude dormirme.

Al otro día, el guardia abrió la puerta principal del pasillo a la hora de siempre. Esta vez nos tuvimos que parar en el frente de las celdas y hacer el recuento. Cada uno gritaba su número: “¡Uno!, ¡dos!, ¡tres!”. Controlaban que nadie se hubiera fugado durante la noche.

Fuimos hasta la sala de actividades. La atmósfera era bien pesada. Todos llevaban zapatillas puestas y bien atadas. De ahí el origen del berretín “poné plantilla”. Para pelear hay que estar debidamente calzado y con los cordones bien atados. Todos, menos los gatos, llevaban una toalla colgada en el cuello. La batalla era inminente. Los cabecillas de cada facción se miraron y se pusieron de acuerdo sin requerir la palabra. Un integrante de cada grupo se dirigió hacia el

baño. Un gato le subió el volumen a la tele. El resto quedamos simulando charlar para contribuir a tapar el ruido de la pelea. Cinco minutos más tarde los dos gladiadores volvieron. El pibe de nuestro bando terminó llevándose la peor parte. Tenía un ojo morado; si un guardia lo descubría seguro acompañaría a Condorito en las celdas de castigo. Dejaron pasar un rato y otra pareja de contrincantes marchó hacia el baño. Nuevamente se repitió la rutina de subir el volumen del televisor. Esta vez el que regresó con más golpes fue el de ellos. Pero a diferencia de los primeros, que pelearon en silencio, estos lo hicieron con más ruido. Era una política que se cumplía a rajatabla y con la mayor seriedad. Cuando la bronca no era solo entre individuos e involucraba a todo el grupo, se resolvía de esta manera. Peleas mano a mano de todos contra todos, nadie puede negarse a pelear. Así que yo me preguntaba cómo haría para pelear en una pierna cuando me tocara el turno.

¿Habrán escuchado los guardias? La respuesta no tardaría en llegar. Sentimos las botas rebotando contra el piso, la puerta del pabellón se abrió y un grupo de seis guardias, armados con garrotes, cubiertos con cascos y escudos, entraron furiosos; todos los pibes empezaron a correr hacia una de las paredes y apoyaron la frente allí con las manos atrás. Como no tenía las muletas, fui el último en llegar, mediante saltitos y carcomido por el miedo. Los guardias repartieron palazos para todos. Un palazo en las costillas por acá, otro en las pantorrillas por allá. Se ensañaron particularmente con el que tenía el ojo morado. También descubrieron a otro de los que había peleado, que sangraba del labio inferior. A ambos los esposaron y los sacaron del pabellón con destino a las celdas de castigo. Los guardias se cuidaban de no golpearnos en la cara. A mí me dieron un palazo en la espalda que casi me derrumba. El que me pegó se quedó detrás de mí y comenzó a gritarme en el oído.

—¡¿Y vos, rengo de mierda?! ¡¿También estabas en la pelea?!

—No.

—¿No qué?

—No, señor.

—Bueno, decime quiénes son los que estaban peleando o bajás sancionado.

—No sé, señor.

—Ah, te gusta mentir. —Otro palazo en la espalda.

—De verdad, no sé, señor.

—Así que este rengo de mierda se da el gusto de mentirme. ¿Sabías que los rengos son yeta? ¡Tenemos un gato negro en este pabellón! ¡Mirá, rengo de mierda, que te puedo romper la otra pierna! ¿Me vas a decir quiénes eran?

—No sé, se lo juro.

—¡Este también! ¡Sancionado!

Dos guardias me tomaron de los brazos. Uno me esposó y el otro me empujó para que saliera del pabellón. Me iba dando pequeños golpes con la punta del bastón en la espalda para que me apurara. Intenté acelerar mis saltitos todo lo que pude, pero estando esposado y con una pierna maltrecha era más que complicado. Llegamos al final del pasillo. Otro guardia nos abrió la puerta y lo relevó. Este fue más piadoso: me sacó las esposas de atrás y me las puso por delante. Ahora podía moverme con mayor soltura. Bajamos un piso. Atravesamos varios portones custodiados por sus respectivos centinelas hasta que llegamos a las celdas de castigo. No tenían rejas: las puertas de metal solo contaban con una pequeña mirilla. Abrió y entré. Una vez que se retiró el guardia, la voz de Condorito, comprimida por la acústica del lugar, me dio la bienvenida. Me acerqué hasta la puerta y empezamos a charlar. Los otros dos sancionados no emitieron palabra alguna. Condorito intentaba calmarme, alegando que después de un rato te acostumbrabas a ese encierro glacial y hermético. Yo estaba aterrado, y me dolía la espalda. Me recosté sobre una tarima de cemento. Estiré la pierna, que también me dolía. Empezamos a contarnos distintos robos. Los presos son especialistas en el arte de narrar. Cargan las anécdotas con aguda emoción, le dan musicalidad, saben cuándo es el momento de intensificar el tono, recrean voces de otros pibes y hasta actúan de diferentes personajes, víctimas incluidas. Muchos de ellos, sobre todo los rastreros, inventan robos y los relatan con un nivel de detalles que es difícil darse cuenta del engaño. Una mentira bien contada pesa lo mismo que una verdad. En la cárcel, el que domina el arte del relato vive más tranquilo.

Mi robo favorito era ese que había hecho solo, desarmado, con un guardapolvo del colegio puesto y una carpeta que había utilizado en mi último año de primaria. Una tarde en que me sentí traicionado por Kevin. Habíamos pactado que nos encontraríamos a las tres de la tarde y saldríamos a robar juntos, pero cuando llegó la hora pautada, fui hasta el Hueco —el lugar donde parábamos— y me enteré de que se había ido a robar con otros. Volví a mi casa lleno de rencor, me vestí de alumno y salí hacia una zona residencial ubicada entre Haedo y Morón. Decidí que aplicaría la modalidad de escruche y sin compañía. Era una tarde de otoño bendecida por un sol radiante. Caminé unas cincuenta cuadras, a la hora de la siesta. Toqué timbre en varias casas, pero en todas me atendía alguien. Cuando pasaba eso, le rogaba a la persona que respondía si no me convidaba un poco de agua, o le preguntaba si no le sobraba algo para comer o alguna ropa vieja. La mayoría no sospechaba nada raro, al contrario, eran muy amables con quienes ellos creían un adolescente escolarizado. Pude darme cuenta de que en el interior de varias de las casas solo se hallaba la persona

que me atendía, por lo que casi me meto por alguna ventana o recoveco. No me atreví porque estaba desarmado, y decidí mantener el plan original: entrar en una casa donde no hubiera nadie. Tras caminar tanto tiempo me encontraba exhausto y empezaba a sentir que la mala suerte me invitaba a desertar y volver al barrio. Pero otra voz me decía que no podía regresar con las manos vacías. Además, quería vengarme de Kevin. Así que continué la caminata hacia una zona residencial. En cada esquina había una garita y un guardia, patrullaban vehículos de seguridad privada y reinaban los carteles aclarando la omnipresente vigilancia, la electrificación de las rejas o la existencia de perros entrenados para cazar delincuentes. Pasé por al lado de una de las garitas sin que el guardia, que estaba parado fuera de ella vigilando hacia todos lados, me prestara una mínima atención. ¿Por qué sospecharía de un alumno de la escuela? A unos pocos pasos, me crucé con una mansión que abarcaba la mitad de la cuadra. Todas las persianas estaban medio bajas, no se percibía presencia humana. Miré hacia la zona de la garita y el guardia estaba distraído. Empecé a tocar timbre. Toqué bien fuerte y en reiteradas ocasiones. Claramente no había nadie. Y encima por la calle pasaban muy pocos autos. Era el sitio ideal. Pero la garita era un obstáculo para nada menor. Volví la vista a la esquina y me di cuenta de que el guardia estaba mirando hacia el frente, dándome la espalda. En menos de un segundo había saltado la reja y estaba en el patio delantero. Escalé por el costado del garaje, subí al techo y me dirigí hacía la parte trasera de la casa, donde había un inmenso patio. Salté hacia él. Los perros de los vecinos ladraron, pero rápidamente se callaron. Unos ventanales de vidrio permitían ver el interior de la mansión. Quedé obnubilado. A un costado había una puerta que daba a la cocina, la quise abrir, pero estaba cerrada. Busqué algún tipo de herramienta que me sirviera para barretearla. Encontré un pico. Magnífico. Me costó muy poco desprender la reja y la puerta e ingresar. Era una casa de tres pisos, salida de un sueño o de una película. Ya en la cocina, sobre la mesa, encontré un fajo de billetes. En un monitor se podían ver las cámaras de seguridad instaladas por todos los ambientes. Lo desenchufé. Se notaba que alguien había estado almorzando recientemente. El lugar estaba lleno de alarmas, si no habían sonado era porque quien vivía ahí no las había activado y era muy probable que estuviera a punto de regresar. Arranqué un DVD ubicado debajo de un televisor sujetado a una de las paredes y lo dejé apoyado en la mesa. Salí de la cocina, fui hasta el living y el lujo acribilló mis ojos. Sillones y muebles de primera calidad, cuadros colgados, un minigimnasio. Opulencia descarada. Subí lentamente las escaleras y fui entrando en puntitas de pies en las habitaciones, no fuera cosa que hubiera alguien durmiendo. La más grande parecía una suite de reyes. Había cabezas

de animales y varias escopetas exhibidas, revisé los cajones con la adrenalina a flor de piel. No paraba de encontrar objetos de valor: anillos, cadenas, pulseras de oro. No sabía qué hacer con tanta riqueza a mi disposición. Quería guardarme la casa entera en un bolso. Pensé en llamar a mi hermano Leo para que viniera a buscarme a bordo de una camioneta y subir en ella todo lo que pudiéramos. Sería una locura. Si el guardia en la garita de la esquina veía una camioneta o un auto desconocido frenando en la puerta de la mansión, sospecharía y todo se iría de las manos. Así que decidí quedarme solo y llevarme lo que mis fuerzas permitieran. Empecé a abrir los roperos y placares. Ropa de primera marca a rolete. Zapatillas, gorras y sombreros. Cañas de pescar y muchos elementos para cazar. Bajé dos escopetas de las paredes, en otro de los roperos había un revólver calibre 38 reluciente, con dos cajas llenas de balas. Me lo guardé en un bolsillo. La frutilla del postre fue una carabina modernísima que estaba sobre uno de los roperos, adentro de una caja, con olor a nueva. Tenía mira y si bien era una simple carabina, su aspecto era similar al de un rifle automático, como los del videojuego *Counter*. Iba tirando todo encima de la cama, me metía cosas en los bolsillos, en los calzoncillos. Me puse dos camperas de marca y dos pantalones. En otra de las habitaciones, que parecía pertenecer a un adolescente que jugaba al tenis, había un bolso Nike azul gigante. Lo llevé rápidamente a la pieza matrimonial y empecé a guardar todo. No tardé mucho en llenarlo, y todavía me faltaban un montón de cosas. Era desesperante. Encontré distintos aparatos tecnológicos que jamás había visto ni siquiera en publicidades: mp4, computadoras portátiles, varios discmans, walkie talkies, auriculares magníficos, y un aparato muy llamativo y moderno que no podía descifrar qué era. Se me cayeron unas lágrimas de la impotencia, había un montón de cosas que no iba a poder llevarme. Lo que más me dolía dejar eran las escopetas y la ropa hermosa que desbordaba de los placares. Me dio tanta bronca ese lujo descomunal que en un momento pensé en incendiar la casa antes de irme, aunque deseché la idea. Sin embargo, necesitaba dejar algún mensaje. Fui al baño, cagué y no tiré la cadena ni cerré la tapa.

El bolso estaba tan pesado que me costó bajarlo hasta el living. Tuve que arrastrarlo. Hubo lugares de la mansión que no llegué ni a revisar. Si bien había encontrado plata en efectivo, eran todos billetes que estaban a mano, sabía muy bien que en algún lado se encontraría el canuto: una caja fuerte o un escondite con dólares, y vaya a saber qué más, pero no podía solo con todo, me abrumaba tanta fastuosidad y además presentía que en cualquier momento retornarían los dueños. Uno de ellos seguro era cazador, por lo que era muy factible que estuviera armado. Por las dudas, me guardé el revolver en el bolsillo del pantalón, no sin antes llenar el tambor de balas. Habría necesitado

de mucho más tiempo para buscar y hallar el verdadero tesoro. Aunque me dolía en el alma todo lo que no podía llevarme, era hora de emprender la retirada. Por suerte, a un costado de la entrada principal estaban colgados distintos manojos de llaves y uno resultó ser el que buscaba. Salí al patio delantero. Me faltaba abrir la siguiente puerta, que daba a la calle. Fui probando las llaves una por una hasta dar con la indicada. Antes de salir vi tirada a un costado la carpeta del colegio que había dejado al ingresar. Estuve a punto de ir a buscarla, pero preferí no volver sobre mis pasos. Una vez en la vereda miré hacia la garita, y el guardia seguía adentro sin haberse percatado de nada. Encaré la marcha hacia el lado inverso. Tenía miedo de mirar hacia atrás. Transpiraba a cántaros por toda la ropa que me había puesto. Solo unos metros me separaban de la esquina, al doblar ya me perdería de vista del seguridad. Me colgué el bolso como pude y avancé, sacando fuerzas del más allá, hasta que finalmente pude doblar. Apoyé el bolso en el piso, que a esa altura casi me había sacado el hombro de lugar. Tomé aire y seguí caminando sin rumbo. No podía entender bien en qué zona me encontraba. Me crucé a varios transeúntes, pero por suerte nadie sospechó nada. De golpe, a lo lejos, se acercaba un colectivo. ¡La salvación! Comencé a mirar si reconocía dónde estaba la parada. En la siguiente esquina había dos personas con actitud de estar esperando el bondi. Me apuré y llegué hasta ellas. Efectivamente era la parada. Agitado y transpirado, subí detrás de los pasajeros que me antecedían. Una vez arriba, luché por encontrar alguna moneda entre los pantalones que llevaba puesto. Para colmo, se veía la culata de madera del revolver saliendo del bolsillo. Temía que alguien lo descubriera, así que me inclinaba para que una de las camperas cubriera la culata. En cada bolsillo que revisaba sentía fajos de billetes y joyas, pero no encontraba una sola moneda. Hice lo más simple: agarré un billete al azar y le pregunté a los pasajeros si alguno me lo podría cambiar por monedas para pagar el boleto.

“No pasa nada, pibe, subí tranquilo”, respondió el chofer. Quise darle la plata, pero se rehusó y me regaló a cambio una sonrisa. Le agradecí efusivamente. Con suspicacia me dirigí hacia el fondo, tratando en todo momento de cubrir la culata del revolver con la campera o con mi mano. La transpiración a esa altura era tanta que me había convertido en un chocolate derretido. La gente está acostumbrada a viajar con locos y linyeras en el transporte público, y eso pensarían de mí: que era un loco, de esos que andan vestidos de invierno en pleno verano. Al pasar un rato, el colectivo llegó hasta la avenida Rivadavia. ¡Bendición! Ya sabía dónde estaba y nada menos que arribando a la estación de trenes de Haedo. De allí solo necesitaba viajar un tramo hasta Ramos Mejía y estaría a pocas cuadras del barrio. Antes de bajar del colectivo por la puerta de atrás, le agradecí

al chofer, que a través del espejo me devolvió el saludo con el pulgar hacia arriba. Caminé hasta la estación. Pagué el boleto y pasé. Había mucha gente, y esta vez sí me miraban con desconfianza, por lo que decidí abrir el bolso, buscar el estuche de unos anteojos Gucci que había encontrado en la mansión y ponérmelos. Así tenía más pinta de loco aún. Llegó el tren, subí y, aunque había asientos vacíos, preferí quedarme parado cerca de la puerta, debido a que la ansiedad me asfixiaba. Arrancó y unos segundos después se paró junto a mí, del lado donde llevaba el revólver, nada más ni nada menos que un efectivo de la Policía Federal. Me imaginé lo peor, me vi esposado y detenido a la brevedad, pero afortunadamente el oficial solo se quedó quieto, mirando hacia el resto del vagón. Nunca dejé de tapar con disimulo la culata del revolver. Un viaje que no suele tardar más de cinco minutos me pareció eterno. El tren se detuvo varias veces y yo imaginaba que me vendrían a detener en cualquier momento. Hasta que por fin llegamos a Ramos Mejía. Bajé arrastrando el bolso. Estaba cada vez más cerca del barrio. En el túnel de la estación me crucé con dos amigos: el finado Yona, del 12, y el Paragua. Al verme, adivinaron mi situación y nos comunicamos sin mediar palabra, todo entre miradas, ejerciendo la telepatía delictiva. Salimos del túnel y ya no pude contener mi emoción, les conté todo con el pecho acelerado. Yona me preguntó si no daba para volver. Le respondí que era imposible recordar la calle exacta donde estaba la mansión. El Paragua fue hasta un teléfono público y llamó a una remisería del barrio. El remís, un Renault 12, vino a buscarnos unos quince minutos después. En ese ínterin no dejé de brindar detalles exagerados sobre el robo. Nunca había logrado un botín tan importante, y lo más fabuloso de todo era que lo había conseguido en absoluta soledad y desarmado. Protegido por el guardapolvo del colegio y mi carpeta de Plástica, con varios dibujos que había hecho el último año de clases. Un poco me dolía haberlos perdido, pero valió la pena. El viaje hasta el barrio era corto, unas doce cuadras. Iba armado hasta los dientes y me debatía sobre cómo reaccionar en caso de que nos parara la policía antes de llegar. Empezaron a surgir los monoblocks y el ranchería de la villa. Cuando el remís dobló, desde Marconi hacia el interior del barrio, sentí un éxtasis divino. Pedí al remisero que me dejara lo más cerca posible del Hueco. Yona y el Paragua se bajaron antes y rechazaron mi dinero. Le pagué al remisero una cuantiosa cifra por el viaje. Me agradeció con vehemencia.

En el Hueco no había nadie. Apoyé el bolso sobre el banco de cemento y me saqué las dos camperas y los pantalones que llevaba de más. Mi alma era puro regocijo. No tenía claro qué cosas me había traído, todo transcurrió en minutos y a pura adrenalina. El primero en aparecer fue mi hermano Leo, aproveché y le di las cadenas, las

pulseras, los anillos y todo lo que parecía ser de oro, y le pedí que lo guardara en casa. Los demás no tardaron en llegar. Aunque todavía faltaba la persona a la que más me interesaba enrostrarle mi suerte: Kevin. La algarabía crecía, mandé a comprar un par de papeles de merca, licor, porro y pastillas para celebrar. Lo que les llamaba la atención a los demás era ese extraño bicho tecnológico plateado. Mi hermano logró prenderlo. Era un aparato capaz de reproducir videos, música, jugar y más opciones. Nunca habíamos visto nada similar. Llegó el momento de desenfundar la carabina, su presencia era imponente, toda negra, reluciente, con una mira láser futurista. Los otros estaban más excitados que yo. El Peca me pidió el revólver que llevaba en el bolsillo. Se lo di y disparó unos tiros al aire. El arma funcionaba a la perfección, el tambor bailaba aceitadamente. Apareció Kevin, con rostro desahuciado: le había ido pésimo. Tenía las manos cortadas porque había querido entrar en una casa y no pudo. Se me abalanzó. Nos dimos un par de piñas, hasta que nuestros amigos nos separaron. Lentamente se fue calmando y me abrazó, me felicitó y compartimos unos papeles de merca. Fumamos porro y bebimos.

"Mirá lo que te perdiste por traidor", le dije. Siempre que habíamos ido a robar juntos la suerte estuvo con holgura de nuestro lado. Y a la suerte no se la desafía.

Dos horas después volví a casa. Con mis hermanos miramos los videos que el damnificado tenía guardados en el aparato. Había películas de todo tipo y videos personales de viajes, muchos viajes. Seguramente de alguno de ellos se habría traído la maquina esta. Me bañé y me cambié con parte de la ropa robada en la mansión. Me colgué algunas cadenas, me puse pulseras, anillos y salí al barrio brillando como un sol en plena noche. En el Hueco mis amigos estaban re duros, en silencio y con los ojos petrificados por amenazas reales e irreales. Mandé a comprar una buena cantidad de papeles de merca. Alcanzamos el amanecer como siempre: con mucha cocaína en la sangre y sin un solo billete. Mis amigos me pedían que empeñara algo de todo lo robado para intercambiar por merca. Me negué. Tomé unas cuantas clonazepam para bajar y volví a casa a intentar dormir. Al despertar no tenía un peso y fui a robar de nuevo en soledad; esta vez no tuve tanta suerte. Así que regresé al barrio y vendí a un precio ridículo todas las cadenas, las pulseras y los anillos de oro robados en la mansión. Solo me quedé con el aparato ese, se lo di a mi hermano Leo. Pero esa parte no se la conté a Condorito.

De repente, se abrió la puerta de la celda y el guardia me indicó que saliera. Lo hice. Me esposó y me dijo que regresaba al pabellón. Agregó: "Zafaste por ser la primera vez y porque estás así, todo rengo". Saludé a Condorito, lo cual no le gustó nada al guardia. Llegamos al pabellón casi a medianoche. Todos los demás estaban en

las celdas y bajo estricto silencio. El guardia cerró la puerta y se llevó mis muletas. Le hablé a mi compañero, pero dormía profundamente. Desde las otras celdas susurraban algunos de los pibes, querían saber si estaba bien. "Sí", respondí. Los de Villegas me preguntaron sobre el estado de Condorito y les aseguré que él también se hallaba en perfectas condiciones. Me parecía raro que mi compañero durmiera tanto. Me acosté sobre la cama y quedé mirando al techo. Luego miré la bolsa de bagayos que me había traído mi familia y noté que no estaba en la misma posición en que la había dejado. La revisé y comprobé que me faltaba una remera negra Adidas.

Desesperado busqué por todos los rincones hasta caer en la cuenta de que me habían robado. Inmediatamente le grité a mi compañero, que seguía haciéndose el dormido.

—¿Dónde está mi remera?

—No sé, ni idea, yo no toqué nada.

—Dale, la concha de tu madre, no te hagas el otro.

—Yo no toqué nada, amigo.

El panorama era desolador. Sí habían sido los otros pibes, tenía la obligación de reaccionar y responder de alguna forma. Seguí interrogando a mi compañero hasta que confesó.

—Vinieron los de La Boca y me dijeron que les pasara esa remera o si no iban a reventar el candado.

No supe qué responderle. La remera era nueva, apenas si la había usado dos veces. Seguro el que dio la orden fue el Paya. ¿Qué hacer? ¿Debía pegarle a mi compañero de celda por lo que había hecho? ¿Y después qué seguiría? ¿Salgo y se la pudro a los demás? ¿A quién le podría pegar estando así de rengo? Impulsos suicidas se apoderaron nuevamente de mí. Mejor era morirse que salir a pelear. Pero era tarde para lamentos y no podía dejar que mi reputación se viera manchada tan rápido. Si dejaba pasar esta me tomarían de punto. Algo tenía que hacer. Algo lleno de violencia, el único lenguaje para hacerte respetar ahí adentro. Pero no se me ocurría de qué forma vengarme. Si al menos tuviera conmigo las muletas. Al primero que me cruzara lo agarraría a muletazos. O podía esperar a que levantaran la sanción de Condorito y respaldarme en él para la revancha, pero eso también podía ser tomado como un gesto de debilidad. Ahora estaba obligado a demostrar que me la aguantaba solo, sin necesidad de ningún protector. No era fácil, todas las preguntas me las hacía temblando. No tenía fuerzas físicas ni emocionales para pelear. Le hice saber a mi compañero que de alguna manera tenía que pagar por lo que había hecho. Y seguro que eso era lo que esperaban quienes me habían robado la remera. Me estaban probando.

—Perdoná, amigo, acá cuando pasa algo así lo que tenés que hacer es salir a actividad, apagar la tele de cheto y putear madre. "La concha

de su madre a quien me robó la remera, que se pare de manos". Lo tenés que decir gritando y convencido. Mientras más grites, mejor. Cuando hacés eso, el que fue si no se hace cargo está re quebrado y hay que sacarlo pa'afuera. Tenés que hacer un buen espamento —dijo, pero lo que se olvidó de decirme era que alguna represalia correspondía que tomara con él.

En medio de mis dudas y desazón, desde una de las celdas empezaron a burlarse de mí. Una voz simulando un falsete gritó: "Rengo, te re cabió la remera, loji".

Adiviné quién era el que gritaba. Era el Paya. Los pibes de Villegas le respondieron inmediatamente. Pero la voz, ignorándolos, continuó con el martirio: "Te re cabió, Rengo, ahora cuando salgas a actividad te vamos a robar todo lo que te trajeron".

Mi compañero de celda me hizo señas con los ojos de que no respondiera los agravios. La voz seguía gritándome cosas: "Rengo miau, rengo ñami, rengo gil, rengo yeta". En la calle ni siquiera mis amigos se habían animado a burlarse así de mí. Ahora, en Rejalandia, unos desconocidos se atrevían a mofarse sin piedad de mi condición física. Me di cuenta de que tal como había anticipado mi compañero, mi caratula podía servir pero no era suficiente. Ahí adentro hasta el más rastrero puede dominar a los demás si tiene buena labia, puede derrotarte verbalmente sin necesidad de llegar a una confrontación directa.

¡Qué infierno dentro del infierno! De ser ladrón a terminar preso casi sin nada, y que lo poco que tenés te lo roben tus compañeros. Esa noche no dormí. Cuando el guardia abrió la puerta me sentía demacrado, agotado mentalmente, sin afán de nada. De cualquier forma, no tenía muchas opciones, si no peleaba estaba condenado a gozar de una fama de cobarde que sería difícil remontar. Y denunciar el robo sería caer más bajo todavía. ¿Cómo podía haber perdido tan rápido la valentía que tenía en la calle? ¿Era culpa de la sangre pura que me donó Mike, el evangelista, cuando me dieron el tiro en la panza?

Mike es un yanqui, bien yanqui, blanco, rubio, de ojos claros y de religión protestante. Se crio en el sur de Estados Unidos y vino a la Argentina siendo muy joven. Habla perfectamente español y hace años que tiene un proyecto social en mi barrio: se trata de un equipo de béisbol, Las Águilas. El proyecto creció tanto que los pibes terminaron siendo excelentes jugadores y compitiendo con equipos profesionales, y hasta les ganaron algún partido. Para todo el barrio, Mike es un ángel, un profeta rubio que transita por los pasillos a cualquier hora, sin miedo al peligro, cruzándose entre balaceras. Además del béisbol, difunde el evangelio, por eso no era raro que apareciera por el Hueco en plena madrugada, mientras estábamos recontradrogados, a traernos

palabras de amor y a leernos fragmentos de la Biblia. Era imposible enojarse con él; aunque a veces estábamos tan duros que le rogábamos que se fuera, él siempre sabía ingeniárselas para quedarse. Luego de un rato insistiendo, lograba que cerráramos los ojos y nos recitaba una bendición. Resulta que cuando me dieron el balazo en la panza perdí muchísima sangre y necesitaba urgentemente transfusiones. Mike fue de los primeros en apersonarse en el hospital y ofrecerse como donante. Conmigo tenía una relación particular. Le gustaba mi conocimiento de la Biblia, así que teníamos largos debates teológicos. Mientras los demás hacían lo imposible para esconderse de él, yo me ponía a conversar y debatir sobre la existencia de Dios y analizábamos distintos pasajes de las sagradas escrituras. Mi madre me contó, una vez que salí del coma, que la sangre de Mike estaba tan limpia que los médicos le sacaron todo lo que pudieron. Era alguien que nunca había bebido alcohol o consumido drogas ni tenía tatuajes, por eso era tan preciada. De allí mi duda: ¿sería que su sangre eximida del mal había hecho efecto sobre la mía, tan plagada de pecado? Más allá de cualquier superstición, nada me salvaría de la pelea que me esperaba en unos instantes. ¿Y si en vez de una divinidad apoderándose de mi alma fuera más bien una maldición la que generaba mi miedo? Había participado en dos rituales umbandas. A uno fui invitado por mi amigo Cascote, con fama de tener un demonio adentro. Fuimos una noche y miré sorprendido cómo bailaban alocadamente al ritmo de los tambores, hasta que cuando empezaron a transformarse en otra cosa salí corriendo y me volví al barrio. Cascote era de Fuerte Pache, pero paraba en la Gardel, habíamos salido a robar un par de veces y algunas noches se quedaba a dormir en mi casa. Una madrugada se despertó y empezó a reírse y a gritar en un idioma incomprensible, con la cara transformada, los ojos blancos, largaba espuma por la boca. Estuvo un rato moviéndose como una bestia salvaje, mis hermanos lloraban aterrados, mi abuela lo reprendía con frases bíblicas. “Fuera demonio, fuera”, le decía. Cascote (o el demonio) se fue corriendo, poseído en plena madrugada. No lo volví a ver por un par de días y cuando lo hice, él no recordaba nada de lo sucedido. Mi abuela, ferviente evangelista, hizo que vinieran pastores a exorcizar la casa luego del extraño suceso y me prohibió dejarlo entrar nuevamente.

La siguiente ocasión que presencié un rito umbanda fue junto al Peca, una noche en la que me pidió que le hiciera la segunda porque quería ir a pedir por un tío enfermo. Ese ritual fue todavía más salvaje que el anterior. Transcurría en un salón a unas cuadras del barrio y apenas llegamos vimos cómo cantaban y lanzaban rezos exóticos al cielo. Luego se pusieron en ronda y sacrificaron dos gallos y una cabra. Nos ungieron la frente con la sangre caliente de los animales

muertos. Dos mujeres y un hombre, de unos cincuenta años, oficiaban de sacerdotes de la ceremonia. Nos pusieron unos sombreros, nos colgaron unos rosarios y nos obligaron a fumar habanos. Al rato, empezaron a danzar en círculo al ritmo de unos tambores que tocaban otros poseídos. Las canciones eran en portugués. Llevaban sombreros inclinados que les tapaban los ojos. Mientras bailaban se bajaban botellas enteras de whisky y fumaban sin cesar. Al terminar las canciones no manifestaban ni un atisbo de mareo o arcadas por todo lo fumado y bailado. No cabía la posibilidad de que en las botellas hubiera otra sustancia, porque dos de ellas las había comprado yo mismo y fui testigo de cómo se las bajaban de un solo trago. Conocía a cada una de las personas que estaban poseídas y cuando se acercaron a hablarme sentí que eran realmente otros seres. Con uno de los demonios hablé un largo rato. Me profetizó que en un futuro no muy lejano mi vida estaría subordinada por la oscuridad. “Es feo lo que veo, feo, feo”, reveló con una voz amable y terrorífica. También me contó de dónde venía el alma que había bajado a su cuerpo. Supuestamente era un africano que había muerto sin llegar a destino, en la penumbra de un barco esclavista. Y creer o reventar, pero un mes después de conversar con él me darían el balazo en la panza y empezaría mi zambullida en el abismo. Aunque tampoco podía descartar la posibilidad de que mi calvario se explicara por los poderes evangelistas de mi abuela, capaz de rezar a los gritos durante horas. No era descabellado pensar que esto que vivía era a raíz de un pedido exclusivo de ella ante Dios. Mi abuela se la pasaba diciendo que la desobediencia a los mandamientos tarde o temprano se pagaba. Entonces era probable que Dios la hubiera escuchado: “La única forma de frenarlo a tu nieto es cagándolo a tiros y como ni así va a parar, entonces que conozca lo que es estar en cana. Quizás así se calme”.

No me sorprendió que Dios abandonara a mi abuela la noche del allanamiento y permitiera que se la llevaran detenida y la trataran como a una basura. Yo sabía muy bien que Dios tenía rasgos de psicópata, así estaba escrito en un montón de historias bíblicas. Estaba seguro de que mi abuela se había sentido como Job, ese hombre manso a quien, en el Antiguo Testamento, Jehová obliga a pasar las más aberrantes penurias como demostración de fe. Era una de sus historias favoritas. Job era un hombre rico y apacible que tenía una vida tranquila, era un buen creyente, un buen padre y querido por sus semejantes. De repente Dios decide arrebatarle todo y arrojarlo a un precipicio infinito de desgracias.

> Y ahora mi alma está derramada en mí;
> días de aflicción se apoderan de mí.
> La noche taladra mis huesos,
> y los dolores que me roen no reposan.
> La violencia deforma mi vestidura; me ciñe como el cuello de mi túnica.

Él me derribó en el lodo,
y soy semejante al polvo y a la ceniza.
Clamo a ti, y no me oyes;
me presento, y no me atiendes.
Te has vuelto cruel para mí;
con el poder de tu mano me persigues.
Me alzaste sobre el viento, me hiciste cabalgar en él,
y disolviste mi sustancia.
Porque yo sé que me conduces a la muerte,
y a la casa determinada a todo viviente…

Job 30,16

Luego de un extenso calvario, la fe de Job es retribuida, pero para entonces se siente desproporcionada y tardía. ¿Cuánto hay que sufrir para saborear la supuesta gloria celestial? El caso de mi abuela tenía muchas similitudes. El mismo Dios de Job era el que había permitido que unos policías le robaran sus tan sacrificados ahorros. Sin embargo, ella no había desistido en nada de su fe.

No era la primera vez que la policía la humillaba. A ella le encantaba denunciar a los pibes que robaban en la esquina de nuestra casa. Hasta se había hecho instalar el teléfono de línea solo para avisar a la comisaría cuando los pibes se predisponían al ataque piraña. Después de que ellos hacían lo suyo, ella salía corriendo a socorrer a las víctimas. A muchas las traía a casa y las asistía. A veces se ponía a curarles las heridas y a calmarlas en plena crisis de nervios. También le gustaba recoger las documentaciones que los pibes descartaban por los pasillos de la villa. Ella misma las llevaba al correo, compraba las estampillas, los sobres y mandaba los documentos a los domicilios correspondientes; o si había algún número de teléfono llamaba para avisarles a las víctimas que había encontrado las cosas que les habían robado. Una vuelta le dijeron: "Gracias, señora, ¿sería tan amable, por favor, de acercar las cosas encontradas hasta las puertas de un hipermercado, muy cerca de la rotonda de la ruta 3, en Isidro Casanova?". Mi abuela obedeció y al llegar la esperaba una emboscada de la policía. Se la llevaron presa bajo la acusación de ser parte de una banda criminal. La imputaron por robo calificado. No fue fácil conseguir que la liberaran. Hubo que esperar hasta que la congregación de la iglesia a la que asistía hiciera una colecta para pagar un abogado particular, ya que el defensor oficial no hacía nada. La liberaron a los dos días, pero la causa continuó abierta. Tuvo que seguir presentándose en el juzgado hasta que finalmente se dieron cuenta de que era una trabajadora ejemplar, una simple doña de clase baja con un corazón rebalsado de piedad por las víctimas de los robos. Un corazón complejo: piedad para unos y odio para otros. Porque a los pibes chorros siempre los odió. A pesar de ese mal momento vivido, permaneció haciendo lo mismo. Los pibes se enteraron, todo el barrio se enteró. "Vieja antichorra", empezaron a

gritarle cuando se la cruzaban por los pasillos. Mi mamá le insistía para que abandonase ese altruismo ciego, porque nos traería serios problemas.

—¿No te das cuenta de que no sirve de nada ser buena? ¿Que la misma gente que quisiste ayudar casi te deja presa? —le decía mi mamá, pero mi abuela no le daba cabida, al contrario, redoblaba la apuesta.

Crecí escuchando cada noche sus largas oraciones a los gritos, en las que siempre le pedía a Dios por las almas de los pibes chorros. No pedía clemencia o salvación, pedía castigo. “Que tu zarza ardiente queme la maldad de estos demonios que roban en la esquina” era su exigencia espiritual.

—Rengo, te vas de traslado. —Las palabras del guardia aliviaron mi alma.

—¿Adónde?

—No sé, Rengo, pero vamos, afuera, dale.

Los otros internos escucharon y empezaron a despedirse de mí. Nuevamente esa voz chillona apareció para atormentarme.

—¡Te vas todo robado, Rengo! ¡Ya te vamos a cruzar, Rengo! ¡Te salvó la gorra, rengo gil!

Agarré la bolsa con mis cosas. Salí de la celda sin saludar a mi compañero. Avancé detrás del guardia con los gritos de los demás de fondo. Una vez que salimos del pabellón, me dio las muletas. Caminamos hasta llegar a una oficina. Le pregunté qué estaba pasando, no me respondió nada. Me hizo entrar y esperé en soledad un largo rato, parado y apoyado sobre las muletas. Entraron dos guardias, me esposaron e indicaron que los siguiera. Fui saltando en una pierna hasta una Trafic blanca que estaba esperándonos en la vereda. Dos guardias distintos me tomaron de los brazos y alzaron para introducirme en la parte trasera de la camioneta. Me esposaron. Se cerró la puerta. Los guardias se saludaron entre ellos. Uno, el más alto, tomó el volante y arrancó. Me moría de la intriga por saber adónde me estaban llevando. Los guardias iban en la suya, hablando entre ellos, riéndose e ignorándome. Luego de media hora de viaje, el que iba en el puesto de acompañante habló:

—Así que vos sos el famoso rengo secuestrador.

Asentí con una leve sonrisa de orgullo.

—¿Sabías que en cana los rengos son yeta?

—No, no sabía —respondí.

—Bueno, ahora lo sabés, más vale que en este instituto no pase nada raro porque te vamos a echar la culpa a vos… Sabés cómo te dejo rengo de la otra pierna, ja ja ja.

IV

Llegamos al Rocca, el instituto del que me había hablado el rubio de Palermo. De afuera se veía más lúgubre e intimidante que el anterior. Lo circundaban unos paredones de seis metros. La camioneta tuvo que atravesar tres postas de control. Ubicado en pleno barrio de Floresta, una multitud de peatones y autos desfilaban incesantemente por los alrededores. No dejaba de sorprenderme que existieran estos espacios de encierro en plena ciudad. Me estaba esperando un enfermero que llevaba puesto un delantal verde. Se acercó para ayudarme a bajar de la camioneta. Ordenó que me alcanzaran las muletas y me quitaran las esposas. Tomé las muletas y el enfermero me dijo que lo siguiera. Fui saltando detrás de él, mientras me esforzaba para que no se me salieran las zapatillas sin cordones. Llegamos hasta un consultorio. Me hizo sentar en una camilla y empezó a revisarme con el estetoscopio.

—¿Algún problema respiratorio?

—Sí, soy medio asmático.

—¿Tuviste algún ataque en estos días?

—No, por suerte.

—¿Usás el puf?

—Si tengo, sí.

—¿Tenés ahora?

—No.

El enfermero caminó unos pasos, abrió la puerta de un pequeño mueble y sacó una cajita con un salbutamol en aerosol nuevo.

—Tomá, acá tenés uno. Cuidalo.

—Gracias.

—De nada, ahora necesito que te saques el pantalón y te recuestes. Tengo que ver esas heridas de bala. ¿Son seis balazos en total?

—Sí.

—A la mierda. Es increíble que estés así de bien.

¿Así de bien? ¿Al borde de la desnutrición y con la pierna derecha sin músculo? Pero no me animé a contradecir a un enfermero tan gentil.

Me desvestí. Se puso unos guantes de látex y apretó cada uno de los balazos. Se levantó y fue a buscar unas gasas. Las mojó en agua oxigenada y empezó a limpiarme las heridas, enfocándose en uno de los agujeros que tenía en la pierna derecha.

—Acá hay un poco de infección.

Presionó y salió abundante pus por el orificio, produciéndome un dolor horrible. Resistí en silencio, con los ojos crujientes. Al terminar, me mostró la gasa manchada de amarillo.

—¿Hace cuánto no te revisaban esta herida?

—Desde hace un par de meses.

—Vas a tener que estar atento y mantener esta zona lo más limpia posible.

—Debe ser por los pedacitos de plomo que me quedaron adentro. Unos días antes de caer en cana, mi hermano me sacó un pedazo de bala de esa misma herida.

—¿Te dijeron dónde vas a estar alojado ahora?

—No.

—En la celda de enfermería. En estos momentos solo hay dos internos nomás.

—¿No voy a ir a un pabellón común?

—No. Hay que vigilar de cerca esa pierna. Hasta que no estemos seguros de que no hay riesgo de infección y puedas empezar a caminar, te quedás ahí. Siempre y cuando hagas conducta. Si la bardeás te jodés. Se te puede pudrir la pierna. Así que yo que vos la pienso dos veces antes de ponerme a cachivachear.

El enfermero terminó de revisarme, se dirigió hasta la puerta del consultorio y le hizo señas a los guardias de que ya había terminado conmigo. Antes de que llegaran me preguntó:

—¿A Condorito lo conocés de la calle?

—No, lo conocí acá dentro. ¿Por?

—Porque la familia de él se comunicó conmigo y me hablaron de vos. Me pidió que te cuidara.

“Bien ahí, Condorito”, pensé. Llegaron los guardias. Me esposaron y condujeron al final de un pasillo. Se detuvieron en la puerta de una especie de oficina. Golpearon. “Entren”.

Otro guardia, con más laureles en sus charreteras, empezó a llenar un formulario con mis datos. Respondía lo mismo de siempre: nombre, edad, de dónde era, por qué delito había caído, cómo estaba compuesta mi familia, si tenía pareja, si había pibes de mi barrio presos en ese instituto, si era consciente de la gravedad del delito cometido, si tenía pensado hacer conducta o ser un cachivache, si estaba preparado para soportar una larga estadía en prisión. Me remarcó lo mismo que me había dicho el enfermero: que debía cuidar el beneficio que me daban, que a la primera queja no dudarían en trasladarme a un pabellón común.

“Listo, llévenselo”, ordenó el superior. Los guardias me indicaron que caminara hacia el mismo sector por el que habíamos venido. Pasamos por el consultorio del enfermero, avanzamos unos metros,

doblamos y se desplegó una inmensa jaula. Un pasillo de unos cuatro metros de ancho todo enrejado. Desde adentro, otro guardia abrió una puerta, la atravesamos, caminamos hasta otra posta de rejas. No era posible descifrar con precisión lo que pasaba más allá, aunque se podía sentir la vida carcelaria transcurriendo con estricta normalidad. Se escuchaba cumbia saliendo de un precario "toca-toca" (un equipo de sonido), carcajadas, gritos de pibes jugando al truco, chistes burlones y mucho argot tumbero. Ya los habían engomado, es decir, se había terminado el horario de actividades, cuando los presos tienen permitido salir de las celdas para ir a la escuela o al patio o participar de diversos talleres. Estaban alojados en un pabellón colectivo, sin celdas individuales. Eran veinte dentro de una gran habitación de unos quince metros cuadrados. Nuevamente el miedo gritaba en mis venas. El sonido que llegaba parecía el del infierno, con sus demonios más precoces despiertos. Creía que el enfermero o los guardias me habían engañado y que me esperaba una celda común y corriente.

Avanzamos a oscuras hasta una puerta de rejas tapada con una frazada y cerrada con un candado. El guardia tomó las llaves, seleccionó una y abrió. Ingresamos en una sala completamente en penumbras. Parecía de noche, aunque recién eran las once de la mañana. La ventana también estaba tapada con frazadas. Pude distinguir cuatro camas de metal y solo dos ocupadas.

—¿Quién carajo es? —dijo una voz desde una de las camas. La oscuridad era tan espesa que no pude ver quién era el que hablaba. El guardia sacó una linterna, la prendió y se iluminó la cara.

—Soy yo, Gutiérrez. Hay un ingreso.

—Tráiganlo después. Ya sabés que no me gusta que me corten la siesta.

—Dale, Gordo, no te hagas el piola y recibilo bien al pibe, que está cueteado.

—¡Qué carajo me importa!, yo también estoy cueteado. Llevátelo porque te lo saco pa'afuera.

—Portate bien, Gordo.

De repente se hizo la luz, una de las frazadas se cayó de la parte más alta de la ventana. Al quedar la sala iluminada, el pibe que se estaba quejando de mi presencia se tapó rápidamente la cara con la sábana. Al costado descubrí una silla de ruedas. El otro interno dormía como si nada.

—Bueno, Gordo, cualquier cosa me avisan. Nos vemos…

Gutiérrez cerró el candado y se fue. El Gordo, sin inmutarse por mi presencia, se sentó y se destapó. Estaba en cueros, tenía piel blanca, pelo negro y peinado estilo pelinchito con gel, el pecho peludo atravesado por un rosario y los brazos llenos de cicatrices por cortes. Se agachó buscando algo debajo de la cama. Sus piernas no se movían.

Siguió buscando hasta casi caerse del colchón. Finalmente encontró lo que buscaba, era una zapatilla. Se acomodó bien, alzó la zapatilla, apuntó dos veces hacia donde dormía el otro y a la tercera se la clavó con precisión en una de las costillas.

—¡Dale, Bella Durmiente! ¡Despertate!

Yo seguía parado sobre las muletas, sin haber avanzado un solo paso. El otro se despertó sobresaltado y, al darse cuenta de que estaba siendo reprendido, se puso de pie rápidamente sobre el colchón y tapó la ventana con la frazada que se había caído. La celda volvió a quedar en total oscuridad.

—Perdón, Cima, me quedé re dormido —se excusó.

—Que sea la última vez, pedazo de gil.

—¿Qué onda el ingreso este? ¿Quién es?

—Ni idea.

—¿Ni idea qué? ¡Ni idea nada, guacho! —respondí y caminé hacía una de las camas, la que estaba pegada a la ventana, perpendicular a la del Gordo.

—Guacho tenés en la panza —dijo el Gordo y empezó a reírse. El otro también se rio, respaldándolo. Me quedé en el molde porque sabía que había bardeado. Había dicho “guacho”.

—Eh, amigo, no te persigás, es un chascarrillo… ¿Qué onda, de dónde sos?

—De la Gardel

—¿Por qué caíste?

—Por secuestro.

—Bien ahí, y ¿qué onda?, ¿por qué estás en muletas?

—Me dieron un par de tiros. La gorra.

—Uh, mal ahí, ¿te rompieron la gamba?

—Sí, estoy lleno de clavos.

—Yo soy el Cima de Barrio Mitre, Saavedra. Estoy así porque un policía me dio un tiro en la espalda y quedé paralítico.

—Uh, lo lamento mucho. ¿Hace cuánto estás así?

—Seis meses.

La oscuridad era tal que solo podía distinguir tímidamente los ojos de mis interlocutores.

—Eh, vos, dale, ayudalo al pibe —ordenó Cima.

De repente se hizo una pequeña luz. Cima prendió un televisor de unas catorce pulgadas que estaba colgado en lo alto, cerca de su cama y empezó a cambiar de canal con un control remoto. Pude ver con un poco más de claridad al interno restante. Era un flaco de piel bien oscura y que estaba pelado, lo que hacía relucir una cicatriz gigante y espantosa en la cabeza. Era como un ciempiés negro que le atravesaba toda la sien derecha.

—Gonza, de Grand Bourg. Estoy acá en enfermería porque me caí

de un tren —se presentó.

—Mentira. Se llama Pe-Pi. Porque es una pelota pinchada, ja ja… ¿Viste cómo tiene la gorra? Estaba robando celulares el rastrero de mierda y lo tiraron a las vías —aclaró Cima.

—Me pusieron platino en la cabeza. Tengo veinte puntos en total. —Se golpeó tres veces en la zona donde estaba la cicatriz. A continuación, prendió un cigarro y me invitó uno.

—No, gracias, no fumo.

—Igual que Cima, él tampoco fuma. Están re locos ¿Cómo no van a fumar acá adentro?

—Bien ahí. El cigarrillo es para los débiles, para los que no bancan la presión —dijo Cima mientras cambiaba de canal impacientemente —. Quiero un culo así me hago una buena paja —agregó.

Se detuvo en una novela, justo en una escena que transcurría en una playa. Las bikinis de las chicas eran la inspiración necesaria. Dejó el control remoto a un lado, se tapó con la sábana y llevó las manos hacia los genitales. Empezó a masturbarse. Gonza se acostó y se dio vuelta, dándonos la espalda.

—¿Qué onda, amigo, vos no te pajeás? ¿Sos puto? —me preguntó Cima.

—No tengo ganas.

Cima siguió masturbándose como si nada. Yo estaba estupefacto, no podía creer cómo era posible que él lograse una erección estando paralítico. A mí, que no lo estaba, me resultaba imposible desde hace meses tener una. No recuerdo que se me hubiera parado desde la operación en la pierna. Se escuchó un pequeño gemido y después el papel higiénico desenrollándose y siendo cortado. ¿Había logrado acabar? ¿O era toda una puesta en escena? ¿Y yo debería reaccionar? ¿Y cómo se reacciona ante un paralítico masturbándose al lado tuyo?

—Ey, loji, vení —ordenó a Gonza, que inmediatamente se levantó de la cama, se paró al lado de él y lo ayudó a sentarse en la silla de ruedas. Cima fue hasta la puerta y empezó a gritar.

—¡Celador! ¡Gutiérrez! ¡Baño! —gritó y a los pocos segundos el guardia estaba abriéndole la puerta.

El baño quedaba al lado de nuestra celda. Solo había que salir por el pasillo y dar la vuelta. Unos segundos después se escuchó correr el agua. La presión era poderosa. Teníamos una ducha a nuestra disposición, algo que no tenía ni en mi casa.

Quedamos a solas con Gonza y nos pusimos a charlar.

—Está re loco este gordo, no le pases cabida. Se aprovecha de que está así para verduguear a los demás.

—¿Es verdad lo que me contó?

—Sí. El Gordo era re chorrito en la calle.

—¿Y qué onda? ¿Por qué le gusta estar así en la oscuridad?

—Dice que la luz le hace mal.

—Ah, está re loco…

—Ni idea, decíselo a él…

—¿Nunca prenden la luz?

—Nunca. La gorra no le dice nada porque no lo pueden sacar de acá. No hay otro lugar de menores para que lo alojen estando así, paralítico. Y a la casa con la domiciliaria no lo pueden mandar porque está por una causa re jodida.

—¿Por qué cayó?

—Homicidio. Mató a un cobani para ganarle el fierro.

—¿Y en ese hecho lo cuetearon a él?

—Ahí en el hecho no. En la persecución que vino después.

Escuchamos la ducha detenerse. Dejamos de hablar. Unos instantes más tarde oímos la silla de ruedas acercándose por el pasillo y a Cima riendo con complicidad con el guardia. Se abrió la puerta. El Gordo fue directo hacia la cama. El guardia cerró.

Cima, lleno de terquedad, quiso eyectarse de la silla de ruedas hacia el colchón, pero no pudo. Al segundo intento se cayó, quedando desnudo, tirado en el piso. Gonza corrió rápidamente a socorrerlo. Yo me quedé quieto, observando desde mi cama, sin saber qué hacer.

—¡Dejame, que puedo solo! —dijo Cima.

—Dale, Cima, te ayudo a levantarte… no seas caprichoso —le respondió Gonza.

—Salí, gato de mierda, o te rompo la otra parte del gorro que te quedó sana.

Pero Cima, a pesar de su orgullo, no logró alcanzar la cama por sus propios medios. Tuvo que aceptar la ayuda de Gonza, que lo alzó y lo acostó.

El Gordo empezó a reírse y su risa nos contagió a los demás. Fue un desahogo, era mi primera carcajada en mucho tiempo.

La fortaleza de Cima era humillante. Dejaba a mi martirio sin excusas. Ahora ya no podía sentirme la víctima absoluta del universo. Tenía un compañero de encierro imposibilitado de sentir las piernas por el resto de sus días, afrontando una larga estadía carcelaria, nada más ni nada menos que por haber asesinado a un policía en un enfrentamiento, y que, sin embargo, no exhibía una molécula de miedo, más bien todo lo contrario. Los guardias le temían. Los pibes lo querían. Gobernaba la sala de enfermería en total oscuridad y nadie se animaba a contradecirlo. Derrochaba carisma y a pesar de estar paralítico su libido era intensa. En cambio, yo, teniendo mis dos piernas, no podía desmantelar la desazón que latía en mi alma, no era capaz de sentir deseo alguno. No extrañaba el sexo, no extrañaba a mi familia ni a mis amigos. A esa altura, ya ni siquiera extrañaba drogarme. Me encontraba completamente rendido, frustrado,

impotente. Tan solo el orgullo de no quedar como un cobarde ante los demás me brindaba alguna inspiración. Quería morirme. No veía el futuro ni soportaba saber que debía despertar al otro día. ¿Y cómo haría para matarme?… ¿Me mataría en una tumba? ¡Vaya absurdo del destino! Qué final tan abyecto para una vida tan horrenda. Que llorón y que cagón resulté ser, teniéndole miedo a un paralítico y a un rastrero con la mitad de la cabeza aplastada. Yo, que en la calle me creía un noble de la marginalidad, ahora en la cárcel era un esclavo más, y los reyes eran los que se habían acostumbrado al encierro, los que no habían perdido el ánimo y la vitalidad.

¿Cómo hacían para que ese infierno no los afectara? ¿Por qué me formulaba tantas preguntas? ¿Por qué no podía callar mi cerebro? ¿Dónde estuvo mi cabeza todos estos meses? ¿Por qué en la calle estaba dispuesto a todo y ahora sentía tanto miedo? ¿Qué pasaría si mis amigos del barrio se enteraran de esta faceta mía tan cobarde? En la calle resolvería los problemas a los tiros, pero acá tenía que pelear mano a mano. ¿Habrá sido la intuición más animal la que se apoderó de mi cabeza y se transformó en puro pensamiento? Bienvenido sea mi nuevo castigo, otra cicatriz de la que no me podría desprender nunca más: pensar, pensar y pensar, allí donde el que piensa mucho pierde.

Hora de la merienda. Eso nos dijo el guardia desde la puerta. El reloj en la tele marcaba las cuatro de la tarde. Solo llevaba cinco horas en enfermería y ya había entendido muchas cosas. El Gordo Cima me hacía acordar a otros lisiados de mi barrio, pícaros y de una deslumbrante lucidez, que atemorizaban desde la inmutabilidad de sus sillas de ruedas a los cuerpos cinéticos. Cima tenía un aire a Cachinga, un pibe que también había quedado paralítico a los quince. Me crie viéndolo parar coches y robar salvajemente en la avenida Marconi. Era petiso y de cejas pronunciadas. Con solo trece años ya había logrado trascender y ser uno de los delincuentes más respetados. Todos los días aparecía dando vueltas en autos robados a los que apenas podía pisarles los pedales debido a su baja estatura.

Una noche, como tantas veces, intentó parar un auto para robar. Cuando estaba emprendiendo la huida, el conductor le disparó por la espalda. Cachinga cayó herido en uno de los pasillos de la villa, sus compañeros lo rescataron y lo llevaron al hospital Posadas. Estuvo varios meses internado hasta que se escapó. Volvió al barrio en silla de ruedas, pero eso no le impidió seguir robando autos en la avenida o pasearse con armas de grueso calibre y ser aún más aterrador. Nadie se atrevía a desafiarlo o burlarse de él. Hizo arrodillar a más de uno para que le pidieran perdón y hasta se había tiroteado con la policía. Al poco tiempo cayó preso por robo y nunca más se supo de él.

Ni hablar del rengo Carlitos, el padre del Peca, al que le volaron la gamba derecha de un escopetazo en un tiroteo entre bandas rivales.

Su discapacidad no le impedía pelear mano a mano con cualquiera. Había desarrollado gran habilidad saltando en una pierna. Lo vi bailar rocanrol muchas veces, haciendo piruetas con las muletas, con más destreza que aquellos que tenían las dos piernas.

Los pobres que terminan lisiados son como aquellos veteranos de guerra que pierden algún miembro en el campo de batalla, pero que a diferencia de ellos no exhiben ningún trauma. El pasado no es ningún emblema de remordimiento ni la causa inevitable de ninguna depresión. Se mira para adelante, se acepta el dolor y el corazón se endurece. Nada de lamentos ni de culto a la impotencia. Al contrario, la herida de guerra los vuelve más feroces y orgullosos. El pasado es una vidriera de trofeos. Solo se regresa a él para reforzar la jerarquía delictiva, no como excusa para justificar una depresión...

Entre presos no hay desahogo ni catarsis, solo se habla de los asaltos realizados, de los botines alcanzados, de la gloria saboreada y de cómo organizar mejor la vida en el encierro. El único lamento es por los errores cometidos en la realización del robo, no por haber robado. No hay discusión moral alguna porque para ninguno de nosotros robar significaba que éramos malvados o que nos gustaba hacer el mal. Tan solo era el método para alcanzar un objetivo: el dinero. Nunca, en ninguna de las tantas celdas que había conocido, escuché a un pibe celebrar el dolor de las víctimas. En todo caso, la celebración era por el fin alcanzado y no por el medio utilizado. No había un elogio del mal por lo hecho afuera, pero ahí adentro reinaba el que era más maldito. El que se demostraba más dispuesto a la lucha física y poseía velocidad mental, el que sabía pelear y comerte de parla. El más elegante para humillarte. El más maduro y cínico. El más sutil y creativo.

V

Ingresar baleado a la cárcel es una bendición a la que hay que saber sacarle rédito. Un privilegio. Una medalla para cuidar y enorgullecerse. De no haber entrado en muletas hubiese tenido un recibimiento muy hostil. Aunque ahora debía luchar contra un estigma más cruel aún: demostrar que no era un rengo yeta, que mi cuerpo no era ningún instrumento de la mala suerte.

La primera noche en enfermería dormí más tranquilo. Me desperté a las siete de la mañana con el ruido de las puertas y las celdas abriéndose, entreverado con el sonido de la ciudad cercana. Vino Gutiérrez y sacó el candado. Al lado suyo había un pibe que nos traía el desayuno. Mate cocido y pan. Me acerqué a ellos. Las raciones eran mucho más grandes que las que recibían los presos comunes. Tomé mi porción y volví a la cama. Desayuné en pocos segundos, mi apetito se había despertado luego de varios días con la panza vacía y cerrada. Mientras desayunábamos, veíamos el noticiero. Contar con una televisión cerca hacía que el tiempo no fuera tan viscoso. A eso de las diez de la mañana, uno de los pabellones salió al patio y empezaron a jugar al fútbol. Me acerqué a la ventana y corrí un poco la gruesa frazada para ver el partido, pero fui inmediatamente reprimido por Cima.

—¿Qué hacés? Dejá así.

—Quiero ver el partido.

—No, dejá así.

—Pero, dale, si no entra tanta luz.

—Amiguito, es corta, sino te gusta cómo es la política acá pedí que te lleven a un pabellón. ¿O no te da la sangre?

—Yo no pedí que me traigan acá.

—¿Querés que pida yo?

—Hacé lo que quieras.

—No le hables así a mi rancho —intervino Gonza.

—Vos cerrá el orto, pedazo de rastrero —le respondí.

Gonza se levantó de la cama y vino directo a golpearme. No me dio tiempo a nada. Me pegó un arrebato en el pómulo izquierdo que me hizo ver las estrellas. Arremetí empujándolo, volvió sobre mí, nos dimos unas cuantas piñas. Cima le subió el volumen a la tele con rostro feliz, disfrutando de la pelea. Nos seguimos empujando y dando

piñas hasta que, en un instante de lucidez, pude agarrar una de las muletas y se la estampé en la cabeza a la altura de la cicatriz. Gonza cayó desmayado. Cima y yo nos miramos asustados. Por un momento creí que lo había matado.

¿Cómo podría alguien sobrevivir a un golpe tan fuerte en una herida recién operada, nada más ni nada menos que en la cabeza? Tras unos segundos que pasaron muy lentos, Gonza empezó a recuperar la conciencia. Apenas se despertó, vomitó. Le alcancé agua y una toalla. Estaba ido, dijo varias cosas sin sentido y se sentó en la cama. Siguió balbuceando. Cima le gritó: "¡Ey, Pelota Pinchada, acá!". Agarró una botella de agua y me la revoleó para que se la tirara a Gonza en la cabeza. Lo hice y eso ayudó a que se despertara del todo. Me miró con odio y volví a aferrarme a la muleta, mostrándole que si quería seguir peleando no la iba a tener nada fácil. Cima puso paños fríos. "Ey, ya fue", nos dijo y obedecimos. Durante un rato nos quedamos en silencio con el televisor de fondo. Seguí agarrado a las muletas y observando detenidamente a Gonza y a Cima, tratando de descifrar la próxima maniobra. Cuando habían transcurrido más de dos horas desde la pelea, Gonza y yo nos dimos la mano. Hice lo mismo con Cima, que me la estrechó de una forma muy parca y sin mirarme a la cara. Comprendí que la guerra estaba declarada. Que ese paralítico de mierda era mi nuevo enemigo. Pero todo ese odio que sentía por él fue puesto en duda cuando a la una de la tarde empezó *Amor en custodia*, la novela protagonizada por Osvaldo Laport y Soledad Silveyra, que contaba la historia de amor entre un guardaespaldas y su jefa millonaria. Las actuaciones eran grotescas, y el guion muy previsible. Era un simple melodrama, no había imágenes de sexo ni de drogas, lo más sensual para ver era algún fragmento de las piernas de Soledad Silveyra, que a esa edad podía ser nuestra abuela. Pero Cima era fanático. Sus ojos se iluminaron y en su rostro se dibujó la sonrisa de un niño. Gonza se acercó al televisor, manifestando similares dosis de devoción. Yo estaba confundido, me costaba entender cómo un pibe tan arisco podía ser un ferviente seguidor de una serie romántica. Me quedé callado presenciando el placer de mis compañeros. Durante la hora que duró el capítulo estuvieron hipnotizados. Al finalizar, sus ceños volvieron a fruncirse y yo me preparé para seguir peleando. Cima le hizo un gesto con la mirada y Gonza fue hasta la puerta a chequear que no viniera ningún guardia. Se quedó parado allí mientras Cima sacaba una bolsa de porro y se ponía a picarlo.

—¿Sabés armar? —me preguntó.

—No.

—Yo sí, pero los armo para la mierda. Gonza la tiene re lunga.

Gonza dejó su puesto en la puerta y fue hasta su cama. Tomó la Biblia, le sacó una hoja, rompió un pequeño pedazo y se acercó hasta

Cima, le extendió la mano abierta con el papel apoyado para que dejara caer el porro. Con movimientos muy sutiles, Gonza lo armó con una sola mano. Al terminar de enrollarlo, sonrió satisfecho ante su creación. Yo nunca había visto nada parecido.

Cima prendió el porro y le dio unas largas secas que soltó por debajo de la sábana. Luego empezó a abanicarse para que se diluyera el humo. Me convidó, fumé y se lo pasé a Gonza, que me pidió que lo relevara de la vigilancia en la puerta. Fui hasta allí. La ronda empezó de nuevo, fui saltando desde la puerta hasta la cama de Cima, intercambiando posiciones con Gonza. Al terminarse el porro, los tres movimos las sábanas para airear y que se fuera el olor. Cima puso un canal de videoclips y le subió el volumen. Quedamos muy fumados escuchando música de la tele. Me invadió la paranoia. Aunque el porro era finito, sus efectos fueron monumentales. Todos los sentidos se habían liberado de sus broqueles. Mis oídos escuchaban hablar al infinito, podía sentir cada uno de mis balazos latiendo, pero, sobre todas las cosas, el encierro parecía mucho más pesado. Sentía una mezcla de euforia, ansiedad y plena desconfianza hacia mis compañeros. Ellos estaban atravesando las mismas sensaciones. Se les notaba en los ojos. Intenté disimular mi psicosis clavando una sonrisa falsa en mi boca. Cima se burló de Gonza un largo rato. Le decía "Pelota Pinchada" una y otra vez, con diferentes tonos de voz y cerrando con una larga carcajada diabólica. Gonza parecía disfrutar de ser el bufón de Cima. Contó chistes, bailó música al ritmo de las palmas. "Dale hasta abajo", le decía Cima y Gonza obedecía; bailaba hasta abajo. Me sumé a la burla y en complicidad con Cima le fuimos pidiendo que hiciera distintos pasos de baile. Estábamos poseídos. El sonido del guardia golpeando violentamente el candado casi nos mata del susto. "¡Bajen el volumen o les saco la tele!", nos dijo, pero Cima no le prestó atención y siguió gritándole a Gonza que bailara y bailara. El guardia nos volvió a amenazar, Cima lo ignoró otra vez. Entró, era Gutiérrez, y recién ahí, cuando Cima se dio cuenta de que era él, bajó el volumen. El uniformado estaba enojado, pero solo atinó a acercarse y a darle una pequeña bofetada a Gonza, que le devolvió una sonrisa y se acostó en la cama. Gutiérrez y Cima se quedaron hablando un rato como si fueran dos amigos de toda la vida. Se pusieron a tomar mates. Hablaron de amores, de familia y analizaron el último capítulo de la novela. Gutiérrez se fue con un paquete cerrado de puchos, que le regaló Cima.

—¿Querés que te enseñe a armar bien? —me preguntó Gonza.

—Dale.

Agarró la bolsa de yerba, tomó una porción y fue mostrándome con detenimiento los pasos que había que cumplir para lograr un porro bien armado, sin panza, y armoniosamente recto. La tenía muy clara y

eso que la yerba es de un material mucho más duro que la marihuana. Armó un porro tras otro en cuestión de segundos. “Presionás acá, en el medio, la clave es el medio, si le sacás la ficha a eso lo demás sale solo”, me dijo. Fui probando sin suerte. Todos los porros se me rompían, los hacía muy flacos o muy gordos. Estuve como una hora intentando hasta que me rendí. Era imposible igualar la artesanía magistral de Gonza, su estilo era salvaje y delicado. No logré armar un porro dignamente, aunque la clase me sirvió para progresar bastante en la técnica. Al terminar, me quedé un rato observando la cicatriz en la cabeza de Gonza. En el medio de ella sobresalía el rojo marcado por el muletazo. Barajé las distintas secuelas que podrían quedarle. Mirándolo con atención descubrí que tenía hundida la parte operada. Era un milagro que hubiera sobrevivido a la caída desde un tren. Una fortaleza irracional reside en los cuerpos oriundos de los abismos de la marginalidad. El destino o lo que sea se posa sobre vidas que transcurren en pleno anonimato, donde la épica aparece y desaparece silbando bajito. Los nombres de los grandes delincuentes caídos en combate o muertos en prisión solo son conocidos por los habitantes del mundo marginal, por sus familiares y amigos. Cuerpos desmenuzados que siguen bailando como si nada. Cuerpos con un extenso umbral de dolor. Mutilaciones que no perturban el alma. Cuerpos habitados por balas, clavos, prótesis, drenados por bolsitas de colostomía. Cuerpos curtidos, que resisten al tiempo sin desgarrarse ni deprimirse. Como si a más desgaste y daño, el espíritu alcanzara mayor solidez. Ningún balazo perforaba el carisma de los baleados. Viendo el dolor de los otros entendí mejor el mío. Asumí que yo también había desarrollado una resistencia inconsciente, ningún pensamiento por más autodestructivo que fuese se imponía sobre la necesidad de preservación. Triunfó una fuerza más grande que mi propia voluntad, una intuición que no necesitaba de mi aprobación. Aunque había hecho muy poco por cuidar mi pierna, la seguía teniendo.

Es un misterio que determinados cuerpos sufran tanto trastorno físico y no pierdan la vitalidad. ¿Habrá ángeles guardianes para los pibes chorros? ¿Ángeles que salvan la vida a pequeños diablos? ¿Cómo explicar la existencia de tantos pibes que volvían de la muerte, sobreviviendo a los más extraordinarios sucesos? Cuerpos que recibían hasta diez balazos y que seguían andando.

Quizás el hecho de quedar vivo en condiciones tan monstruosas sea la verdadera condena, el verdadero karma por el daño cometido a otros.

Temí que mis golpes le hubieran hecho perder la memoria a Gonza. Cima apagó la tele y la oscuridad lo invadió todo nuevamente. Se dispuso a dormir. Yo también me recosté. Cerré los ojos, pero seguí

despierto. Pasaron unas tres horas hasta que llegó el carro de comida al mando de otro pibe, oriundo de los pabellones. Se abrió la puerta. Gonza y yo nos acercamos a él. Mientras nos servía las raciones, charlamos un poco. Me preguntó de dónde era y cuando le dije, me contó que había un pibe de mi barrio en uno de los pabellones. “No lo conozco”, respondí. En realidad, sí lo conocía, pero tenía nulo vínculo con él en la calle. Vivía en el fondo, y jamás nos saludábamos al cruzarnos. No era tan chorro como yo. Si profundizaba en el recuerdo seguro encontraría hasta alguna discordia. De todos modos, era un pibe de mi barrio, es decir, un posible aliado. Es una alianza que se da naturalmente. Nadie mejor para confiar, en el reino de la desconfianza que es la cárcel, que alguien de tu mismo barrio. Alguien que nunca será un desconocido como es la mayoría de la gente que te cruzás ahí adentro, que es solo tu amiga o enemiga momentánea. En cana alguien de tu barrio es más que un compatriota, es tu rancho, y tu rancho es lo que te protege.

VI

Los siguientes días me fui acoplando a la rutina. Mis ojos naturalizaron vivir en la penumbra. Me volví fan de la novela, que veíamos los tres, tomando mates y concentradísimos. Pasábamos largos ratos junto con Gonza y Cima contándonos anécdotas de la calle. Dejó de molestarme que se masturbaran cerca de mí. Cuando llegaba ese momento, yo simplemente miraba la tele o me recostaba en la cama. Seguía sin deseo sexual, pero me sentía cada vez mejor de la pierna. Una noche, después de cenar, Cima y Gonza empezaron a insistirme para que me animara a abandonar al menos una de las muletas. Hacía meses que no apoyaba el pie derecho. “Dale, cagón, dale. Yo tengo la cabeza deforme, y me dijeron que no iba a caminar y acá me tenés”, dijo Gonza, desafiante. “De a poco”, aconsejó Cima. Pero a mí me daba terror la idea, creía que al apoyar la pierna se me saldrían los clavos. Dudé un rato largo hasta que finalmente me animé. Llevé el pie al piso y para mi sorpresa no sufrí ningún dolor. Di varios pasos torcidos y los tres sonreímos por la victoria. ¡Volvía a caminar con las dos piernas! ¡No se me salieron los clavos! Aunque rápidamente comprendí que si los guardias veían que ya no necesitaba las muletas para moverme, entonces podían considerar trasladarme a un pabellón común. Así que me volví a acostar y fingí un dolor que no sentía. “¿Estás bien? ¿Llamo al enfermero?”, preguntó Gonza. “Sí, por favor”, respondí. Gonza se acercó hasta la puerta, golpeó el candado al grito de: “¡Celador, el Rengo necesita ver al enfermero!”.

Al rato vino el enfermero y lo primero que hizo fue darme un diclofenac, bendito diclofenac, amigo desde hace tantos meses. En la calle me los comía como si fueran caramelos. Me los tomaba de forma preventiva, no necesariamente tenía que dolerme algo.

Pidió que me sentara en la cama, revisó mis heridas y comprobó que ya estaban cicatrizadas. Me dijo que al otro día mandaría al profesor de gimnasia para que me conociera e iniciara la rehabilitación de la pierna. “¿Hay un profesor de gimnasia acá?”, pregunté. “Sí y es muy copado”, me respondió Cima. Como el enfermero era un alma noble e inspiraba confianza, me animé a preguntarle de qué dependía para que me mandaran a un pabellón. “Hasta que no te vea caminar normalmente te vas a quedar acá”, fue su respuesta. Sentí alivio. Sería muy estúpido de mi parte preferir estar en un pabellón, viviendo como

rata. El enfermero se fue, no sin antes darle a Cima dos pastillas de clonazepam a cambio de un paquete de Marlboro. Entre ellos había una complicidad digna de una amistad antigua y sólida. No era para menos, Cima ya llevaba unos cuantos meses viviendo ahí. El Gordo se tomó las pastillas sin molestarse en ofrecernos. Media hora más tarde, su mirada estaba desfigurada. Como si el mal se hubiese apoderado de él, empezó a burlarse descaradamente de Gonza y a arrojarle cosas. Gonza recibía todos los agravios con una pasividad inquietante. Cima quiso hacerse el loco conmigo. Le tuve que frenar el carro. "¡Pará un poco, Coragil, te pinta el coraje porque te tomaste dos pastillas!". El Gordo se enfureció y me arrojó una ojota que rozó mi cara. Yo sabía por propia experiencia que el efecto del clonazepam te hunde en ese estado de violencia hipnótica. Te olvidás del dolor, te bloquea la ansiedad, te creés más poderoso, no medís el riesgo, no sentís empatía ni pena por alguien sufriendo al lado tuyo. Te ves más voraz, pero el costo suele ser muy alto. Se te borra la cinta. Podés mandarte una cagada descomunal y al otro día no recordar nada. Le devolví el ojotazo al Gordo. Se lo ensarté en la frente. Gonza saltó de la cama y vino a atacarme.

—¿Querés que te dé otro muletazo? —lo desafié.

Vino Gutiérrez, enojado por los ruidos. Lo miró al Gordo.

—¿Ya estás de la tanga? Portate bien, dale, que ya termina mi turno y no quiero escribir a nadie.

Cima le aseguró que no habría más desmanes. Gutiérrez, incrédulo, se fue.

—Me las vas a devolver, rengo de mierda, acordate —sentenció Cima y se puso a mirar la tele a un volumen muy alto.

Por suerte se durmió. Con Gonza nos quedamos un rato despiertos, charlando entre murmullos. Se había criado solo en una villa, desde muy chico había salido a cirujear y tomaba merca desde los nueve años. Sus padres estaban vivos, pero no los veía desde hacía mucho. Ranchaba en la plaza Constitución, dormía en la calle y el robo de celulares era su principal sustento. Había caído muchas veces en cana. Entraba y salía porque la caratula que posaba sobre él era siempre hurto, un delito menor y excarcelable.

—Estoy más tranquilo acá adentro que afuera.

La frase me dejó perplejo.

—Pero, amigo, ¿cómo podés preferir estar encerrado a disfrutar de la libertad?

—¿Qué libertad? ¿De qué te sirve la libertad si no tenés dónde caerte muerto? Al menos acá tengo un techo, comida, me llevan al médico, me dan ropa, me puedo duchar, cepillar los dientes. Hay alguien que sabe mi nombre. Cuando salga de acá, no tengo a nadie, no tengo casa ni familia.

Me costaba entender su razonamiento. Para mí estar preso era peor que estar muerto. Al menos muerto podés descansar y no tenés más preocupaciones. La cárcel era como un cementerio de gente viva, muy viva. Porque los pibes que están en cana derrochan una vitalidad que no tienen ni los más libres de afuera… Pero jamás se me ocurriría que el encierro era mejor que la calle. Que te limiten el espacio para moverte. Que te sientas observado todo el tiempo. Que debas rendir examen a cada rato de tu virilidad. Que no haya momentos de placer carnal. Que ya no seas dueño de nada. Que otros presos te puedan robar algo en cualquier momento.

Seguimos charlando con Gonza hasta quedarnos dormidos.

A la mañana siguiente vino a visitarme el profesor de gimnasia. Se llamaba Marcelo, era enano, fornido, tenía el pelo largo, enrulado y atado. Aritos de plata colgaban de sus orejas. Llevaba una musculosa negra apretada que remarcaba su excelente estado físico. Luego de presentarse, lo primero que me pidió es que me parara. Yo no sabía si actuar o ser verdadero. Preferí actuar. Aunque ya podía apoyar el pie en el piso, simulé que tenía la pierna dura y que no la podía mover. Marcelo trató de flexionarla, pero yo pegaba unos alaridos tremendos de dolor.

—Bueno, está bien, vamos de a poco. Te recomiendo que intentes flexionar la rodilla, ya pasaron unos cuantos meses de la operación, necesitás recuperar músculo, mirá la diferencia con la otra pierna, ¿ves?

Tenía la pierna derecha seca, sin ningún tipo de musculatura; en cambio, la izquierda estaba exuberante, porque llevaba todo el peso de mi cuerpo.

—La semana que viene empezamos el gimnasio.

Esas palabras no me hicieron ninguna gracia. Si iba al gimnasio regularmente, los guardias creerían que ya estaba en condiciones de estar en un pabellón. Pero tampoco podía dejar abandonada mi pierna y correr el riesgo de perderla. Asentí, agradeciendo al cielo de que existiera un profesor como Marcelo, tan humano. Nunca me preguntó por qué había caído. Todo su interrogatorio giró en torno a cuestiones de mi cuerpo. Su preocupación por mi salud hizo que volviera a sentir ganas de vivir. Tenía nuevamente un objetivo: recuperar mi pierna. Era hora de salir de mi depresión permanente. En cualquier momento podían darme la libertad y si regresaba al barrio, mejor hacerlo con la pierna fortalecida. Me aterraba pensar en la posibilidad de quedar chueco para siempre. Y si quedaba detenido, tarde o temprano me llevarían a un pabellón, así que tenía que prepararme. En ese estado era una presa fácil para cualquiera. Cuando Marcelo terminó conmigo se puso a atender a Cima. Él seguía resacoso por las pastillas, pero estaba más calmado. Se dio vuelta en la cama, cerró los ojos y Marcelo

empezó a hacerle masajes en la zona de la cadera.

—Mirá y aprendé, Gonza. Así después me hacés masajes vos, ja ja ja.

Gonza se rio.

—Dale, Cima, no seas malo —dijo Marcelo.

—No soy malo, a los rastreros hay que tenerlos así, porque después se te dan vuelta como una tortilla. Yo soy chorro y este es un cuatrero. Estamos en cana, profe. Ya sabés cómo es.

Marce no respondió nada. Siguió haciéndole masajes un rato más y se fue.

—¿Viste que piola que es Marce?

—La verdad que sí, una masa.

Era algo surrealista que existiera alguien así, tan apacible en medio de tanta rusticidad varonil. Alguien que tranquilamente podía trabajar en algún gimnasio o escuela afuera de la cárcel, pero que elegía estar ahí adentro, rodeado de criminales con acné. Su forma de tratarnos como personas nos obligaba a dejar la pose de machos malos por un instante. Pero esto era solo en su presencia; al retirarse, volvíamos a nuestra conducta rígida habitual. Cima seguía sin hablarme y Gonza también me ignoraba, como para no hacer enojar a su amo. Estuvimos todo ese día en silencio. Sumergidos en la tenue oscuridad. Detrás de la ventana se escuchaba a los distintos pabellones jugando al fútbol en el patio. Algunos de los pibes se acercaban y nos saludaban a través de un mínimo hueco de la frazada. Uno de ellos se detuvo y empezó a gritar insistentemente: “¡La Gardel! ¿Qué onda?”. Cima me regañó con un largo “¡shhh!”. No reaccioné, pero por dentro estallaba de bronca. Cada vez lo odiaba más. ¿Quién se creía para sentirse dueño de la luz y también del sonido? ¿Qué pensarían los pibes del otro lado? ¿Habrán escuchado algo? Parece que sí, porque la misma voz de antes esta vez dijo:

—Eh, Rengo, ¿qué onda que no respondés? ¿Te tiene apretado el Cima? Ja ja. ¿Qué onda, Rengo? Hablá, no te apichones.

No sabía qué hacer, una descarga de impotencia me sacudió. Inmediatamente Cima arremetió sobre mi debilidad. Empezó a reírse a carcajadas como si fuera un duende descarado. Gonza se sumó a él y afuera también se escuchaba que reían y gritaban cosas contra mí. Sentí como una música maligna que me aplastaba, los segundos no pasaban. ¿Por qué mi boca permanecía cerrada? De repente, las carcajadas cesaron. El grupo del patio entró de nuevo al pabellón. Cima se reía por lo bajo, mientras miraba la tele dándome la espalda. Mi alma pesaba toneladas, era consciente de que había cometido un error mortal. La noticia de mi cobardía ya se estaría difundiendo por los pabellones. Cuando hacés algo así, como quedarte callado ante una provocación, el cuadro es casi irreversible, a menos que la reacción

sea cien veces más dañina que la acción.

Pensé en destrozarle la silla de ruedas a Cima, en empujarlo de la cama mientras dormía. Pensé que esa vez sería mejor no golpear a Gonza con la muleta, sino directamente pisarle el cráter del cráneo hasta que se le reventaran los ojos. Pensé, pero no hice nada. Me quedé sumido en la quietud. No fue rendición, fue resignación. No podía simular valentía. El silencio me resultaba más atractivo, como una especie de protección. En silencio podía escuchar mejor a mi memoria y refugiarme en ella. No quería escuchar a nadie, quería atravesar la experiencia del encierro en soledad, como si estuviera en un retiro espiritual. Aprovechar para repasar el pasado minuciosamente. Reescribir en mi cabeza los recuerdos que necesitaban de una dosis de indulgencia. El silencio y la memoria son grandes herramientas para atravesar el tiempo tan ralentizado de la prisión. El problema es que nunca estás solo. Y que el silencio es sinónimo de vulnerabilidad. Y que estás encerrado, y si estás callado el encierro parece más triste. Las cárceles están llenas de escultores de la verborragia que doblegan a la tristeza, que renuevan a un ritmo frenético las palabras y los conceptos, y de esa manera achican el peso del tiempo. El silencio suele ser una imposición del servicio penitenciario: a tal hora no se puede hablar más. Por eso la palabra es sinónimo de rebeldía. Hablar es negarse a ser solo un preso, es rechazar ser una miserable alma en pena. Las palabras son tus únicas armas, tu escudo, tu dicha y tu perdición. Ninguno de los capos que manejan los pabellones puede prescindir de ellas. Puede haber algún líder lacónico, pero las pocas palabras que utilice serán las justas y necesarias para hacer brillar su poder. Nadie estaba callado en ese instituto, todo el tiempo escuchabas una cortina sonora de pibes gritando, susurrando, conversando largo y tendido de celda a celda, de ventana a ventana.

Mi silencio podía ser una sentencia. Si nadie allí adentro tiene derecho a la individualidad, ¿quién me creía yo para exigir que se respetara mi silencio? Si todo el mundo tiene que pelear para ganarse al respeto, ¿por qué yo quería que me respetaran sin pelear?

Los segundos pasaban y yo seguía sin reaccionar, mi cabeza carburaba a mil por hora, mi esqueleto temblaba y no podía controlarlo. Lo único que me salvaría sería elevarme a través de la violencia. Entregar mi vida a la brutalidad, empezar a pelear y trabajar para que mi cuerpo se fortaleciera. Mi principal problema era la falta de deseo de pelea. No veía ningún placer en transformarme en un guerrero, pero a la vez no estaba dispuesto a ser un sirviente y vasallo de los demás. Si terminé preso fue porque no acepté una vida de esclavo. Elegí ser delincuente porque no había muchas alternativas para alcanzar un mínimo de bienestar material viniendo de la miseria

más desoladora. El problema no era trabajar, sino su escasa retribución. Las otras opciones también las había probado.

A los once empecé como peón de albañil con mi tío Marcos. Él junto con su padre tenían amplios conocimientos sobre plomería, carpintería y pintura, techos y pisos. No había nada que no supieran hacer. Mi tarea consistía en cargar y descargar baldes de cemento, arena, cal, preparar un pastón y estar atento a lo que me pidieran. Terminaba siempre muy agotado, al límite del colapso, pero el trabajo me servía para tener unas chirolas y comprarme alguna pilcha barata en la feria del barrio y mi propio escabio. Comencé a beber desde muy pequeño, a los nueve; en un principio aprovechando cuando en el rancho de mi abuelo algunos descuidaban sus vasos cargados de vino, cerveza o ginebra. Después, ya a los diez años, lo hacía con pibes más grandes por los pasillos del barrio. No es que me manipulaban o se aprovechaban de un niño; yo era el que insistía, el que les rogaba que me convidaran, hasta que cedían. Vomitaba la mayoría de las veces, lo que me llevó a recibir unas cuantas palizas de mi madre. Para todo el mundo estaba claro que mi caso representaba un fiel ejemplo del dicho: “De tal palo tal astilla”. Mi padre era un borracho desastroso y yo estaba siguiendo su camino. Entre los once y los catorce trabajé muchísimo como peón de albañil; junto con mi hermano Leo fuimos los principales ayudantes de mi tío cuando edificó su casa al lado de la nuestra. Pero hubo un día que no aguanté más. Tenía catorce y mi tío me llevó a una casa de varios pisos en Santos Lugares. Había que reemplazar el techo, lo que me obligaba a subir cinco pisos cargando distintos materiales. Por suerte, como era empleado de un familiar, podía frenar para descansar todas las veces que quisiera. Comía bien, me pagaban y en esta sociedad siempre se necesita de albañiles. Así que era un trabajo con el que podría contar eternamente y que me brindaría cierta estabilidad financiera para el futuro.

Cuando ya había llegado el atardecer y después de diez horas de arduo trajín, una imagen arrancó de mi ser toda voluntad de ser albañil. La mano de mi tío atravesada por un clavo. Un mal movimiento en el uso de la pistola de clavos. La palma de su mano quedó adherida a un tirante. Un grito desgarrador. Rápidamente el padre de mi tío le puso un trapo en la boca. Le dijo que aguantara y le sacó el clavo con una pinza. Salió un río de sangre. Mordía el trapo mientras de sus ojos caían tímidas lágrimas. Su padre me dio la orden de que fuera rápidamente a comprar alcohol, vendas y Pervinox. Fui corriendo hasta la farmacia más cercana; al regresar mi tío estaba un poco más tranquilo. Habían logrado detener la hemorragia improvisando una venda con un pedazo de remera, y su padre le daba de beber una petaca de whisky barato en la boca. Luego le sacó el pedazo de trapo que le envolvía la mano, le arrojó alcohol y Pervinox

y lo vendó con la gasa que yo había comprado. En ningún momento mi tío lloró del todo, tan solo balbuceó unas quejas.

Se lamentaba más que nada de que al otro día no podría trabajar normalmente y temía que eso extendiera el plazo que le habían dado a los dueños de la casa para terminar la obra.

Continuamos hasta que llegó la noche. Mi tío siguió haciendo cosas con una sola mano. Tuve que ayudarlo más de la cuenta. Al volver a mi casa, ya acostado a punto de dormirme, me atormentaba el recuerdo de mi tío como un Jesús que había desencadenado su crucifixión accidentalmente.

No fui nunca más a trabajar como albañil. No estaba dispuesto a que me torturaran por tan poco. No aceptaba ser mutilado a cambio de un salario insuficiente. Me inclinaría por la breve hazaña monetaria que garantizaba ser un pibe chorro. ¿Sería más feliz si hubiese sido albañil? Sí. Más que ahora seguro. No estaría sometido a este tormento, obligado a contraatacar a otros pibes, idénticos a mí. Preferiría mil veces estar en la calle sudando y cansado en una obra en construcción, pero con el viento de la libertad soplando en mi cara, a estar ahí, dándole sentido a la vida en el verdugueo a otro pibe que venía de la misma mierda que yo. Respiré hondo.

—Dale, pedazo de loji, vamo'a pelear. Y vamo'a hacer la legal —le dije.

"Hacer la legal" significaba pelear en igualdad de condiciones. ¿Cómo lograrlo frente a un paralítico?

Primero: el paralítico goza de una ventaja justificada. El oponente sano está obligado a imitar la desgracia del paralítico. Los contrincantes deben sentarse en la cama con las piernas colgando, quedar de costado y enfrentados, brindando a ambos un ángulo ecuánime para pegar. Solo se pelea con las manos. Están prohibidos los codazos y los cabezazos. El que no es paralítico no puede mover las piernas. Si el paralítico se cae de la cama, hay que esperarlo a que se levante y vuelva a su posición inicial. Si el contrincante sano se cae de la cama, pierde la pelea. El paralítico tiene derecho a frenar la contienda todas las veces que lo necesite y es el único habilitado a finalizarla.

Cima inmediatamente aceptó la invitación. Subimos el volumen de la tele para tapar el ruido de la trifulca. Apenas nos acomodamos empezamos a darnos un sinfín de piñas. La pelea duró unos diez minutos. Cima se cayó y nos hizo señas de que hasta ahí llegaba. Terminamos con varias marcas en el rostro. Fue sanador poder descargar un poco de toda la bronca acumulada que tenía contra él. De su parte, también se percibía una especie de satisfacción. Era importante demostrarse que podía pelear de igual a igual. No quería lástima. Y yo no la sentía por él. Por eso me estrechó la mano. Luego

me acosté. Gonza corrió a asistir a su amo. Me lamí una herida en el labio. Cima me había dado una piña certera. Apagó la tele. Dormimos en paz. Pelear en la cárcel siempre tranquiliza las aguas. Te recuerda que aún estás vivo y que el otro te reconoce.

VII

Al amanecer me anunciaron que bajaba al juzgado. Llevaba ya diez días encerrado. El tribunal a cargo de mi caso era el Juzgado Federal 2 de Morón. Era una época en la que estaba en boga la modalidad delictiva de los secuestros exprés y extorsivo. Varios casos habían causado conmoción en la opinión pública. El exprés consistía en levantar a alguien al voleo en la calle, llevarlo a un cajero automático para que retirara todo el dinero de su cuenta y, ocasionalmente, pedir una suma razonable como rescate y cobrarla lo más rápido posible. En cambio, el secuestro extorsivo exigía una logística más sofisticada. Requería de una sólida organización, de contactos con la policía, contar con una guarida vigilada todo el tiempo y con un equipo de no menos de diez integrantes. En un solo secuestro podías hacer más plata que en cientos de robos. La moda fue creciendo hasta el caso Blumberg en 2004: Axel, el joven hijo de un empresario que fue asesinado mientras huía de sus captores. El hecho movilizó a cientos de miles de personas y obligó a que se cambiaran algunas leyes y se endurecieran las penas por cualquier tipo de secuestro. De los tantos detenidos por ese caso, dos eran menores de edad y estaban alojados en el mismo instituto que nosotros. A nadie importó que tuvieran quince y dieciséis años al momento del delito y fueron condenados a treinta años de prisión. Afortunadamente, yo no había matado a nadie y seguía confiado en que recuperaría la libertad. Desde el momento en que me avisaron que tenía comparendo, no dejé de implorarles a Dios y al Gauchito Gil que me ayudaran a volver a la calle. No soportaba más el encierro. No era capaz de ser valiente. No podía acostumbrarme a estar siempre alerta. A cuidar lo que decía y lo que no decía. A disfrutar de ese poder minúsculo de tener a los demás sumisos. A custodiar cada prenda. A robarles a otros pibes, a presenciar torturas, a ser autor de ellas, a ser torturado. A ver todo el día las mismas caras. A ser experto en traiciones, a ser el blanco de burlas macabras, a no tener sexo, a masturbarme frente a otros, a que se masturbaran delante de mí, a no dormir tranquilo, a que los celadores te pegaran cuando se les cantara y porque sí… El encierro me aburría, y me enfermaba el alma.

Cuando los guardias descubrieron las marcas en mi cara, se fastidiaron. “Rengo, que no se te ocurra decir que fuimos nosotros

porque te vamos a arruinar la vida. Y tampoco vayas a querer ensuciar al Gordo. Hacete cargo solito. Hacete hombre. Si te preguntan algo, vos decís que te caíste por caminar sin muletas". Les prometí que no diría nada.

Llegamos al juzgado. Mientras esperaba en una celda a que me atendiera el secretario del juez, pude ver a mi hermano Leo. A él también lo habían citado. Parecía otra persona, había madurado de pronto, como si en esas dos semanas de encierro hubiesen pasado tres años. Su mirada era la de un veterano. Tenía puesto un conjunto Adidas reluciente. Le pregunté de dónde lo había sacado y me contestó que se lo había robado a otro pibe. En los pocos días que llevaba encerrado logró hacerse respetar y ser temido. Se enojó al descubrir las marcas en mi rostro. Le costaba entender cómo podía ser que yo, que era el delincuente famoso en la calle, no hubiera podido acomodarme y me exhibiera así, tan desahuciado. El parecía el hermano mayor, el adulto, y yo el niño llorón. No me animé a contarle nada de todo lo que venía sufriendo. Sin embargo, sabía todo.

—Estás en enfermería con el Gordo Cima de Barrio Mitre, ¿no? Dicen que es re verdugo el paralítico ese. Si se te hace el loco, tiralo de la cama, rompele la silla de ruedas. Acá es así, hermano. Hacés un poco de ruido y ya está, compran al toque. Aparte son todos unos fisuras acá, en Capital. Nosotros somos de la Gardel, tiki tiki de piola, hermano. No te apagues, ya vamos a volver a la calle. Se aprovechan porque estás así, nomás. Yo que vos vuelvo y le rompo la frente al Gordo gil ese. Mirá, con esto te podés hacer una re faca.

Se refería a los dos fierritos que sostenían las empuñaduras de las muletas. Los sacó y se puso a afilarlos suavemente. Hablaba en voz alta para tapar el sonido del fierro rayando el piso. Al terminar, los volvió a ajustar en las muletas. Nadie podía darse cuenta de que, ahora ahí, había dos faquitas bien afiladas. No lo había pensado.

—Listo, ahora con esto no te jode nadie más. Al primero que se te haga el loco pinchalo de una.

Los guardias vinieron a buscarme. Nos abrazamos con mi hermano y nos volvieron a separar. Me llevaron al despacho del secretario del juez, quien me comunicó que me dictaban la prisión preventiva. Lo que significaba que debía esperar el juicio tras las rejas. Esto podía demorar de seis meses a tres años. Recibí la noticia con resignación. No me preguntaron nada por las marcas de la cara.

Cuando volví mis compañeros adivinaron inmediatamente las malas noticias recibidas.

—No le des cabida, Rengo, cuando te quieras rescatar ya vas a estar en el juicio, acordate —me consoló Cima.

Me sentía un poco angustiado, pero ver a mi hermano me había traído algo de paz. Me juré que ya no podía permitir que Cima ni

nadie me quisieran pasar por encima. Era hora de dejar de esconderme en la tristeza. Tenía una familia afuera, que estaba sufriendo por mi culpa. Tenía dos compañeros encerrados ahí conmigo que no se dejaban doblegar por el dolor. Yo no podía ser menos.

Con el paso de los días fui perfeccionando mi personalidad carcelaria. Comencé el gimnasio junto al profe Marcelo. El lugar era pequeño y austero, pero tenía algunos aparatos. Hacía mucha bici, pesas para las piernas, flexiones y abdominales. Finalmente, solté las muletas y le mostré que ya podía caminar unos pasos, aunque fuera de manera torcida. Ya no me importaba que me llevaran a un pabellón. Era inevitable, tarde o temprano iba a suceder. Necesitaba recuperar mi pierna. Pelearía todo lo que hiciera falta. Nadie más se burlaría de mí, nada haría que manchara el prestigio de mi barrio. No estaba completamente rendido. Ahora tenía la certeza de que me quedaban muchos meses de encierro por delante. Poco a poco empecé a ser un animal domesticado por la prisión. Tal como me había profetizado mi madre.

VIII

El Pibito intentaba ocultar su ternura y endurecer su carita angelical. De piel muy blanca, en sus ojos no había un atisbo de maldad. Era oriundo de una ciudad al sur de la provincia de Buenos Aires. Al principio tuvo mucha vergüenza de decirnos la verdad. Pero nosotros ya sabíamos todo, había sido uno de los guardias el que lo contó mientras se descostillaba de la risa. El Pibito era un fisura nuevo, alguien que consumía pasta base desde hacía muy poco tiempo. Había caído en cana por ir a robar un celular cuando estaba manija de fumarse otro pipazo. Los fisuras eran multitud en los institutos de Capital. Esa droga tan horrenda, barata y adictiva hacía estragos entre los pibes pobres. Al Pibito se lo notaba muy novato, muy inofensivo. Yo también sentía miedo, algo me identificaba con él, pero a diferencia suya yo venía de un barrio con historia y que me brindaba un sólido estatus. Los penales estaban llenos de pibes de la Gardel. Cuando crecés en un barrio así se expande sola una fortaleza en tu espíritu que te prepara para las adversidades. La gran mayoría éramos de villa tal o villa tal otra, eso te brinda un mínimo de noción sobre los códigos básicos del mundo carcelario. En cambio, el Pibito era de un barrio humilde, pero sin linaje criminal. No podía decir “soy de tal barrio” e inspirar respeto. La geografía no lo ayudaba y para colmo había ingresado en uno de los pabellones más jodidos. Apenas salió a actividad le ofrecieron hacerse un tatuaje. “Elegí qué querés”, le dijeron. ¿Una flor?, ¿el nombre de alguien?, ¿madre?, ¿padre?, ¿una fecha?, ¿el dibujito de algún animal? “El nombre de mi mamá quiero”, respondió. “Dale, ¿en la espalda te va? ¿A la altura del hombro?”, consultaron. “Dale, sí me re va”. Varios pibes se acercaron y le mostraron orgullosos sus tatuajes hechos recientemente por las mismas manos. El tatuador prendió su precaria maquinita y empezó a pinchar. El Pibito se la bancó como un campeón. Un grupo de presos miraba de cerca en silencio. Pasaron quince minutos. “Listo, ya está, ya tenés el nombre de tu mamá en la espalda”, dijo el tatuador. “¿Puedo ver cómo quedó?”, preguntó el Pibito. Alguien se rio y contagió a los demás. La carcajada general hizo eco entre los pasillos del pabellón. El Pibito comprendió que algo estaba mal con su tatuaje en la espalda. No tenía nada cerca donde mirarse. Alguien le trajo un pedazo de espejo. Se miró. Su rostro empalideció aún más. Le habían

tatuado una pija en el omóplato derecho. Se desesperó, los demás no dejaban de reírse y burlarse de él. Cada vez más risas y burlas hasta que le dio un arrebato al tatuador, lo que despertó la furia de los otros. Se comió una paliza tremenda y por eso lo trajeron a la celda de enfermería. Tenía un ojo hecho mierda, que apenas podía abrir. En el lugar del tatuaje le habían pegado una gasa. Entró y nos saludó cordialmente y se acostó en la cama que estaba libre. Inmediatamente Cima lo interrogó.

—¿Qué onda, enano? ¿Cuál te mandaste?

—Ninguna, me caranchearon.

—Pero ¿qué pasó? ¿Por qué te caranchearon?

—Porque son unos hijos de puta.

—Eh, amiguito, no sabés que acá no se putea madre. La próxima vez que puteás madre te rompo la gorra.

—Perdón. Es que estoy re embroncado, ya sé que no se putea madre…

—¿Por qué caíste?

—Caí por robo.

—¿Qué fuiste a robar?

—Un locutorio.

—Ah, mirá vos.

Nosotros sabíamos que mentía. Había robado un celular, pero nadie admite eso en la cárcel. Menos aún los rastreros, ellos siempre mienten sobre la causa que los llevó a prisión.

—Qué raro que los pibes te hayan carancheado así porque sí. Alguna te habrás mandado. ¿Putiaste madre? ¿Te desbocaste?

—No, nada que ver. Habrá sido porque yo no soy de acá de Buenos Aires. Vine unos días a hacer plata y me volvía al sur. Soy primario.

—Ahh.

—¿Y ahí en la espalda que tenés? ¿Te quemaron?

—No, tengo una herida de la calle, me caí cuando me perseguía la gorra y tengo abierto.

—¿Tenés abierto? Ja ja… Amiguito, cuidá lo que decís, no te podés desbocar así.

—Perdón.

—No pasa nada. ¿Y no es mejor que te saques la gasa así te da el aire? Yo sé de heridas, dejame ver y te digo.

—No, no, gracias.

—Eh, amigo, ¿qué?, ¿no confiás en mí? Yo no soy ningún gil. Mirá como estoy por culpa de la yuta. ¿Te agarraste a tiros alguna vez?

—Un par de veces.

—Ah, bien ahí, ¿eras gatillo en la calle?

—¿Cómo gatillo?

Cima le hizo una seña con la mano como si estuviera disparando un

arma.

—Ah, sí sí.

—Entonces, eras gatillo…

—Sí.

—Ja ja ja… enanooo… rescatate un poco. Gatillo, gato. Esa estaba fácil.

El Pibito tragó saliva.

—¿Qué onda, no tienen luz acá? —preguntó.

—Sí, tenemos, pero a mí no me gusta la luz.

—¿Por?

—¿Qué te importa, amigo? Acá, la política la llevo yo. Y si no quiero luz, no hay luz. Es corta.

El Pibito se quedó pensativo. Esas últimas palabras de Cima no me gustaron ni un poco. Quién se creía para hablar así, como si fuera el jefe de todo. Está bien, era verdad que la política la manejaba él, era lo justo por la cantidad de tiempo que llevaba detenido, pero yo le había presentado resistencia. Su gato fiel era el Gonza. Yo lo detestaba y me le había parado de manos. Así que algo tenía que retrucarle; por más que el Pibito fuera un fisura, no podía permitir que creyera que el Gordo Cima me tenía de los bigotes a mí también.

—Aguantá, Gordo, no te hagas el piola —arremetí.

—¿Y vos qué saltás?

—Más vale, no da que te hagas el que pilotea pabellones si estamos en enfermería.

—Yo estoy acá en enfermería porque la gorra me arruinó la carrera, si tuviera las dos piernas piolas nunca me hubiera quedado acá.

—A mí también la gorra me arruinó la carrera.

—Pero a vos tus dos piernas te funcionan. Vos sos el cobarde que no quiere bajar a un pabellón. Refugiado.

—¿Qué refugiado? Gil de mierda.

El Pibito miraba todo con desconcierto. Seguía recostado, ensimismado.

Como hacía siempre que se enojaba, Cima puso la tele a todo volumen, eligió una película y empezó a masturbarse. Gonza lo imitó. Me di vuelta. De fondo escuchaba los colchones rebotando y unos minigemidos.

A esa altura yo también necesitaba hacerme una paja. Después de muchos meses volví a sentir que podía alcanzar una erección y que me excitaba. Ser un adolescente, estar encerrado y tener prohibido el sexo debe ser de los peores castigos inventados por el ser humano. Justo en la edad en que el semen busca escaparse por los poros, en que cualquier cosa te calienta, donde te desespera la necesidad de ponerla, nosotros estábamos ahí, consolándonos con que en la televisión apareciera alguna mujer, algún fragmento de piel, algún culo, unas

tetas.

—¡Al fin, Rengo! Pensábamos que eras puto —dijo Cima mientras se limpiaba con un pedazo de papel higiénico.

Gonza seguía masturbándose. Yo también, pero no podía acabar, tenía en la pija una sensibilidad reducida. Me frustré y abandoné, aunque con la satisfacción de saber que el amigo me seguía respondiendo. El Pibito se durmió o simuló dormirse. Cima le hizo una seña a Gonza de que fuera y le sacara la gasa de la espalda. Obedeció, se acercó y le sacó la gasa al Pibito, que se despertó muy enojado.

—¿Qué hacés, la concha de tu madre?

—¿Qué la concha de tu madre, pedazo de gil? ¡Beneficio de los pibes! ¡Te tatuaron una re pija! ¡No te podés poner en nada! —se burló Gonza.

El Pibito le dio un arrebato certero a Gonza que lo dejó knock out, tirado en el piso. Cima lanzó un zapatillazo que se estrelló en el pecho del Pibito. Este, como si fuera un toro enardecido queriendo chocar al torero, le dio con todas sus fuerzas un empujón a Cima que lo tiró de la cama. Tuve que reaccionar. Saqué de una de las muletas una de las faquitas que había hecho mi hermano. El Pibito se asustó al verla. Cima gritaba desde el piso. En un rápido movimiento, me acerqué hasta el Pibito y quise pegarle unos facazos que esquivó con maestría. Era bastante retobado para ser un fisura. Quiso arrebatarme la faca y quedamos forcejeando unos segundos. Creí que me derribaría a mí también. De a poco, Gonza volvió en sí. Logré zafarme y le di tres puntazos en la espalda al Pibito. No fueron tan profundos, pero lo suficiente como para que se calmara. Alzó las manos. “Está bien, ya fue, ya fue, no voy a hacer nada más”, dijo al borde del llanto. Llegaron tres guardias. Levantaron a Cima, que no paraba de gritar prometiéndole muerte al Pibito. Los guardias sacaron al Pibito, que chorreaba sangre de la espalda. Unos segundos después me vinieron a buscar. Me había delatado. Antes de salir, Cima me agradeció. Los guardias me arrastraron hasta una celda en uno de los pabellones. “Así que te gusta hacerte el faquero, rengo de mierda; ahora se te terminaron los beneficios. No volvés más a enfermería. ¿Te gusta hacerte el loco puñalada? Ahora bancá el parche”, me reprendieron mientras me arrastraban y me daban un par de castañazos.

El pabellón al que me llevaron era el mismo en el que habían tatuado al Pibito. La celda era lúgubre y estaba húmeda de orina. Mi corazón palpitaba a mil por hora por la pelea reciente. Me lamentaba por haber perdido tan rápido las faquitas. Ya no me dejarían andar en muletas, así que quedaba completamente desarmado. Si bien podía pisar, todavía me faltaba mucho para lograr una motricidad digna. Los demás pibes empezaron a gritarme desde el resto de las celdas. Les conté lo que había pasado. “¿Cómo vas a pelear con ese tremendo gil?

¿Necesitás algo?”. “No, gracias”. “Bueno, en un rato salimos a actividad y charlamos bien”. No sé quién era el que me decía eso. Me recosté y descubrí que en una de las paredes había colgado un almanaque de gomería con la imagen de una morocha exuberante y desnuda. Empecé a masturbarme con furia. La pija me ardía, pero al menos no se bajaba. Estuve quince minutos dándole sin parar en silencio, transpirando como un condenado. Me aterraba la posibilidad de que no fuera capaz de volver a acabar. Seguí y seguí. Tenía la cabeza de la pija ya roja, la apretaba lo más fuerte posible con la mano derecha, pero no me excitaba. Hasta que, de golpe, acabé casi sin darme cuenta. La sensación fue extraña, no sentí nada, pero el semen salió espeso y abundante. Era normal lo que me pasaba. Unos de los disparos me lo habían dado a milímetros de la pija y los otros balazos en la pierna habían afectado toda la zona pélvica. Bastante suerte era que se me siguiera parando. Sería una sobredosis de castigo si además de estar rengo y con la panza hecha un matambre, me quedaba la pija discapacitada. Me dormí sobre el duro cemento de la tarima. Me despertaron los pibes en la puerta. Me dieron de tomar agua con una botella a través de las rejas, me pasaron unas galletitas y unas sábanas. Me preguntaron con quién iba a ranchar, si en el bando de Villegas o en el bando de La Boca. “Villegas”, respondí. Al rato vino un guardia y me informó que me habían dado cuatros días de sanción y que debía pasarlos recluido en esa celda. Una vez finalizado el castigo podría volver a enfermería, ya que Cima les había contado lo sucedido y pidió que por favor me llevaran de nuevo con él. Se hizo cargo de que había empezado la pelea y contó que lo único que había hecho yo fue tratar de defenderlo. Como los guardias le tenían tanto aprecio, le concederían el gusto, con la condición de que no podía haber otra pelea en enfermería.

“Díganle a Cima que gracias”, respondí. El guardia se fue. Pasé esos cuatro días charlando con los demás pibes, empecé a fumar cigarrillos y a reírme después de mucho tiempo. El encierro ya estaba echando raíces en mi ser. Me hice un montón de pajas, sin poder recuperar la sensibilidad, pero logrando acabar. Terminó mi sanción.

Los rostros de Gonza y Cima se iluminaron cuando me vieron entrar.

—Bien ahí, Rengo, que te trajeron de nuevo. Gracias por haber saltado, alto retobado resultó ser el Pibito —me recibió Cima.

—¿Dónde está? —quise saber.

—Se está bañando.

—Ah, lo dejaron acá.

—Sí, sí… pobre. No va a poder vivir en ningún lado con esa pija en la espalda. Ahora está pillo, está calmado. No se va a mandar ninguna, quedate tranquilo.

Chequeé que no faltara nada de mis cosas. Por suerte, estaba todo.

—Mas vale, rancho, mirá si te vamos a robar.

—Bueno, uno nunca sabe.

Era la primera vez que Cima me decía "rancho". Gonza se puso a calentar el agua. El Pibito entró recién bañado y nos dimos la mano. Me pidió disculpas, se las acepté sin responderle nada. Estuvimos tomando mates y jugando a las cartas un buen rato. Gonza le dijo al Pibito que había rescatado un poco de tinta china y que si quería podía taparle el tatuaje de alguna manera. El Pibito respondió que sí, exultante.

—Solo necesitamos una buena aguja. Hice un par de tatuajes en la calle, este me lo hice solo, mirá. —Gonza le mostró una rosa bastante digna que tenía tatuada en el antebrazo derecho—. Lo mejor que podés hacer para taparlo es una buena flor, puedo hacerte una igual a esta —agregó.

—No me vas a verduguear, ¿no?

—No, enano, quedate tranquilo. Gutiérrez ya me dijo que él rescata una.

Unas horas más tarde teníamos la aguja. El Pibito se recostó boca abajo en la cama. Yo sostenía el tarrito con tinta china. Gonza era un mago con las manos; con la misma habilidad con la que armaba los porros, se puso a pincharle la piel. El movimiento emulaba a una maquinita tatuadora, vibraba y se deslizaba formando prolijas líneas. Fue transformando los testículos en hojas, el tronco de la pija en un tallo y, finalmente, la cabeza se volvió una rosa abierta. Cuando Gonza terminó, el Pibito saltaba de la alegría. Era la primera vez que se lo veía tan contento.

—Gracias, Gonza. Gracias, Cima. Gracias, Rengo.

—¡Flor de pija te quedó! —le dijo Gonza y los demás soltamos una carcajada.

—Ahora vas a tener que pagarte la vuelta, mínimo un par de tarjetas de teléfono y un par de atados de puchos —arremetió Cima.

—Pero, Cima, ¿cómo hago para pagarles si no tengo ni visita?

—Y no sé, inventá algo. Tuvimos que mover la rama a full por vos.

—Sí, ya sé y les re agradezco.

Cima puso fin a la algarabía, el Pibito se quedó pensando.

—Eh, Cima, no tengo forma de pagarte, si querés me hago cargo de la limpieza, lavo la ropa, lo que necesites.

—Unos masajes necesito.

—Eh, Cima, ¿te parece?

—¿Y entonces para que decís "lo que necesites"?

—Pero unos masajes… es un montón.

—Listo, vamos con esa.

—Eh, Cima, pará, no te encasques.

—¡Cerrá el orto, pedazo de fisura!

—Bueno, Cima, ¿dónde necesitás los masajes?

—En la espalda, estoy todo contracturado.

Con Gonza nos conteníamos para aguantar la risa. Cima se dio vuelta y el Pibito empezó a hacerle masajes.

—Dale, no seas dolido. Si vas a hacerlo así, mejor dejá, no hagas nada.

—Bueno, perdón, es que nunca hice masajes.

—Siempre hay una primera vez para todo. Eso, así, ahí está mejor. Más a la derecha eso, eso. Bien. Ahh… Qué bien, ranchito, no te sientas zarpado; si estuvieras en un pabellón sería mucho peor. Vos viste lo verdugo que son los pibes. Acá me hacés masajes a mí, allá te tendrían haciéndole masajes a todo el mundo. ¿O me vas a decir que acá no estás tranquilo?

—Sí, Cima, estoy re tranqui acá.

—Y bueno, ranchito, entonces no pongas carita.

Cima completamente relajado fue hundiéndose en el sueño. El Pibito agarró un espejo que le pasó Gonza y volvió a mirarse el nuevo tatuaje en la espalda. Sonrió dichoso.

IX

Todas las noches, de lunes a viernes, escuchábamos un programa que se llamaba *La radio de los privados*, en el cual un conductor leía cartas que los presos les mandaban a sus novias y a sus familiares. Muchos de ellos llamaban y charlaban con él, contaban sus historias de vida y pedían canciones. Un montón de ladrones, secuestradores y hasta homicidas de los pabellones más remotos dejaban a un lado momentáneamente su riguroso semblante varonil y hablaban de amores, se conmovían leyendo poemas, les rezaban a distintos santos y contaban anécdotas de la calle, pero ninguna con relación al delito. Si hablaban de delito era solo para remarcar cuán arrepentidos estaban. El conductor aclaraba cada vez que empezaba la emisión que el hecho de darles voz a los presos no era una forma de negar lo que habían hecho, que para juzgar ya estaba la sociedad. El programa buscaba ponerle rostro humano a aquellos que solo aparecen como monstruos en el imaginario popular. Pibes que tenían condenas de veinte o treinta años en el lomo se dejaban ablandar y mostraban sus facetas más tiernas. Además llamaban por teléfono algunos que habían salido y seguían escuchándolo. Nosotros también solíamos hacerlo y pedíamos canciones o mandábamos saludos a nuestra gente. Cima siempre elegía alguna cumbia santafecina. Sus bandas favoritas eran Los del Maranaho, Los del Bohio y Los Leales. Yo nunca había escuchado ese tipo de cumbia. Descubrí que era la música que más sonaba ahí dentro. Un gusto musical que compartían los de La Boca y los de Villegas, bandos rivales. Aunque los de Villegas eran más de la salsa y la bachata. En cambio, a los de zona oeste o norte nos gustaban más la cumbia colombiana y el rock country. Lo que sí compartíamos entre todos era el amor por los clásicos de la cumbia villera. Damas Gratis, Pibes Chorros, Yerba Brava, Mala Fama, Meta Guacha, Pala Ancha, La Base, Flayito Tumbero, Repiola, Los Gedes, La Re Pandilla, Guachín, El Original eran algunas de las bandas que adorábamos porque podíamos encontrar en ellas algún tipo de identificación. Sus letras eran leales a nuestra realidad. No había otras canciones que reflejaran de forma tan verosímil la relación de los pobres con la droga, con la música, con la sexualidad. Eran letras que rebozaban de lujuria, desenfreno e inmoralidad. Presentaban una imagen bella y aterradora de la vida en los barrios populares. Los pobres deseaban,

gozaban y no eran simples esclavos. Denunciaban opresiones sin lamentarse. Desplegaban una imagen que fascinaba y asustaba. En muchas de las letras se reivindicaba la figura del delincuente y se hacían loas a la vida carcelaria. Pero la alegría duró poco: al transformarse en un fenómeno de masas, la cumbia villera fue duramente censurada, reprimida y casi borrada del mapa. Nadie quería escuchar a los pobres sintiendo orgullo y trayendo al centro de la escena pública el rostro descarnado de la vida en los barrios o en los pabellones. Fue tan grande la censura que, salvo honradas excepciones, ningún cumbiero más se animó a cantar con ese grado de insurgencia.

Cima llamaba al programa y le dedicaba canciones a su novia, una colorada de pelo enrulado, esbelta y con una delantera prominente, que venía cada miércoles y domingo. Hasta el ciruja zaparrastroso de Gonza era visitado por una chica. Mis dos compañeros se franeleaban descaradamente con sus cónyuges en frente de mí. Las parejas se entregaban al amor a la vista de todos. A nadie parecía importarle. Los guardias eran conscientes del absurdo que significaba prohibir el acceso al acto sexual y manifestaban cierta clemencia. Sabían que ahí adentro la necesidad de coger llevaba a los internos a hacer cualquier cosa y por eso dejaban que al menos durante la visita pudieran tocarse un poco.

Sentía envidia cuando los veía besarse apasionadamente en el patio de visitas. Me dolían mi soledad y que las únicas mujeres cerca en mi vida fueran mi mamá, mi abuela y mi tía. “Algo tengo que hacer al respecto”, me dije. Empecé a escribirles cartas a todas las pibas que conocía sin saber cómo haría para que llegaran a sus manos. Cima y Gonza me enseñaron el formato típico de la esquela tumbera. Se hacía con un montón de triángulos que uno iba metiendo dentro del otro hasta formar un cuadrado. Mis dos compañeros eran muy románticos, no tenían tapujos ni ocultaban sus lágrimas cuando sonaba alguna canción que les tocaba el corazón. Los presos tampoco saben vivir sin amor.

Puse todo mi empeño en encontrar a alguna mujer dispuesta a visitarme y a empezar una relación entre rejas: compañeras de la escuela de quienes no tenía ninguna noticia desde hacía años o cada una de las pocas pibas del barrio con las que me había dado unos besos o tenido sexo en la calle. No es lo mismo atravesar el pantano de la cárcel teniendo pareja que estando solo. Entre dos la carga se hace más liviana. Los presos se esfuerzan en la búsqueda y misteriosamente siempre encuentran quienes respondan a la convocatoria. Dispuestas a un amor imposible y a llevar la parte de la carga más pesada. Las mujeres, sean madres, hijas, hermanas, novias o amigas, soportan las peores verdugueadas en la vida carcelaria. A ellas las revisan más,

antes y después de cada visita. Antes, cuando en la previa las hacen esperar horas y horas bajo las peores condiciones climáticas. Después, cuando toda la institución carcelaria —desde guardias a trabajadores sociales y psicólogos— las trata con desconfianza y sospecha, acusándolas de ser las culpables de la situación de sus familiares. Siempre hay más mujeres que varones en los patios de visitas, en las entradas de los juzgados, en las escuelas intramuros. Son las que siguen a sus parejas a los penales más remotos. Las que están para contenerlos y consolarlos. Rara vez es a la inversa. Es casi imposible encontrar que un varón de la calle se enamore de una piba presa, que vaya a verla, que se aguante todo tipo de vejaciones, que le lleve droga, que vaya al juzgado, que vaya a la defensoría, que atienda siempre el teléfono, que cargue pesadas bolsas, días enteros en un micro para ir a la visita.

Un preso intenta callar como sea a la bestia hambrienta que le ruge en la pelvis. Agujerea colchones para introducir el miembro incontrolable y ansioso de tacto. Se masturba con una naranja, considerada una fruta adecuada para emular a una vagina, y prueba todo tipo de posiciones con la mano para lograr una fricción más candente. Se forman pelotones en frente del televisor, en los que uno se pajea al lado del otro, casi rozándose la piel, bajo la estricta regla de no mirarse. El ambiente es de alta promiscuidad, pero la homosexualidad no se insinúa ni como chiste. Hay que ser bien macho, y mirarle la pija a tu compañero puede ser considerado un síntoma de depravación. Hay un estricto protocolo de masturbación que nadie rompe. Cada uno es bastante responsable y prolijo con el semen derramado. Hay que tener siempre cerca un pedazo de papel o trapo para recibirlo. Salpicar una gota en otro puede desencadenar una pelea mortífera. Estábamos presos en la edad del desacato eterno, cuando uno es muy impulsivo. Cuando todas las emociones están en carne viva y tenés más fuerza para pelear, para hacer el amor, para odiar, para sufrir, para alegrarte. Y nosotros estábamos ahí, derrochando hormonas, obligados a convivir en la misma jaula con la pija parada todo el tiempo. La energía juvenil de los presos menores es muy diferente a la de los mayores. Una algarabía permanente corre por los pabellones y hace que el encierro luzca menos famélico. Esa energía descontrolada era lo que provocaba peleas permanentes; en las pocas semanas que llevaba en el instituto me había cansado de ver pibes yendo a enfermería con la cabeza abierta chorreando sangre, con un brazo quebrado, con la cara desfigurada o los dientes rotos. Veníamos del mismo vientre de pobreza y en vez de cuidarnos y ser amigos preferíamos destruirnos mutuamente. Mientras en la calle éramos colegas de la vida delictiva, adentro nos odiábamos a muerte. Como si fuera la letra chica de la condena: no bastará con perder tu

libertad, con cagarte de hambre, con perder el derecho al sexo, además deberás enfrentarte constantemente a tus hermanos, serán ellos tus principales verdugos. A falta de pena capital en nuestro código penal los presos se matan entre ellos…

Mandé unas diez cartas en total. A la semana solo me habían respondido dos antiguas amigas del colegio. Me decían que no podían creer cómo había terminado así, recordaban mis tiempos escolares en los que era uno de los alumnos más cachivaches, pero a la vez de los más lectores y participativos. Fui muchos años elegido mejor compañero y en las clases de Lengua en sexto y séptimo grado, cuando tenía once y doce, manifestaba una pasión ardiente por la lectura. Todos los libros que nos daban las maestras los leía en voz alta para mis compañeros que les costaba concentrarse. En la casa de Damián, un amigo que me cobijó y me salvó del hambre durante muchos años, pasamos largas horas en las que yo le leía a viva voz los cuentos fantasmagóricos de *Socorro*, de Elsa Bornemann. En esa casa, su madre me dio *Relato de un náufrago*, de Gabriel García Márquez, que me devoré en un día. Era un monstruo bifronte en la escuela. Por un lado, era un alumno ejemplar a la hora de las tareas y las pruebas. Pero en el aula y los recreos solía ser muy cruel con los débiles. Fui despiadado haciendo bullying. Mientras leía las cartas de mis viejas amigas pensaba si todo lo que me estaba pasando no sería fruto de un karma por esa crueldad ejercida en el colegio, sumado al trauma que provoqué en tantas víctimas al robarles. Pero ¿todos pagan sus errores? ¿Por qué en ese instituto y en casi todas las cárceles solo había pibes pobres? Eran preguntas que empezaba a hacerme desde la más pura intuición, desde el mínimo olfato animal. Quizás el dios del karma tenía aporofobia. No había que ser un iluminado ni un sociólogo para darse cuenta del chiste. No era casualidad que todos fuéramos de orígenes idénticos. La experiencia me hacía pensar que en realidad hay un sistema que produce y necesita la existencia de la cárcel, que no era algo dado. Esas intuiciones terminaron de fortalecerse en mí cuando atravesaron la puerta esos dos rubiecitos.

X

Eran jugadores de rugby y vivían en Barrio Norte, tenían dieciséis años y estaban cagados en guita, uno era flaco y el otro gordo, pero ambos lucían un estado físico ejemplar. El flaco era alto y tenía cabeza de jirafa, ojos grandes color verde, nariz puntiaguda, el pelo rubio hasta los hombros y el rostro demacrado por la tristeza. El gordo tenía cachetes naranjas, llenos de pecas; ojos azules y achinados; el pelo corto peinado con raya al medio, color ambar, y más aspereza en su actitud.

Habíamos visto la noticia, junto con Cima y Gonza, en el noticiero del mediodía. Un chico había fallecido tras una pelea en un boliche de la zona de Palermo. Le pegaron entre varios. Hubo detenidos. Lo que nadie esperaba era que a dos de los acusados de reventarle la cabeza con una baldosa los trajeran con nosotros. Los ingresaron en enfermería argumentando que los querubines no podían compartir el mismo espacio con bestias paganas. Cualquier pibe pobre que sea acusado de cometer un delito de esas características sería arrojado a la celda más putrefacta. Jamás recibiría el beneficio de la duda y mucho menos de que lo metieran en una celda de enfermería si no era a raíz de alguna amputación, cirugía o fractura. Tendría que pudrirse como una rata y esperar una condena que nunca sería menor a los veinte años. En cambio, los dos chetitos ahí estaban, entrando a nuestra celda, con un colchón enrollado bajo el brazo cada uno, acompañados por el jefe de los guardias, quien, luego de prender la luz, nos puso los puntos diciendo que no les podía pasar nada, que si les llegaba a pasar algo no dudaría en ordenar que nos sacaran a nosotros de ahí. Es más, la puerta quedaría cerrada, pero sin candado, así podían ir al baño o hablar con algún guardia todas las veces que quisieran. Nosotros no. Teníamos prohibido atravesar la puerta sin permiso. La luz quedaría prendida y solo se apagaría por la noche. Cima se quejó inmediatamente y el jefe le dio un cachetazo que le dejó los dedos marcados en la cara. Cima masticó bronca, pero no dijo nada más. Mientras el jefe nos amenazaba, en la tele estaba el padre del joven fallecido, con los ojos llenos de lágrimas imploraba justicia ante los periodistas. Otro guardia apagó el televisor. El jefe terminó su sermón y toda la comitiva se retiró detrás de él. Los chetitos quedaron parados en silencio. El flaco no paraba de temblar. Cima se quedó

observándolo un largo rato. Gonza los ignoró y volvió a prender la tele. El Pibito también los miró con desprecio. El gordo tiró su colchón en el piso, cerca de mi cama, y le hizo señas al flaco de que hiciera lo mismo. Su compinche obedeció y se ubicó al lado de la cama del Pibito. Por la ventana se filtraban un montón de gritos desde los pabellones. El instituto entero estaba revolucionado. Todos habían visto el caso por la tele. Todos eran conscientes de que el ingreso de un cheto en la cárcel era casi un milagro. Que la presencia de dos personas de clase alta sería la prosperidad inmediata para los que estuvieran cerca de ellos…

—¿Qué onda, no saben saludar? —Cima fue el que rompió el hielo.

—Hola, yo soy Federico —dijo el gordo de cachetes naranjas.

—Bruno —se presentó el flaco.

—Tomen asiento. ¿Así que mataron a uno? —indagó Cima.

—No, nosotros no matamos a nadie —respondió el gordo.

—¿Cómo que no? Si en la tele dicen que fueron ustedes, es más dicen que vos fuiste el que le dio con una baldosa.

—Es todo mentira. Nosotros no fuimos.

—Tranqui, amigo, que acá nadie los va a mandar en cana. ¿De dónde son?

—De Barrio Norte.

—Ah, un barrio re picante, ja ja ja.

El flaco empezó a hamacarse sobre sí mismo como si fuera un trastornado. Se agarró de los pelos y se puso a llorar.

—¿Por qué? ¿Por qué? No quiero estar más acá. Dios, ayuda, ayuda. ¿Qué te hice yo para merecer esto? —decía.

—Calmate, amigo, que hace diez minutos que estás en cana y los mandaron a enfermería, tienen un re orto… A nosotros nos hubieran mandado con los leones —le refuté con fastidio.

—Sí, Bruno, tienen razón los muchachos, calmate. No seas maricón.

Bruno se levantó y arremetió contra su amigo.

—¡Todo esto es por tu culpa!

—¿Qué decís, idiota?

—Sí, hacete cargo de lo que hiciste, yo no voy a quedar preso por tu culpa.

—Dejá de hablar pavadas y calmate. Respetá a los muchachos.

Federico, a pesar de ser un cheto, parecía tener algo de calle. Bruno se mordió la lengua y se recostó en su colchón a seguir llorando. Federico conversó con nosotros un largo rato, negando todo, sin que se le moviera un pelo. Mentía muy convencido, pero no con la astucia necesaria. Nos dimos cuenta al toque de su engaño, aunque simulamos creerle. Sin que hayamos planificado nada de antemano y por absoluta conveniencia, decidimos recibirlos con generosidad. Primero, porque el jefe de seguridad había sonado muy creíble en sus amenazas y

segundo, porque estábamos ávidos de ver los beneficios de tener a los chetitos encerrados con nosotros. Ya en la primera noche vimos los frutos de nuestra ventaja. ¡Les trajeron tres pizzas! Fue orgásmico volver a sentir ese sabor ingresando en mi ser. Cima sonreía mientras comía como si fuera un niño de tres años. Gonza y el Pibito casi no masticaban, englutían las porciones. Bruno no comió. Federico sí. Con Cima nos miramos y nos guiñamos los ojos con complicidad, celebrando nuestra fortuna y diciéndonos telepáticamente que no debíamos molestarlos en nada y lograr que su estadía fuera lo más amena posible. Si la primera noche empezó así, qué sería lo próximo. Nos habíamos sacado la lotería.

Los guardias venían cada quince minutos a comprobar que todo estuviera en orden. Gutiérrez, que era nuestro principal compinche uniformado, nos pidió una porción y antes de retirarse se burló de los chetitos diciendo: "¿Qué onda con las Marilyn Monroe?". Lo que nos hizo estallar de la risa. Al terminar de comer, nos quedamos hablando con Federico hasta bien entrada la madrugada. Nos contó sobre su infancia, su familia, su pasión por el rugby. Nosotros escuchábamos entre sorprendidos e indignados. Lo que nos decía sonaba a cuento de hadas. El lujo era normalidad para él. Yo tenía su edad y venía de otro mundo. ¿Qué justificaba tanta diferencia material entre dos seres humanos de la misma edad? Nada había en ese cheto que yo pudiera envidiar, admirar o reconocer. ¿Qué podría envidiarle más que su riqueza? Él no tenía ninguna habilidad más que ser un jugador de rugby, un nene de mamá, una copia de papá. Criado sin ninguna necesidad, sin ninguna desventaja, sin ningún otro mérito más que saber administrar su linaje. Un gil y encima bocón, un refugiado, protegido por la gorra, no se podía poner en nada y, sin embargo, lo hacía. Boqueaba el muy fantasma. "A ver si se para de manos este cheto zarpado en ñami", pensé y Cima, adivinando mis intenciones, me hizo no con la cabeza. Su arrogancia de mierda me hizo hervir la sangre, como si me hubiese despertado de un letargo milenario. Ese era mi verdadero enemigo, no el guardia ni otro preso. Ahí radicaba la verdad: unos nacen con todo sin merecerlo y otros mueren sin nada, a pesar de haber hecho todo el mérito. No podía ponerle palabras a lo que me estaba pasando y mucho menos escribirlo, pero la intuición era clara y precisa. Sentía la injusticia antes de leerla o pensarla. La experiencia pensaba por sí misma, sin necesidad de recurrir al cerebro. Tampoco me esforcé tanto, había que ser muy estúpido para no darse cuenta de que era injusto que ese cheto soberbio haya tenido una vida tan privilegiada. Bruno me caía mejor, al menos no hablaba y se mostraba arrepentido, se percibía en él a un ser sensible. Recapacité, calmé mi resentimiento y me volví a mostrar amable y hospitalario. "Son toda la plata, no te olvides, intentá sacarles todo lo

que puedas", me repetía una y otra vez a mí mismo. Necesitaba hablar con Cima. Podía adivinar, en la exagerada falsa amistad que les proponía, que él también estaba pensando en algo parecido. A la mañana siguiente, les trajeron decenas de bolsas de mercadería, llenas de productos de primera marca y cosas que a nosotros no nos dejaban recibir: chocolates y golosinas, shampoo, acondicionador, perfumes, un celular y fajos de tarjetas de crédito para usar. Estábamos bendecidos. Tremenda fiesta de dulces y gaseosas nos mandamos esa noche. Quedamos con la panza dura de comer tan apurados, ebrios de chocolate y de azúcar. Era lo más cercano a estar drogado que había experimentado desde que estaba preso. Venía atravesando el encierro bajo rigurosa sobriedad.

Llegó la hora de usar el celular. Teníamos en nuestras manos un juego mágico. Apenas si nos dejaban hacer tres llamadas por semana desde el teléfono público. No siempre teníamos tarjeta y no todos aceptaban el cobro revertido. Muchos cortaban cuando escuchaban: "Esta llamada proviene de un establecimiento penitenciario". Había intentado una y otra vez comunicarme con pibas de la calle y ninguna atendía. Me sentía cada vez más solo.

Los chetitos jugaban al rugby desde niños e iban al mismo colegio privado. Federico tenía dos abogados y Bruno cuatro. Los padres de ambos eran empresarios, pero Bruno tenía más plata porque sus abuelos eran dueños de campos de soja. En medio de la noche llegaban gritos y carcajadas desde los pabellones que los atemorizaban.

"¡Ey, manga de chetos, más vale que paguen la prote porque si no los vamos a hacer pelota cuando los crucemos! ¡Ey, rubias, pidan para acá!".

—Tranquilos, no pasa nada, son puros chascarrillos —los calmó Cima.

—¿Y eso qué es? —se interesó Bruno.

—Chistes, bufonadas, pero tranqui, nadie les va a hacer nada.

—Espero que no, porque mi familia puso muchísima plata para que nos dejen estar acá.

—Ah, mirá vos, qué bien. Se ve que sus familias los quieren —dije.

—Sí, mi mamá está en shock, no quiere ni comer, tuvieron que internarla.

—Pobre. Llamala y decile que estás bien acá. No la preocupes, hablá tranquilo —le propuso Cima.

—Sí, Bruno, él tiene razón. Dejá de mariconear un poco —agregó Federico.

—¿Y vos, qué te hacés el hombre? Contá cómo llorabas en la comisaría.

—Al menos yo no sigo llorando como vos. No te olvides que todo

esto empezó porque ese boludo te estaba cagando a palos y tuve que meterme para defenderte.

—Ya lo hablamos a esto. ¿Podés dejar de ventilar nuestras cosas?

—No, no me importa que se sepa la verdad. ¡Estamos acá por tu culpa!

Federico se abalanzó sobre Bruno y empezaron a forcejear. Los dos eran bastante fornidos y parecía que buscaban taclearse. Se dieron un par de piñas. Llegaron los guardias y los separaron. Nos hicieron poner a todos contra la pared, menos a ellos. Hasta Cima tuvo que saltar de la cama a la silla de ruedas y obedecer la orden. Como era de esperarse, el jefe nos echó la culpa de estar manipulando psicológicamente a los chetitos para que se pelearan entre ellos. Cima intentó explicarle que nosotros no teníamos nada que ver.

—Por tres días no van a poder usar el televisor ni las duchas. También queda prohibido por tres días que fumen acá adentro. Esto es una sala de enfermería, no un hotel —ordenó.

—Pero, jefe, ¿por qué nos sanciona a nosotros? Si fueron ellos los que empezaron a pelearse de la nada —planteó Cima.

—Tiene razón Cima, jefe. Ellos no hicieron nada. Nosotros empezamos a discutir por nuestra cuenta —reconoció Bruno.

—Nadie pidió tu opinión, pibe. Mejor, cerrá el orto que tengo los huevos bastante llenos con ustedes. Hay que estar cuidándolos como si fueran dos bebés, tengo a la prensa acá afuera todo el día. Me llaman a cada rato del juzgado para confirmar que estén bien. No me importa si se pelearon o no. Es un castigo preventivo, para que recuerden que a ustedes nadie les puede tocar un pelo. Pero si siguen rompiendo las bolas me van a conocer, me chupa un huevo que me echen. Se vuelven a pelear y los voy a cagar a palos yo mismo, con mis propias manos, ¿se entendió?

Los chetitos hicieron sí con la cabeza. El jefe ya estaba por irse cuando uno de los guardias lo llamó.

—Mire cómo tiene la cabeza este, jefe. ¿Qué hacemos?

Habían descubierto que Federico tenía un pequeño corte en el cuero cabelludo.

—¡Pero la re puta madre! ¡Los cuidamos de ir a un pabellón, de que no se crucen a ningún preso común y se pelean entre ustedes! ¡Llevalo al enfermero! ¿Y vos? Vos, gordito… te creés re piola, ¿no? Creés que sos alguien por haber matado a ese pibe…

—Yo no maté a nadie, jefe.

—¿Cómo que no? Si estás hasta las manos, gordito, en la tele dicen que todas las pruebas apuntan a que fuiste vos el que le hundió la cabeza al otro con una baldosa.

—Es mentira, jefe.

—¿Y qué onda? ¿Vas ir corriendo a contarle a alguno de tus

abogados que fue tu mismo amiguito el que te dejó un moño en la gorra? ¿Vas a buchonearlo a él?

—No, jefe, le juro que no voy a decir nada.

—Y cuando te pregunten tus familiares, ¿qué vas a decir?

—No se van a dar ni cuenta, jefe.

—¿Cómo que no? ¿No ves que necesitás unos puntos de sutura en la cabeza? Vas a hablar y vas a decir la verdad: que fue la Barbie de tu amiga la que te abrió la cabeza. Tengo a los otros internos de testigos si llegás a querer cambiar la versión.

—Dígame usted qué tengo que decir y así será.

—Ya te dije. ¡A enfermería! ¡Vamos!

La comitiva de guardias se retiró llevándose a Federico para que lo revisara el enfermero. Dejamos de mirar la pared y volvimos a nuestras camas. Bruno improvisó un pedido de disculpas que todos ignoramos. Estábamos muy enojados con ellos. El más iracundo era Cima. Los tres días sin televisión significaban que nos perderíamos tres capítulos de la novela, justo en un momento en que se había puesto muy entretenida. También nos perderíamos el programa televisivo del Diego, *La noche del 10*, que veíamos cada lunes a la noche. Me inquietaba la forma en que Cima podría reaccionar ante esta situación. La tele para él era todo. Y su fanatismo por la novela era inclaudicable. Le estaban mojando la oreja y pinchándolo en su punto débil. Se acostó dándonos la espalda y tapándose la cabeza con una frazada. Bruno se acercó a hablarle, y Cima simuló roncar a gran volumen. Me miró a mí como pidiendo clemencia. Le hice señas de que viniera. Le pedí al Pibito que preparara unos mates. El agua la calentábamos en el mismo termo con la "fuente": unos pedazos de chapita que sacábamos del envoltorio metálico de las pilas doble A y que luego enroscábamos a dos cables pelados que arrancábamos de un alargue desarmado previamente. En una de las puntas del alargue estaba el enchufe; en la otra, las chapitas. Antes de enchufar había que poner las chapitas en el agua, nunca a la inversa, porque corrías el riesgo de quedar electrocutado. El agua tardaba unos cinco minutos en calentarse. De la fuente solía chorrear un poco de óxido que se mezclaba con el agua. Cuando pasaba eso revolvíamos con una bombilla de plástico hasta que el óxido se diluía.

—Che, eso es re tóxico —se espantó Bruno.

—Estamos en cana, amigo —le replicó severamente Gonza.

—Pero eso hace mal, están tomando óxido.

—Peor es no tomar mates… —agregó el Pibito.

El agua empezó a hacer burbujas, lo que indicaba que ya estaba caliente. El Pibito se puso a cebar y a compartirnos. Bruno rechazó el suyo.

—En cana no se rechazan los mates —le advirtió Gonza.

—Es que yo no tomo mates, no es por lo del oxido, afuera tampoco tomaba.

—Eso que estás haciendo es una re tumbeada. En un pabellón ya tendrías que estar parándote de manos.

—¿Qué es una tumbeada?

—Que te querés hacer el piola.

—¿Por no querer tomar mate?

—No, amigo. Por querer tumbear.

—Bueno, de a poco me iré acostumbrando a lo que significa cada cosa.

—Y sí. Mínimo por un homicidio vas a estar un par de años. Cuando cumplas dieciocho, directo a Casa Grande y ahí te quiero ver…

—¿Qué es Casa Grande?

—Los penales de adultos.

—Ahh. Hay palabras para todo acá adentro, ¿no?

—Y no sé, ¿vos qué decís?

—Que sí, y que está re bueno.

—Tu hermana está re buena. No te quiero escuchar más, pedazo de zorzal. Nos cortaron un re beneficio por tu culpa y encima seguís loreando —dijo Cima desde abajo de la frazada.

—Ya pedí disculpas, Cima. ¿Qué más puedo hacer para que no estés enojado?

—Que tu familia te mande buena ropa. Nada de descanso, eh. Ropa cheta quiero. La Dolfina, Legacy, Lacoste, Levi's, esas marcas que usan ustedes. En un rato tienen visita, ¿no?

—Sí.

—Bueno, hablale a tu familia y pedile ropa. Si no, me van a empezar a conocer. ¡A mí no me importa nada! ¡Ya estoy re jugado! ¡Tengo una banda de años en el lomo! Maté a un cobani, ¿te pensás que me va a importar romperte bien el gorro a vos?

Bruno quedó petrificado. Nos miró a nosotros como esperando algún tipo de consuelo, pero le devolvimos suma indiferencia. Fue y sacó el celular de debajo de la almohada y se puso a mandar unos mensajes de texto.

—Listo, Cima. Hecho. Hoy me traen un par de cosas.

—Más vale que sea ropa cheta, porque si no, te juro que te vas a acordar de mí toda la vida.

Volvió Federico. Tenía una gasa en la cabeza, adherida a los puntos de sutura que tuvieron que hacerle.

—¿Qué haces, Hello Kitty? —lo saludó Gonza y reímos.

—¿Están tomando mates? Yo quiero uno. —El Pibito le cebó un mate. Federico lo tomó como si nada.

—Está medio fría el agua, voy a calentarla un poco —dijo el Pibito y puso la fuente en el agua ante la atenta mirada de Federico.

—Son re ingeniosos acá adentro. Nunca se me hubiese ocurrido esa forma de calentar el agua.

Bruno no dijo nada sobre el óxido.

—¿Qué le vas a decir a tu familia? —indagó Bruno.

—Y la verdad, pelotudo. Que nos peleamos.

—Bueno, repasemos la versión que tenemos que decir…

No tardaron mucho en ponerse de acuerdo y en aprenderse de memoria la historia que deberían contar. Una vez que terminaron el ensayo, Cima se destapó, se sentó en la cama y le dijo a Federico que él también estaba obligado a pedir ropa cheta para la próxima visita, que sería en un rato. Federico no se lo tomó muy bien, pero finalmente aceptó. Agarró el celular y empezó a mandar mensajes de texto a su familia.

No era día de visita, pero ellos la tuvieron igual. Las tres horas que permanecieron afuera nos hundieron en una espesa ansiedad. Nos moríamos por saber cuáles serían las lujosas prendas que les habían traído. Durante ese rato pude convencer a Cima de que me compartiera algo del botín. “El día que los quieras sacar para afuera yo voy a estar con vos”, le prometí. Asintió y estrechamos las manos.

Los chetitos volvieron de la visita repletos de bolsas con bandejas de comida —milanesas a la napolitana con papas fritas, hamburguesas, pizza— y otras con mercadería, un estuche de guitarra y mucha pero mucha ropa de marca. Nos dispusimos a revisar cada bolsa y a probarnos distintos atuendos. Parecíamos niños en una juguetería a los que habían dado rienda suelta para tomar lo que quisieran. “¡Elegí! ¡Dale!”, me dijo Cima. Obedecí y seleccioné dos buzos marca Lacoste, un pantalón y un par de zapatillas Adidas. Todo era de excelente calidad. Cima se puso una campera Montagne impresionante y le regaló a Gonza una campera Adidas. El Pelota Pinchada se lo merecía; aceptó el regalo entre lágrimas y besó a Cima muchas veces en la frente.

—Te quiero, Gordo —se sinceró Gonza.

—Andá para allá, puto —le respondió Cima.

Bruno, completamente despreocupado por las prendas que estaba perdiendo, se sentó en la cama, sacó la guitarra del estuche y se puso a afinarla.

—¿Qué onda, amigo, que la estás guitarreando? Ponele nombre… ¿Te vas a parar de manos? —Cima otra vez.

—No, yo solo quería…

—Ya sé, loquito, te estaba jodiendo. Acá “guitarrear” es invitar a pelear, o cuando querés hacerle ruido a la gorra. Esto es guitarrear, mirá. —Cima agarró su cepillo de dientes y lo arrastró entre los rayos de una de las ruedas de su silla—. Si hacés este sonido quiere decir que estás llamando a los problemas…

—Comprendo.

—Y ¿qué onda?, ¿sabés tocar de piola o todo chucu?

—Algo sé. Tengo que afinarla primero…

Se notaba que Bruno tenía talento para la música y que amaba demasiado a su guitarra. Mientras afinaba el instrumento preparaba su suave voz.

Nos contó que tocaba desde muy pequeño, aunque siempre de forma aficionada. Era autodidacta y soñaba con formar una banda. Lo primero que le pedimos fueron algunos clásicos del rock nacional: Charly García, Fito Paz, Calamaro, Los Redondos, Soda Stereo, Pappo, Los Ratones Paranoicos, Dos Minutos, Los Fabulosos Cadillacs. Cuando no conocía la letra o las notas de alguna canción, sabía suplirlo bien con su carisma.

Cima se obsesionó con que tocara "El hospicio", de Pastoral, en la versión de Simplemente Nagüel, un artista de cumbia santafecina. Puso el casete con la canción y la fue pausando. Bruno estuvo probando y volviendo a empezar durante un largo rato. Una vez que se la aprendió entera, la cantamos todos al unísono y con mucho sentimiento. En especial, Cima, a quien le removía emociones profundas. "Quiero atrapar el sol / en una pared desierta / me siento tan libre que / hasta me ahoga esa idea / me hace mal la realidad / de saber que el perro es perro y nada más".

Era hermosa y un cover muy particular, filtrado sutilmente por el ritmo de una cumbia del litoral. Era muy difícil no sentir lo mismo que Cima. Desde que estaba allí con él, no hubo un solo día en el que no pusiera la canción y cerrara los ojos para tararearla conmovido. Tras el acorde final, Bruno tuvo que secarse las lágrimas. "¡Qué buena canción!", dijo entre sollozos. Pidió que por favor buscáramos una más alegre. Le hicimos caso y empezamos a poner en el toca-toca distintos temas de los numerosos CD y casetes que teníamos con música muy variada. Fue el turno de Gonza, que eligió "Esa pared", de Granizo Rojo, banda de cumbia del norte argentino. "Esa pared, que no me deja verte, debe caer, por obra del amor / las horas que pensando estoy en ti, se hacen eternas / cómo es posible que tú no comprendas, cuánto te quiero". Bruno no tardó mucho en aprenderse la letra, adivinar los acordes y adecuar el tono de voz para cantarla. No pudo terminarla, soltó la guitarra y se puso a llorar. La letra, dijo, le hacía extrañar demasiado a su novia, a la que no veía desde hacía cuatro días y quien le había manifestado, en distintas charlas telefónicas, estar atravesando una angustiante vergüenza por todo lo sucedido. Es que el caso no se iba de la agenda de los medios. A toda hora poníamos un canal y estaban hablando del tema. Para ellos era un alivio que nos prohibieran ver televisión. La novia le había dicho que no quería salir de su casa ni tampoco ir a la escuela, porque todo el

mundo se burlaba de ella. “¡Tu novio es un asesino!”, le gritaban desde los balcones. Ya no lo soportaba; aunque le doliera en el alma, se estaba planteando seriamente terminar con la relación. “Ella no es ninguna boluda —se consolaba Bruno—, ella conoce a mis abuelos sojeros, ella fue conmigo a ver los campos que tenemos en La Pampa”.

Era como si estuviera necesitado de confesión, de sacar algo que le hacía mal mantener en secreto. “Confío en ustedes”, nos decía a cada rato y nosotros escuchábamos entretenidos, porque Bruno era muy bueno contando sus historias.

“Toda la plata…”, “zarpado en ganado…”, “re bacán…”, “cheto mal…”, acotábamos en medio de su catarsis. Federico intentó en varias ocasiones cortar la verborragia de su amigo. Quería evitar a toda costa que conociéramos tantos secretos. Sabía muy bien que, detrás del estigma social que nos disfraza con máscaras simiescas, había mucha inteligencia y lucidez. Bruno nos estaba contando demasiado y eso podría ser un problema en el futuro. Federico era consciente de que cualquiera de nosotros podía aprovechar ese nivel de detalles de sus vidas para mandarse alguna en la calle. Sabíamos dónde vivían y qué tenían en sus casas. No dudó en comunicárselo a su amigo.

—Boludo, dejá de contar tanto.

—Yo cuento lo que quiero, no te metas en mi vida.

—¿Qué onda? ¿Querés hacer embrollo acá, pedazo de loji? ¿Qué te pensás que somos? Si el pibe confía en nosotros bien ahí por él… Si acá los recibimos re piola. ¿Te pensás que les vamos a robar algo? Portate bien, Sansón. Habiendo tanto para robar en la calle, ¿te pensás que justo vamo a ir a robarles a ustedes? Rescatate un poco, zorzal, que venís sumando puntos desde hace rato… Estás re nominado… En cualquier momento te vas a ganar el Martín Fierrazo de Oro —le advertí.

No lo aguantaba más. Me paré y amagué con arrojarle la radio. Él también se paró y vino hacía mí. Yo fui hacia él. Chocamos las frentes, quedamos respirándonos en la cara. El resto se quedó observando. Me moría de ganas de pegarle una buena piña, pero rápidamente recuperé la cordura ante la insistencia de Cima que me decía: “¡Pará, Rengo! ¡Pará! ¡No cagués la verga!”.

—Tocate un tema, Brunito, uno de Los Redondos. “Venía rápido, muy rápido, y se le soltó un patín, al que era rey de esta jungla / se le soltó un patín”. ¿Esa te la sabés? —apaciguó Gonza.

Bruno dijo que no, pensó un rato y se puso a tocar “El pibe de los astilleros”, errándole bastante a la letra. Yo solo daba vueltas sobre lo mucho que odiaba a Federico y en las ganas que tenía de romperle bien la gorra. Cima se dio cuenta de mi malestar y me hizo señas de que me acercara a él. Fui y me senté a su lado. Me calmó. Nos

quedamos escuchando en silencio a Bruno.

—Toca el guacho, ¿no?…

—Nooo, Gordo, ¡te desbocaste! Ja ja. Es la primera vez que el Gordo se desboca… ja ja.

Todos nos reímos.

—Eh, Gordo, ¿cuál fue? ¿Te dejaste llevar por la música?

—Bueno, cierren el orto, ya fue.

Las carcajadas continuaron.

—Todo por estos giles, ¿te das cuenta?

Por supuesto que me daba cuenta. Cima había perdido su aura de emperador. Le habían arrebatado su máxima conquista: reinar con la luz apagada. La presencia de los dos chetitos había desarmado nuestro orden. Se pusieron en suspenso nuestros códigos de habla, de conducta, de vestimenta, de gesticulaciones, de señas oculares, maxilares y táctiles. Con ellos no podíamos ser tumberos. De golpe éramos demasiado normales. Y nadie es normal ahí adentro, o muy pocos, porque en cana nada es normal... El que es normal se esforzará en dejar de serlo. Todos tienen una personalidad genuina y conectada plenamente con el presente más inmediato. Gana y vive mejor el que tiene más carisma, el que tiene más berretines. La jerga nos hacía vivir. Necesitábamos volver a nuestras costumbres y recuperar nuestra chispa. Nos aburríamos tratando de hablar bien y tratándonos así de bien. Nos sentíamos ridículos esforzándonos en usar buenas palabras. No éramos adictos al maltrato, es que la constante rivalidad y las pruebas diarias para demostrar nuestra masculinidad nos ayudaban a ser presos más sofisticados. Cuando vos ingresás yo te verdugueo, pero gracias a ese verdugueo te ponés pillo para lo que te espera. Aprendés que no podés pestañar hasta que te acomodes bien. Una vez que lográs acomodarte, ocupás vos el lugar de verdugo que pone pillos a los ingresos. La vida en el encierro está despojada de todo lo material, es austera, faltan los elementos más básicos que hacen a la vida civilizada, pero es rica en creatividad primitiva. La pobreza material es conquistada por la riqueza inmaterial. Por eso extrañábamos pelear, desafiar al otro, remarcar los descuidos ajenos, refinar la destreza oral, resistir sin ayuda de nadie, asumirte solo vos contra todos, aceptar haber sido abandonado por Dios, por el diablo y la sociedad. Ser ecualizadores de la violencia. Saber cuándo subirle el volumen y cuándo bajárselo. Esos no éramos nosotros, nos habían extirpado la picardía, nuestras almas estaban debilitadas. Pero al mismo tiempo teníamos en claro que no podíamos permitirnos desperdiciar una oportunidad tan grande. Ya conocíamos la realidad común de la cárcel. Cualquier preso mataría por estar en nuestro lugar. Aunque el tedio era insoportable, peor sería volver a la miseria habitual. Si Bruno aumentaba su confianza en nosotros, los beneficios se

multiplicarían. Había que seguir complaciéndolo y debíamos estar atentos a Federico, que cada vez se parecía más a un preso común. Su holgado porte lo ayudaba. En caso de que se pudriera todo con él, no sería fácil derribarlo y mucho menos desmayarlo. Aunque me costó calmar el odio, me convencí de que no podía ser tan estúpido de cagarme la vida lastimando a un cheto. Por más que se lo merecía como nadie; en él se comprimía y se resumía mi resentimiento. Quizás no tendría otra ocasión para vengarme del mundo. ¿No sería como renacer si mato a un cheto asesino? ¿Eso no le daría nuevamente épica a mi vida sumida en las tinieblas? ¿No sería algo justo? ¡Quizás hasta me podría convertir en un mártir y ser un preso celebre! La noticia correría a la velocidad de la luz, mi nombre aparecería en todos los noticieros, sería considerado un monstruo para algunos y un héroe para otros. Nada mal, pero no. Estaba claro que no cometería la insensatez de atacar a un privilegiado, a un protegido del sistema, ya bastante tenía con mi propia condena por secuestro extorsivo. Yo era un anónimo, un pibe chorro, un negro que representaba todo lo que la gente odia. Si lo lastimaba, serían infinitos los subsuelos del infierno en los que caería.

Con el correr de los días nos haríamos buenos amigos con Federico. Estar todo el tiempo junto a otras personas en un espacio reducido, en este caso en ocho metros cuadrados, te puede arrojar a la locura, y es inevitable no aspirar a despedazar a tu compañero de encierro porque ya no aguantás su presencia. No es necesario que te haga o diga algo, no querés verlo ni que respire cerca tuyo, no soportás más su voz y por eso te peleás con él. Y también podés formar una amistad inmaculada, donde se alcanza un grado de intimidad y complicidad inigualable. Conocés todo sobre la vida del otro. Aprendés a descifrar su alma. Sos su consejero y el otro es el tuyo.

Federico empezó a soltarse y a contarnos más detalles. Él no había sido tan afortunado como Bruno. Vivía en un departamento, amplio pero no muy ostentoso. Sus padres trabajaban todo el día en el negocio de autos e hicieron esfuerzos para pagar cada año la matrícula del colegio privado de su hijo. Era un excelente jugador de rugby, un talentoso defensor y un especialista en la técnica del scrum. Le auguraban un gran futuro en dicho deporte. Comprendimos que su familia era mucho menos adinerada que la de Bruno: solo era dueña de una propiedad. Él contaba esto con pesar, yo mordía mi lengua al escucharlo.

XI

Cuando nos dejaron usar nuevamente la televisión comprobamos que el caso había ido desapareciendo de los noticieros. Sus rostros se iluminaron al darse cuenta de que ya no hablaban de ellos. La misma información empezó a llegarles de su gente. Ya no les gritaban cosas a la novia de Bruno ni a las familias. La prensa se había retirado de las puertas del instituto y nadie parecía conmoverse con el dolor de los familiares del pibe fallecido. Vinieron días de abundancia y jolgorio, en los que terminamos todos obesos de tantas golosinas y tanta comida real. Yo tenía los cachetes hinchados. En cada visita le daba a mi mamá la ropa que Bruno y Federico nos regalaban. Le pedí que le enviara muchas de esas prendas a mi hermano Leo y a mis compañeros de causa. Me sentía otra vez un ladrón, de a poco se evaporaba la depresión que tenía enquistada. Los guardias también estaban contentos, habían hecho bastante plata gracias a los chetitos. La familia gastaba un dineral para asegurarse la protección de sus hijos. Y así también creció la bronca en los pabellones. El instituto entero envidiaba nuestra prosperidad y nos insultaban toda la noche a Cima y a mí. Que éramos unas ratas de mierda, que no compartíamos, que estábamos haciendo plata descaradamente y no hacíamos llegar ni un atado de cigarrillos a los pabellones. Los pibes tenían razón. Ambos éramos conscientes de que nuestra gula acaparadora merecía un castigo. No había nadie en el instituto que no supiera que cada noche nos traían comida caliente de la calle, que teníamos celular todo el día…

Con Cima empezamos a preocuparnos y a temer represalias. La adversidad nos unió. Íbamos juntos a todos lados. Yo empujaba su silla cuando él necesitaba ver al enfermero o ir al baño. Nunca en esos meses lo había visto con miedo ni siquiera preocupado. Los pibes más pesados lo respetaban y lo querían. Pero ahora todo había cambiado. Teníamos a todo el instituto en contra. Le propuse que enviáramos unos cartones de cigarrillos al pabellón 2, el más terrible de todos, a ver si así paraba un poco la bronca. Accedió. Nos respondieron que también querían tarjetas telefónicas. Obedecimos. La primera noche posterior a esa entrega de productos, los gritos continuaron, pero sin amenazas. Tan solo se burlaban de los chetitos.

A la siguiente, Federico se atrevió a colgarse de la ventana y

respondió a los gritos que lo amenazaban. Todos los pabellones se unieron en un coro infernal contra él, golpeaban las rejas prometiéndole sangre. Federico, lejos de amedrentarse, se enfureció más, las venas parecían salirse de su cuello. Sus cachetes se pusieron más naranjas que nunca.

—¡Más vale que me voy a parar de manos! ¡No les tengo miedo! ¡Ni a ustedes ni a la gorra ni a nadie! ¡Yo no soy ningún cheto! ¿Qué se piensan que me apavuran un par de gritos de ustedes? ¡Manga de quebrados! —arengó.

Vinieron tres guardias, con los gritos de los pabellones de fondo y repartieron un par de trompadas para todos, incluidos los dos chetitos, aunque los principales receptores del enojo fuimos Gonza y yo. Acepté los golpes sin resistirme. Escuchamos el grito de la requisa entrando a los pabellones, sonidos de palizas y pibes quejándose. En cuestión de minutos, todo volvió a estar cubierto de un oscuro silencio.

Al rato empezamos a burlarnos del ataque de tumberismo repentino que había tenido Federico. Se había aprendido un par de berretines y los puso en práctica con bastante dignidad. Sonó creíble cuando vociferó a los otros por la ventana. El cheto estaba teniendo un devenir tumbero. Si seguía encerrado, sería cuestión de tiempo. Bruno también estaba distinto, había madurado, ya no se la pasaba llorando. Llevaba varios días haciendo flexiones de brazos y esa noche no fue la excepción. Una vez que los guardias se fueron, se puso a realizar una tras otra. En un momento se detuvo y me sugirió que hiciera ejercicios para mi pierna. Estuvimos un rato ejercitándonos sin parar. Me enseñó distintos movimientos que él conocía gracias al rugby. Nos dormimos. Al otro día, alrededor de las seis de la mañana, un guardia anunció que los dos chetitos tenían comparendo. En cinco minutos debían estar preparados. Se bañaron y se cambiaron. Se pusieron ropa formal. Nos dijeron que no sabían qué estaba pasando y que nadie, ni su familia ni sus abogados, les habían avisado que hoy bajarían al juzgado.

Terminaron de prepararse y se fueron. “Nos vemos en un rato”, les dije. Todos quedamos atravesados por una extraña sensación de vacío.

Las horas pasaban y los chetitos no regresaban. Nuestra impaciencia crecía. Varias veces le preguntamos a Gutiérrez si sabía algo y nos respondió que no. Él también estaba ansioso y preocupado. Cinco de la tarde, seis de la tarde, ya era muy rara tanta demora. En ese lapso intenté usar el celular que Bruno había dejado debajo de la cama, pero lo habían bloqueado, seguramente desde la calle. Estábamos desesperados.

Nunca volvieron. Cuando cayó la noche, el rostro de Gutiérrez lo dijo todo. Vino y nos comunicó que los habían liberado por falta de pruebas… ¿Cómo podía ser, si ellos mismos nos confesaron que

habían estado en la escena del crimen y no como meros espectadores? ¿Cómo podía explicarse que ni siquiera se comieran el procesamiento? Algo que es lo normal para cualquiera que cae por un delito de esa magnitud. Pero claro, ellos eran chetos… Pertenecían a la clase que había inventado el Código Penal para asegurarse la impunidad de sus crímenes.

Pobrecito Brunito, tan lindo, tan suave, tan inteligente, solo cometió un exceso, ya aprendió la lección; la angustia y el flagelo de esos días fueron suficientes. ¿Cómo lo van a meter en prisión con esos salvajes? Él no está preparado para ese infierno. Además, todo sabemos para quién es la cárcel… Vamos… No simulen… ¿Y Federico? ¡Pobre Federico! ¿Cómo van a dejarlo encerrado? ¡Si le espera un futuro muy prometedor en el rugby! No les pueden arruinar la vida así a dos chicos de bien. Es posible que hayan matado, pero eso no justifica que los metan ahí con toda esa gente. Se merecen una oportunidad (la oportunidad que nunca les dan a otros). ¿Hubo una víctima? ¿Era pobre? No… Ah, no era pobre. Qué raro… Era un chico normal, educado como sus agresores, del mismo color de piel que ellos. Uh, qué macana, pero igual no corresponde mandarlos a la cárcel, en todo caso podrían hacer trabajo comunitario…

Pero ni eso, ni siquiera se esforzaron en ser demagógicos. Se fueron libres, sin ningún tipo de condena más que la social, una condena de fácil amnesia. Al mes ya nadie se acordaba del caso. No tuvieron que agarrar ninguna pala. Unos golpecitos en la espalda y a seguir. Acá no pasó nada.

XII

¡Clic! ¡Clic! ¡Clic! ¡El famoso clic! El instante supremo, la conciencia subterránea que emerge como lava, el rayo que eyacula fuego sagrado, el mini big bang del espíritu, la luz diáfana que ilumina y quema la maldad, el nirvana de los marginales, el éxtasis divino, el prodigioso renacimiento, fue ahí.

Cuando vi que esos dos eran liberados en mis narices por el solo hecho de ser chetos. Ahí entendí que jueces, fiscales y abogados son todos excelentes actores que participan en una obra de teatro llamada sistema judicial. Gonza era un simple ladrón de celulares y estaba privado de su libertad hacía varios meses. Yo no había matado a nadie y me dictaron la prisión preventiva, es decir, tenía que esperar el juicio entre rejas. A ellos ni siquiera eso, no bastó la amplia repercusión mediática del caso, ni que la opinión pública en su mayoría, a la luz de las evidencias, considerara que eran culpables de asesinato o que mínimamente algún tipo de responsabilidad tenían.

A partir de ese momento se reveló ante mí el verdadero rostro del régimen carcelario. “Hay que ganarle de alguna forma a este sistema”, pensé. “Creo que ya no quiero ser pibe chorro, no porque se me haya enfriado el pecho, sino porque ya no deseo alimentar a esta monstruosa máquina de falsedad ni regalarle mi vida. ¿Pero cómo hago para que mi realidad sea diferente? Si con el deseo solo no se llega a ningún lado, no se llena ninguna boca, no se tapa ninguna gotera, no se paga ningún impuesto. ¿Quién me ayudaría? ¿Mi familia indigente, en la que nadie tenía siquiera estudios secundarios? Si en la pobreza la herencia es invertida: los hijos tenemos que encargarnos de darles a nuestros padres un mínimo de dignidad material. Muy lindos y revolucionarios todos los nuevos pensamientos, pero ¿cómo me invento otra vida? No sé; sin embargo, no quiero más esta vida de pibe chorro. No quiero morirme joven, ya no me interesa ser una leyenda de la calle. Ahora necesito combatir esta inmundicia disfrazada de leyes”, pensaba. Se había despertado en mi un nuevo monstruo y mucho más peligroso que el que robaba y se tiroteaba con la policía.

Como una noche sin misterio y con la luna suicidada sobre la espalda del mar. Así lucía nuestro ánimo después de que se fueron los chetitos. Nos dolía la injusticia tan descarada, tan obscena, pero lo que

más nos dolía era haber perdido tantos beneficios. Nadie, ni el más pesimista, podía imaginar que se irían tan rápido. Nos habíamos acostumbrado a vivir como reyes. Estábamos de duelo. El luto cubría el instituto entero. Yo, en cambio, estaba renaciendo, pasaban los minutos y me caía más la ficha. De golpe todo me parecía evidente y maldecía el haber tardado tanto en darme cuenta, pero ¿qué hubiese cambiado de saberlo antes? ¿Hubiese evitado un destino de balas, sangre y encierro por el hecho de entender cómo funciona el mundo? Por supuesto que no, no era tan ingenuo. Nadie ignora ni desconoce que las riquezas del mundo están mal repartidas, pero con saber no es suficiente. Mucha gente lo sabe y simplemente sigue adelante para ahorrarse litros de dolor. Algunos solamente esperan morirse y disfrutar del cielo cristiano, resignados a soportar lo que sea en esta tierra. Aunque nadie tenga la certeza de qué pasa después de la muerte, peor sería vivir sin esa ilusión. Nada más humano que la imaginación y por eso resulta tan necesario imaginarse una recompensa inmortal. “Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de Dios”, dijo Jesús, según consta en Mateo 19, 24. Me aferraba a esa frase. Era un grato consuelo creer que esos chetitos no irían al cielo. Mientras tanto, nosotros debíamos seguir soportando ese infierno, pero en el más allá las cosas son diferentes, allí sí reina la justicia.

Cima no volvió a ser el mismo. El humor desapareció de su semblante. Ahora se la pasaba todo el día con cara de orto y no hablaba con nadie. Ni siquiera veía la tele ni le importaba que la luz estuviera prendida. Lo único que hacía era estar con la radio pegada al oído y leer viejas cartas de su novia. Yo empecé la escuela y me anoté en todos los talleres que afortunadamente había en ese instituto. El primero al que fui era de computación, donde un joven profesor nos enseñaba Windows; aprendí bastante con él. También me anoté en un taller de plomería y continué trabajando duro en el gimnasio dos veces por semana. Seguí sin fumar cigarrillos y ya no me quedaban resabios de la abstinencia de cocaína. Las únicas drogas que había consumido desde mi ingreso eran las clonazepam y, en alguna que otra ocasión, un poco de marihuana en porros raquíticos. Había recuperado peso y cada día que pasaba podía caminar mejor. Presentía que el traslado a un pabellón era inminente. Iba una vez por semana al encuentro obligatorio con la psicóloga y cada quince días, con la trabajadora social. La psicóloga era una veterana de unos cuarenta años, que estaba bastante buena. Usaba vestidos solemnes, pero que no impedían que vislumbremos sus dos grandes tetas. Todos los pibes estábamos locos por ella. Era la principal destinataria de nuestras pajas. Mi pija había vuelto a la normalidad y recuperado al cien por ciento la sensibilidad. Regresaba muy al palo de cada sesión y

me metía en el baño a masturbarme furiosamente en su honor. Desde el primer encuentro, intentó responsabilizar a mi madre por mi situación. Eso me sonaba raro, porque en todo caso podría haber culpado a mi padre, que nunca se hizo cargo de nosotros, que nunca puso un peso para nuestra alimentación ni para nuestra vestimenta, que nunca fue a una reunión al colegio, nunca nos llevó al hospital, nunca hizo nada de todo lo que sí había hecho mi madre, mal o bien, en medio de toda la miseria y de todas las tormentas de drogas y violencia que asolaron su vida desde pequeña. Me había criado en un matriarcado, con tres mujeres de gran personalidad: mi abuela, mi madre y mi tía Flavia. Todas eran fuertes, no se dejaban avasallar fácilmente por los hombres. Y la psicóloga, aunque era mujer, estaba obsesionada con culpar a mi madre, a otra mujer como ella… Si alguien era culpable de mi situación era yo mismo. Mi mamá era mi mejor amiga, alguien que nunca me había dejado tirado y que concurría a cada visita, tuviera o no algo material para brindarme. Los únicos que podíamos juzgarla, en todo caso, éramos sus hijos, no una señora de clase media que no había vivido nada de todo lo que vivió ella.

Me moría de ganas de discutirle a la psicóloga, pero prefería no decir nada y le seguía la corriente. Lo importante en ese vínculo no es la verdad, sino el informe que los psicólogos envían a los juzgados. Así que uno finge ser manso y haber aprendido la lección. Se flagela, se autocrucifica. Promete arrancar todo el mal de su alma. Jura que nunca más volverá al delito. Si el juzgado te otorga la libertad, pero el equipo técnico (psicólogos, trabajadores sociales y algunos docentes de la escuela), a través de sus informes, le transmiten que uno no está apto para salir a la calle, listo, fuiste, te quedás adentro. Por eso, uno les dice lo que quieren escuchar. Que se romperá el lomo trabajando; que ya no hablará más con jerga y empezará a hablar bien; que dejará de ser quien es y se convertirá en un ciudadano ejemplar. Es simplemente un juego en el que ambos participantes fingen estar teniendo una charla profunda.

En una de las sesiones intenté sacar el tema de los chetitos, remarcando mi bronca por algo que consideraba injusto, pero rápidamente fui reprimido. “Vos tenés que pensar en el daño que cometiste, no te tiene que importar la suerte de los demás. Vos estás acá por un delito grave, ¿sos consciente de eso?” fue parte del sermón que recibí y al que respondí asintiendo una y otra vez.

Por suerte, encontré dos figuras para desplegar mis nuevas intrigas: el cura y el defensor oficial. El primero se llamaba Walter, era un sacerdote que vivía y tenía su iglesia en Ciudad Oculta, una villa ubicada en Mataderos, en el extremo sur de la ciudad. Tenía unos treinta años y era de baja estatura, piel marrón y pelo corto negro.

Venía a vernos una vez por semana a la celda de enfermería. En un principio lo ignoraba porque yo me había formado religiosamente en el evangelismo extremo de mi abuela. Ella me había inculcado que los católicos eran farsantes porque creían en imágenes de piedra o en cuadros, por lo tanto, eran idólatras y la idolatría era algo desagradable para Dios. Por entonces, yo estaba recuperando de a poco mi fe en ese Dios de mi abuela. Es muy perjudicial estar encerrado y no creer en algo. El vacío existencial allí adentro es insoportable, y Dios es lo que está más a mano para llenarlo. No se trataba de que creyera en él, necesitaba sentirme menos solo, y su presencia imaginaria mitigaba el desamparo. Era lindo hablar de otras cosas con alguien y creer que había algo que excedía a nuestra comprensión que podía regalarme el milagro de la libertad. Mi relación era volátil. Por momentos, le pedía perdón, pero en otros se lo exigía. Le cantaba alabanzas y al rato lo insultaba. Estaba peleado con el Gauchito Gil, dejé de creer en él, aunque nunca se me cruzó por la cabeza taparme el tatuaje. Sentía que me había fallado, que había sido incapaz de frenar mi caída.

Le pedí a mi madre que me trajera la Biblia que me había acompañado desde chico. Me la pasaba horas leyéndola. Por suerte, Cima también era muy creyente, aunque él, a diferencia mía, era profundamente católico. Siempre llevaba puesto un rosario y tenía su mesita de luz llena de estampitas y con dos pequeñas estatuas de San Jorge y la Virgen de Lourdes.

El padre Walter intentaba sacarme charla, pero yo lo ignoraba: me acostaba dándole la espalda y me quedaba escuchando lo que conversaba con el resto de los pibes. Pero una vez que se fueron los chetitos, empecé a llevarme mejor con él, porque lo escuché decir, cuando Cima se lo planteó, que para él también resultaba injusto lo que había pasado con esos dos.

—¿En serio piensa eso, padre? —indagué.

—Por supuesto. Conozco muchos chicos que pagan condenas de muchos años por delitos menores y que no tienen a nadie que los defienda porque son pobres.

—¿Y por qué Dios permite que pasen estas cosas?

—¿Y por qué Dios debería ser responsable de lo que hacen los seres humanos? Cada uno es libre. Dios creó la libertad, si interviniese dejaría de ser libertad. Ustedes fueron libres de hacer lo que quisieron o ¿alguien se los impidió?

—¿Qué libertad? ¿La libertad de morirse de hambre, la libertad para que los ricos sean cada vez más ricos?

—No. Pero él nos deja elegir. Cada uno elige si quiere ser buena persona o una mala persona. Cada uno elige si quiere seguir a Dios o si quiere seguir al diablo.

—Pero ¿por qué algunos pagan sus delitos y otros no? ¿Dios también odia a los pobres?

—Jesucristo nació pobre y murió pobre. Se rodeó de trabajadores, de enfermos, de ladrones. Buscaba el amor de los olvidados, de los marginados y despreciaba a los ricos. ¿Saben la anécdota de cuando echó a los mercaderes del templo?

—Sí, claro, la conozco. Pero no se olvide cómo murió Jesús y la pregunta que le hizo a Dios cuando estaba colgado en la cruz a punto de morirse: "Padre, ¿por qué me has abandonado?", y esa pregunta no tiene respuesta en la Biblia. Dios no le responde a su hijo que se está muriendo. Bastante perverso su Dios, padre.

—Dios no abandonó a su hijo, si no nunca hubiese resucitado. Imaginate cuánto nos ama Dios que sacrificó a su propio hijo por nosotros.

—Pero no entiendo, ¿hay un Dios para los pobres y otro para los ricos?

—No, hay un solo Dios. Y te repito: no odia a los pobres, todo lo contrario.

—Pero los ricos viven el cielo en la tierra y nosotros ya estamos en el infierno en esta vida, y encima después de muertos nos vamos a otro infierno… ¿no es injusto?

—Te aseguro que las riquezas materiales no tapan la pobreza espiritual. La verdadera riqueza es tener a Dios en nuestros corazones.

—Pero qué pelotudez esa, padre, con todo respeto se lo digo. Mi abuela fue creyente toda su vida, nunca falta a la iglesia, siempre aportó con el diezmo, se rompe el lomo trabajando desde chica, no comete un solo pecado, no se droga, no toma alcohol, no fuma y, sin embargo, vive en la pobreza absoluta.

—Dios tiene preparado para tu abuela algo muy grande, que no es posible de ver con los ojos humanos.

—Déjese de joder, padre. Ni usted se cree eso. ¿No es mejor aceptar que Dios no existe y que si existe no le importa el sufrimiento de los pobres?

—¿Y por qué seguís leyendo y por qué te preocupan tanto las acciones o no acciones de Dios, si para vos no existe?

—Leo la Biblia para pasar el tiempo y porque está llena de historias locas que son muy entretenidas.

—No me mientas. Puedo darme cuenta de que estás enojado con Dios, pero que en el fondo de tu alma creés en él. Además, ¿no creés que fue su mano la que impidió que terminaras muerto? Tu caso no es normal, nadie sobrevive tan saludablemente a tantos balazos.

—Pero justamente ese es mi punto. Si fue Dios el que me salvó de la muerte, no lo hizo por mi bien, sino para que siguiera sufriendo. Mire cómo quedé, para estar así hubiese preferido que me mataran. Para

qué sirve la vida si va a ser acá adentro y cuando salga va a ser en una choza.

—Dios tiene un propósito muy grande para vos. Lo puedo sentir.

—Lo mismo me dijo siempre mi abuela. Si eso es verdad, entonces se ve que el propósito de Dios es que tenga una vida que se supere día a día en mierda.

—Te mantuvo con vida. ¿Te parece poco? ¿De verdad hubieses preferido morirte? ¿No pensás en el dolor que eso hubiera provocado en tu mamá, en tu abuela, en tus hermanos, en tus amigos?

—Si me moría hubiesen llorado un rato y a los días ya habrían seguido su vida como si nada. En cambio, ahora mi mamá tiene que estar viniendo acá, yendo al juzgado, viendo de dónde rescata una moneda para viajar y traerme algo… De verdad, padre, pienso eso, que la muerte para los pobres es un gran alivio, usted lo sabe, no se haga el desentendido. Para los pobres el verdadero infierno es estar vivo.

—Están bien tus dudas, porque, como muy bien apuntaste, hasta Jesús dudó. Pedro dudó y negó. Moisés también dudó. Dudaron David y Salomón. Dudó Pablo estando en una celda peor que esta. ¿Ustedes creen que los que iban en el arca junto a Noé y veían que pasaban los días y que lo único a su alrededor era agua y más agua no dudaron? Si lo que necesitás son respuestas concretas, pedíselas a Dios con todas tus fuerzas, que él te las va a dar.

—Aunque me responda, yo voy a seguir encerrado, y esos chetitos van a disfrutar de la libertad en la calle. O Dios no existe o hay algo que no nos contaron…

Antes de irse, el padre Walter nos anunció que a la próxima visita vendría acompañado nada más ni nada menos que por Bergoglio, que en ese entonces era el arzobispo de la Ciudad de Buenos Aires, y un rostro que conocíamos de la televisión. El padre nos contó que él iba todos los años al instituto desde hacía mucho tiempo. Reaccionamos con indiferencia, aunque comprendíamos que era una visita importante. A la semana lo teníamos a Bergoglio ahí, en nuestra celda. Nos preguntó a cada uno nuestros nombres, nos dio una bendición y cuando estaba a punto de irse me animé a hacerle una pregunta.

—¿Por qué Dios perdona los pecados de los ricos, pero no los pecados de los pobres?

El futuro papa se frenó, me miró y sonrió.

—Buena pregunta, joven, pero Dios ama a los pobres más que a los ricos, escrito está. “Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de Dios” —dijo.

Cuando quise repreguntar, la comitiva se había retirado. Bergoglio estuvo unas cuantas horas en el instituto, pasó por cada uno de los pabellones y se quedó un rato largo charlando y tomando mates con

los internos. Lo nuestro fue más breve porque solo éramos cuatro. Esa tardé llamé por teléfono a mi casa y le conté a mi abuela sobre el encuentro. No le gustó nada, siempre sintió una gran aversión por los católicos. Yo me quedé pensando en lo sencillo que era repetir esa frase bíblica para justificar la realidad del mundo. “Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja a que un rico caiga en cana, por más delito que haya cometido”. Esa debería ser la frase.

De todos modos, algo me mantenía aferrado a la fe, quizás porque desde muy chico vi cómo mi gente encontraba en la iglesia un refugio, algo por qué vivir, algo que ayudaba a transitar este mundo con menos dolor. Me había cansado de ver a hombres y mujeres en condiciones materiales muy precarias que sentían al espíritu santo y lo manifestaban. Lloraban con lágrimas reales, gritaban con gritos reales y expresaban plenitud y gozo cuando cantaban canciones y alabanzas a Dios. Al volver a sus casas, debían enfrentar el hambre y la miseria, pero al menos, durante ese rato en la iglesia, compartían junto a otros una energía que hacía olvidar todo lo malo. Mi abuela creía, mis amigos del barrio creían, los pibes en cana también creían. No conocía a nadie que no creyera en Dios. No tenía derecho a hacerme tanto el ateo. No podía olvidarme de mis raíces.

XIII

Una tarde vino a verme el defensor oficial. Era un tipo alto, flaco, de piel blanca y ojos verdes. El pelo canoso y enrulado. Llevaba un traje gris y una camisa color beige. Habían pasado dos meses desde que los chetitos salieron en libertad. Quería felicitarme personalmente porque llevaba varias semanas haciendo muy buena conducta. Me estaba yendo muy bien en la escuela y había recibido excelentes informes de parte del equipo técnico.

—Si seguís así, en breve voy a pedirle al juez que te otorgue salidas transitorias.

—¿No tengo que esperar al juicio para eso?

—No, eso es para mayores, en menores es diferente. Puedo pedirte ese beneficio antes del juicio. Depende de vos, si mantenés esta buena conducta es probable que el juez acceda y te deje salir. La primera vez son doce horas, y si bien estás por una causa muy jodida, nos ayuda el hecho de que no tenés muchos antecedentes.

En realidad, sí tenía, pero a nombre de mi hermano Leo, que era más chico. Por mi culpa él era considerado un peligroso delincuente de catorce años con severos antecedentes penales. Estuve a punto de contarle la verdad al defensor, aunque me contuve. Dejé que siguiera hablando.

—Por lo que dice tu último boletín, se ve que te gusta mucho Lengua. ¿Te gusta leer?

—Sí, me gusta, vengo leyendo lo que nos da la profe en la escuela.

—¿Y qué te dio para leer?

—Varias cosas, pero hasta ahora lo que más me gustó fue el *Martín Fierro*.

—¿Y qué fue lo que te gustó del *Martín Fierro*?

—Que era un marginal y cantaba la posta. Es como un Gauchito Gil, pero más aceptado por la gente.

—¿Y te gustaría leer otras cosas? ¿Hay biblioteca acá?

—Sí, pero no hay muchas cosas interesantes para leer acá.

—A mí me encanta la literatura, si querés te puedo prestar algún libro.

—Sí, qué sé yo, para pasar el tiempo están buenos los libros.

—El mejor pasatiempo, para mí. Tomá, te dejo estos dos. Vuelvo en quince días y vemos qué te parecieron, y si te gustaron, te dejo otros

nuevos. ¿Te parece?

Me prestó *El oro de los tigres*, un libro de poemas de Jorge Luis Borges, y *El túnel*, la novela de Ernesto Sabato. Empecé esa misma tarde con el de Borges. Había muchas palabras raras y desconocidas, pero sentí una atracción incontrolable, parecía como si en esos versos el corazón hablara, como si el alma se volviese una frase. Un misterio que me invitaba a desertar de la actualidad carcelaria. Leía y releía los poemas, acostado en la cama. Mis compañeros siguieron en la suya como si nada, pero después de una hora, Cima interrumpió mi trance.

—¿Tanto vas a leer? ¿Desde cuándo leés vos?

—Me los dejó el defensor. Quiero ver bien de qué se tratan así cuando vuelve la próxima vez le como la oreja. Me dijo que si sigo haciendo conducta me va a pedir una salida transitoria.

—¿Tan rápido? Son re fantasmas los defensores.

—Sí, pero bueno, si llega a ser verdad soy yo.

Dejé el libro a un lado y salí a hablar por teléfono. Llamé a mi casa y me atendió mi madre con la voz quebrada. Al principio, no quería contarme la razón de su tristeza; le insistí un rato largo hasta que confesó. Habían matado a Nico, un amigo del barrio. Lo peor de todo era que lo había matado un amigo. Crueldad absurda que dos pibes del barrio se batieran a duelo.

La lista de pibes muertos que conocía era cada vez más larga. El Gordo Damián, Maxi Loquillo, el Viejo Camilo, el Fede, Lápiz, Culacha, Panchito, el Tin, el Yona del 12, Jorgito del 20; todos en los últimos dos años. Y ahora Nico. ¿Por qué yo quedé vivo y mis amigos no? ¿Era parte de un plan divino? ¿Mi alma estaba maldita? ¿Esa maldición vendría de otras vidas? ¿Cuánto sufrimiento es suficiente para saciar al karma? ¿No bastaba la indigencia en la que nací y crecí, y de la que solo pude escapar en los pocos meses que fui pibe chorro?

¿Por qué lograba eludir tanto a la muerte si ni quiera me lo proponía? ¿Un milagro supraterrenal o una simple limosna del azar? Como esa vez que fuimos a robar con Polo, un pibe más grande que yo, de veinte años, bien alto, corpulento, muy temperamental y alegre. Me lo crucé de casualidad por los pasillos una mañana primaveral radiante. Él estaba a bordo de una bici. Lo invité a fumar un porro y me preguntó si quería ir a robar con él. Le dije que sí y salimos del barrio, él manejando la bici y yo arriba del manubrio. Nuestro armamento era una precaria réplica de plástico de una pistola negra. La llevaba él en la cintura. A cuatro cuadras, vimos una moto viniendo en dirección a nosotros. “¡Es ese!”, me dijo, y cuando la moto pasó al lado mío le tiré una patada al conductor, que tambaleó un poco y cayó al asfalto. Polo dejó la bici y corrió apuntándolo con la réplica. Yo fui en busca de la moto, una Yamaha Crypton 110. Intenté arrancarla, pero se había dañado bastante por la caída, así que decidí llevármela

andando; estábamos muy cerca del barrio. Polo estaba terminando de revisar y de robarle al pibe. Seguí avanzando, hasta que de repente apareció un vecino que salía de su casa y me apuntó con un revólver. Tiré la moto a un costado y empecé a correr, volviendo sobre mis pasos. Polo se dio cuenta de la jugada y se apostó en un árbol, apuntando al vecino y gritándole que arrojara el arma. El vecino le gritaba lo mismo. Esos segundos me sirvieron para escapar. En medio de la corrida, le hice señas a Polo de que huyera para el otro lado. Él era mayor de edad, si lo agarraban sufriría una condena peor. Decidí sacrificarme por él. Volví a buscar la moto para que el vecino se enfocara en mí. No tendría balas, o no se animó a dispararme, porque quedé a pocos pasos de él y casi que llegamos a rozarnos, pero no disparó. Noté que Polo se había perdido de nuestra vista, volví a soltar la moto y a correr desesperado. A esa altura ya habían salido varios vecinos más, los perros ladraban desaforados y la víctima gritaba sin parar. Antes de llegar a la esquina, me bloquearon el paso. Cuando quise huir en dirección inversa, ya había más vecinos viniendo hacía mí. Me capturaron, empezaron a pegarme piñas por toda la cara, por la panza, en las piernas, me tiraron al piso, me patearon la cabeza, me escupieron. Me sacaron las zapatillas, el pantalón, me rompieron la remera, me salía sangre de la nariz, de la frente. El más ensañado era el dueño de la moto, me daba una patada tras otra en la cabeza al grito de "¡Rastrero! ¡Basura! ¡Negro de mierda!". Cada vez se sumaban más vecinos a la paliza. Estaba a punto de perder el conocimiento. Como podía, intentaba frenar la sangre que me caía de la boca, pero los mismos vecinos me agarraban de los brazos para que me pegaran sin que pudiera cubrirme. Cuando estaba a punto de desmayarme o de morir, apareció un patrullero. Bajaron dos policías y comenzaron a separar a los linchadores, que se resistían y mientras forcejeaban con los oficiales me seguían pegando y escupiendo. Finalmente, ante la insistencia de los policías, dejaron de golpearme, pero se quedaron ahí, insultándome e insultando a los oficiales por estar protegiéndome. "¡No están cuando nos roban, pero están para salvarle la vida a estas ratas de mierda! ¡Matalo que no sirve para nada!", decían. Llegaron más patrulleros, toda la cuadra estaba llena de gente observando y gritando. Me dejaron la cara hecha pedazos, llena de cortes, con los ojos hinchados. Tenía la cabeza cubierta de huevos, me fracturaron dos dedos de la mano derecha, me hicieron mierda las piernas, pero sobreviví e hice zafar a mi compañero. La policía me salvó del linchamiento. Me subieron al patrullero y me trasladaron a la comisaría. Estuve un rato en una celda, soportando todos los dolores, casi sin poder abrir los ojos de lo hinchados que estaban. Después me llevaron a una salita. Un médico me vendó la mano así nomás y me obligó a limpiarme las raspaduras. También me obligó a que yo mismo

me pegara con La gotita las heridas que estaban abiertas. Lo hice. Volvimos. Me dejaron varias horas en la celda, incomunicado. Recién a la noche me pidieron un número de teléfono y les di el de mi mamá. La llamaron, me vino a buscar y me fui con ella. Al llegar a la comisaría, había dado el nombre de mi hermano, que en ese entonces tenía solo trece años, y en su documento estaba pegada mi foto en reemplazo de la suya. Luego de recuperar la libertad, mientras caminábamos hacia la parada del bondi, mi madre me dio una enorme reprimenda. Se la sentía resignada y, si bien su dolor algo me conmovía, nada era suficiente para hacerme recapacitar. Arribamos al barrio y cuando estábamos a punto de entrar a mi casa, salí corriendo, dejando atrás a mi madre. Llegué al Hueco. Había un par de amigos, que al verme se asustaron y se preocuparon.

—Vamos ya a ver al Puto Cali —me sugirió el Peca.

—Bancá, amigo, ahí vamos. ¿Alguien tiene un par de pastas?

—Yo, tomá. —Kevin me pasó tres pastillas que me tomé de una. El Peca trajo unas gasas con alcohol y empezó a limpiarme las heridas.

—Ahora sí, vamos —dije. Y junto al Peca y mi hermano Leo, nos fuimos a lo del Puto Cali, que atendía en su departamento del monoblock 2. Lo primero que hizo fue pegarme mejor las heridas abiertas.

—Vas a tener que ir al hospital, te tienen que enyesar, pero andá de verdad, no te dejes estar, porque te va a quedar mal la mano para toda la vida —advirtió. Le hice caso, y con el Peca y mi hermano salimos en dirección a la guardia de traumatología del Posadas. En el camino, mientras atravesábamos el campito que separaba al barrio del hospital, apareció Polo corriendo detrás de nosotros. Me abrazó y agradeció.

—¡Te debo una, guacho, gracias! Vamos que te acompaño. Tomá, guardá.

Me dio un fajo de billetes de cien. Una luca en total. Llegamos al hospital, estuvimos esperando un largo rato. Finalmente, entré a ver al traumatólogo, acompañado de mi hermano. El doctor me preguntó qué me había pasado y respondí que había tenido una pelea en el barrio. Esa vez sí di mi nombre real. Me revisó y me mandó a hacer radiografías de la mano y a que buscara mi historia clínica. Salimos. La historia clínica había que pedirla en una oficina en la planta baja. Las radiografías te las hacían en el primer piso. Al rato volvimos con ambas cosas. Me enyesaron, y el traumatólogo dijo que debería permanecer así durante tres semanas. Le agradecí y volvimos al barrio.

Al verme mis amigos empezaron a burlarse de mí. “¡Estás re quebrado! ¡Cara de compota!”, me gritaban. Esa misma noche nos pegamos alta gira. Necesitaba drogarme todo lo posible para tapar el

dolor. No volví a mi casa, me fui a dormir a lo del Peca.

El yeso resultó ser un arma extraordinaria a la hora de ir a robar. En vez de golpear a las víctimas con el caño del revólver o de la pistola, ahora podía darles un yesazo, que era menos dañino, pero igual de contundente para asustar. Los días posteriores al linchamiento nos trajimos varios autos robados al barrio. A la semana mi cara se fue deshinchando, pero de tanto usarlo para golpear, el yeso empezó a fragmentarse. Decidí que me lo quería sacar. Fui hasta mi casa, entré al baño, lo metí debajo de la canilla y lo fui cortando con un cuchillo, hasta que logré arrancármelo del todo. Mis dedos quebrados (meñique y anular) no se habían soldado lo suficiente. Mis amigos, al ver que no tenía el yeso, me exigieron que fuera urgentemente a que me lo pusieran de nuevo. Abría y cerraba la mano y me daba cuenta de que los dedos estaban torcidos, pero no tenía ninguna intención de regresar al hospital. No les di cabida. Nunca más volví a revisarme la mano.

¿No es ridículo que la policía salve de la muerte por linchamiento a un pibe chorro? La misma policía que puede matarlo en la calle. La misma policía que unos meses más tarde acribillaría mis piernas. Era ridículo, pero no inverosímil. La calle solo tiene dos dueños: los delincuentes y los policías. Son los únicos soberanos de la vida y la muerte, emperadores de la noche más profunda, comparten tonalidades de piel y provienen de los mismos barrios, adhieren a los mismos vicios, se expresan en idéntico argot, emanan un miedo similar, se retroalimentan de gestos, conductas y pillería. Devotos del plomo, ambos son odiados por la mayoría de la sociedad.

No era tan extraño que hubieran decidido salvarme por una cuestión de códigos. Vieron que una turba me estaba despedazando y decidieron intervenir, distinto sería un enfrentamiento a mano armada, donde sí hay proporcionalidad, donde es matar o morir. Pero en este caso yo estaba desarmado y en el piso. Si los policías hubiesen llegado dos minutos más tarde quizás no la estaría contando. Pero ¿por qué? ¿Por qué llegaron antes? ¿Por qué quedé vivo? La muerte no me quería, claro está.

Una vuelta fui a robar con Dalma, una amiga de mi edad, bajo la modalidad escruche, nuevamente por Haedo, la zona adinerada más cercana al barrio. Tras caminar un largo rato, nos detuvimos frente a una casa inmensa, con las ventanas y las puertas que daban directo a la vereda completamente cerradas. Tocamos timbre varias veces. Dimos una vuelta manzana, tocamos timbre de nuevo y asumimos que no había nadie. Ella se cruzó de vereda para quedarse vigilando. Yo escalé por la ventana, me subí al techo, corrí hacia la parte de atrás y salté a un patio. Todas las puertas y ventanas traseras también estaban perfectamente cerradas y no encontré ninguna herramienta a mano

que me sirviera para barretear. Era una misión imposible, no había forma de entrar, pero me empeciné en quedarme e intenté arrancar una reja solo con la fuerza de mis brazos. Estuve un largo rato sin lograr nada más que lastimarme las manos. De repente, escucho una camioneta que frena en el umbral de la casa. Se abren las puertas, suena la radio policial, me doy cuenta de que es un patrullero, miro alrededor buscando una vía de escape, me paralizo por el miedo, del paredón de la casa que estaba a mi derecha saltan dos policías con escopetas en mano. Me apuntan a la cabeza, uno de ellos dispara, siento que los perdigones me soplan el pelo e impactan a centímetros míos, sobre la pared. Levanto las manos y espero ser fusilado. No lo hacen. Me tiran al piso, me esposan, me dan algunas patadas en las costillas, me levantan y arrojan por arriba de la pared por la que saltaron, al otro lado esperaban más policías. Me conducen por el interior de la casa del vecino hasta salir a la calle, me suben al patrullero. Me siento aturdido por el disparo. Miro para afuera buscando a Dalma, no la veo, ruego que haya logrado escapar. El patrullero arranca a toda velocidad. Llegamos a la comisaría, vuelvo a dar el nombre de mi hermano. Me meten en una celda, entran tres policías, empiezan a golpearme mientras estoy esposado con los brazos para atrás. Me rompen un labio, me pegan en la boca del estómago, me derrumbo, me quedó en el piso sin aire, se van. Al rato logro sentarme y pasarme las esposas para adelante. Converso con los pibes que están en la otra celda, hay dos que son de mi barrio. Me hacen llegar comida y agua. Pasan las horas. Me dan la libertad; otra vez es mi madre la que va a buscarme, en este caso, a otra comisaría. En el camino repetía una y otra vez que esa era la última vez, que estaba cansada de ocultar mi identidad y tener que ir buscarme con el documento de mi hermano. Intentaba calmarla, diciéndole: “Sí, mami… es la última vez, te lo juro”. Al llegar a mi casa, esa vez no me escapé. Me dolía demasiado el cuerpo. Entré a mi pieza y me desmayé sobre la cama.

El dicho “la tercera es la vencida” no aplicaba en mi caso. Porque habían sido más de tres las veces en que la muerte no quiso llevarme. Y aunque pareciera ya demasiado para un mismo cuerpo, los momentos extremos continuaron.

Un sábado de otoño a la madrugada, a eso de las dos de la mañana, decidí irme a robar en soledad y a bordo de una bici cromada, de esas que usan los bikers, los que hacen piruetas sobre rampas. Mis amigos se la habían robado esa misma tarde de una plaza. Estaba estacionada en el Hueco, a disposición de todos. La agarré y pedaleé hasta salir del barrio. Llevaba un reluciente revólver calibre 38 sin balas, cromado como la bici y con las cachas de madera. No tenía un peso, estaba re duro, me había bajado unos cuantos papeles de merca y quería seguir

drogándome. “Voy, hago algo sencillo y vuelvo”, pensé. Di varias vueltas sin hallar ninguna presa. Doblé en una esquina y me encontré con un hombre robusto, de unos treinta años, caminando por la vereda. Subí, me puse a su lado y le dije: “¡Quedate quieto! ¡Levantá las manos o te mato!”. El hombre obedeció, levantó las manos. Frené la bici y cuando estaba por sacar el revólver de la cintura, me hizo una toma de karateca, me redujo y me arrojó al piso. Posó las dos rodillas sobre mis hombros, quedé totalmente inmovilizado y con la cara entera a su disposición. Empezó a darme una piña tras otra en el rostro, intenté liberarme con todas mis fuerzas, pero se había ubicado de tal forma que resultaba imposible. Moví la cara hacia los costados intentando esquivar algún golpe, seguí haciendo fuerzas hasta que logré escaparme. Corrí y corrí, miré hacia atrás y vi cómo el hombre estallaba la bici contra al piso. Seguí corriendo, sintiendo un dolor infernal en la cara. Llegué al barrio, pedí ayuda en la primera casa que encontré abierta. Una doña me dejó pasar y entré a su baño, metí la cabeza debajo de la canilla y me lavé una y otra vez la cara. Tenía los ojos violetas, las pupilas rojas y los párpados parecían dos huevos. Me salía sangre de la oreja izquierda. Por suerte, había perdido la bici, pero no el fierro. La doña me preguntó que me había pasado, solo le agradecí y me fui a mi casa, avergonzado.

Al otro día le conté el episodio a mis amigos.

—Fua, amigo, cómo venís zafando —me dijo el Peca y tenía razón, aunque todo esto sucedió en las semanas previas al balazo en la panza y a los balazos en la pierna.

¿Me creía inmortal? ¡Para nada! Me creía más muerto que vivo, porque cuando estás tan cerca de la muerte, cuando te morís, pero no del todo, ya nunca sos el mismo, seguís viviendo, pero sintiendo que dentro de vos hay algo que sobra, algo que te arrancaron y quedó del otro lado, en el más allá. Un pedazo de vida que ya no vas a recuperar, donde el rompecabezas de tu alma nunca más estará completo. Estás vivo, pero el recuerdo de haber muerto te persigue y agobia. Y encima pensaba y recordaba todo esto en una tumba. Una minitumba en este caso, porque sabía bien que todo sería aún más macabro si me encontrara privado de mi libertad en un penal de adultos. Lo nuestro era un jardín de infantes al lado de la magnitud del infierno que transcurre en Casa Grande. Mis desgracias siempre habían tenido una gran dosis de suerte.

XIV

Cuando llegan las fiestas todos los presos se arrodillan ante la melancolía. Son días en los que un velo de tristeza envuelve el rostro de la mayoría. En los que el encierro pesa más que de costumbre. En los que tomás más conciencia de tu situación. En los que sentís más la ausencia de tus seres queridos, la ausencia de amor. En los que se luce la soledad y recordás a tus amigos muertos. Está permitido llorar y sucede el ritual que consiste en cortarse la propia carne. Un carnaval de autolesiones. Romper las prestobarbas, arrancarles los filos y hacerse terribles tajos en los brazos, en las piernas, en el pecho, y así lograr el suministro de pastillas que sirve para no sentir nada y olvidarse del encierro.

Durante todo el 24 vi desfilar a un montón de pibes ensangrentados hacia el consultorio del enfermero. A eso de las seis de la tarde fue el turno de Cima.

—Dale, puto, ¿qué? ¿No te da la sangre? —me desafió.

—No, gracias, paso, rancho.

—Sos cobarde, Rengo, eh. No hay con qué darle.

—Mirá si me voy a cortar, portate bien.

—Portate bien vos, cobarde. ¿Tanto miedo a una gillette? En la calle te cagabas a tiros y acá no te querés hacer un cortecito de mierda. Tomatelá, rengo pecho frío.

Esa era una verdad irrefutable. Poco y nada quedaba en mí de ese delincuente arrogante que se creía un superhombre en la calle. Ahora cualquier cosa me daba miedo, es más fácil sentirte valiente con una pistola en la mano. La cárcel pone a prueba la hombría y no cualquiera supera el examen.

Cima se sentó en el piso, agarró el filo y le pidió a Gonza que lo cortara. Gonza, con extrema sangre fría, le hizo seis cortes paralelos en la zona del gemelo derecho. Le brotó una banda de sangre. Cima sonreía. Gonza empezó a golpear el candado y a llamar al guardia. Vino Gutiérrez. “¡Qué gordo cortamambo! ¡Justo ahora te tenés que cortar! ¿No ves que estamos re copetes ya?”, refunfuñó y se llevó a Cima, empujando la silla de ruedas.

Volvió al rato, dopado al mango, con todos los cortes cosidos y vendados. Se estaba quedando dormido en la silla de ruedas y chorreaba baba, pero se negaba a abandonarnos. A eso de las diez de

la noche fue Gonza el que decidió cortarse, eligió el antebrazo izquierdo donde ya exhibía marcas de heridas similares. Esta vez fui yo el que llamó al guardia. Pero a Gonza no lo dejaron volver nunca más con nosotros. Como castigo por cortarse, después que lo cosieron, lo mandaron a un pabellón común. Un guardia vino a buscar sus cosas. Cuando llegaron las doce de la noche, Cima ya dormía. Solo quedábamos despiertos el Pibito y yo. Brindamos con una sidra que nos convidó Gutiérrez, mientras se oían los fuegos artificiales mezclados con el ruido de los pabellones. Golpes contra las puertas, guitarrazos de lápices contra las ventanas enrejadas, vasos y botellas de plástico chocando, gritos insultando a los guardias, burlas de celda a celda. Los guardias escuchaban cumbia al taco y bailaban entre ellos. A eso de las doce y diez, vino Gutiérrez a brindar con nosotros. Al rato pasó el enfermero a hacer lo mismo. En prisión uno logra un vínculo afectivo con los guardias. Compartís una parte de tu vida con ellos, están todo el día encerrados con vos. Del otro lado de la reja, pero encerrados al fin. Ese grado de intimidad y de complicidad nunca lo vas a tener con un psicólogo, con un trabajador social, con un maestro de la escuela, con un abogado, o con el funcionario de la cárcel que sea, porque plantean siempre una distancia inconmovible, proponen un vínculo vertical y profesional, nunca te cuentan nada de su vida privada. En cambio, los guardias se comportan como amigos; te sabés los nombres de sus hijos, de sus parejas; te cuentan qué hacen cuando se van de la cárcel; te piden consejos amorosos. Confían en el preso. Eso no quita que sean los mismos que después te rompen los huesos en una requisa.

Nos quedamos en silencio, escuchando música en la radio. En un momento el Pibito sacó dos encendedores llenos que tenía escondidos en el colchón.

—¿Jalamos? —propuso.

—¿Y eso cómo se jala?, ¿pega?

—Se arranca esto y aspirás todo el gas de una. Pega bastante parecido al poxirrán, pero el efecto dura mucho menos, son unos siete segundos de flash nomás. No le cuentes a Cima, que la otra vez me dijo que los que jalaban encendedores eran todos unos fisuras.

—Mandale, enano…

El Pibito tomó uno de los encendedores y empezó a morderlo hasta que logró hacer un agujero en el plástico donde está la piedrita para la combustión. Se escuchó “¡pshhhh!” del gas saliendo y entrando directamente en su boca. A los dos segundos su rostro se había transfigurado. Empezó a alucinar que veía algo en la pared. Llegó mi turno, repetí los mismos pasos, jalé el gas y quedé re loco. Aunque duró pocos segundos, el flash fue maravilloso. Escuché una campana sonando y una risa que bajaba desde el cielo y nos decía: “¡Feliz

Navidad!”. Miré al Pibito y vi su rostro convertido en una caricatura animalesca. Reímos los dos juntos. Volvimos a la normalidad, pero con resabios, un zumbido en la oreja y el gusto a gas adherido al paladar. Mi cuerpo inmediatamente rememoró las numerosas ocasiones en las que había jalado poxirrán en la calle. Era una droga barata y amena que te trasportaba de la villa a planetas espectaculares y que comprabas en cualquier ferretería. Me encantaba. Jalaba casi todos los días. Para consumir usábamos como recipientes los sachets de Armonía que nos daban en el Plan Vida, un programa del gobierno que regalaba leche todas las mañanas a las familias más carenciadas de la villa. Cortábamos el sachet de lado a lado y tirábamos un poco de pegamento adentro, luego ajustábamos y empujábamos el contenido hacia una de las puntas, lo llevábamos a la boca e inhalábamos y exhalábamos. Al minuto ya habías ingresado en una dimensión fantasmagórica. Los sonidos brotaban por las paredes y se transformaban en enredaderas. Miles de ojos nos observaban desde el cielo, desde el suelo, desde las paredes, desde los árboles. El aire se calentaba, el tiempo se deformaba. Lo más maravilloso era compartir el mismo flash con los demás. Todos experimentábamos estar en el mismo lugar, viendo, escuchando y alucinando las mismas cosas. A veces, uno indicaba con la mano que miremos hacía allá, el resto obedecía y todos veíamos lo mismo: criaturas bestiales y doradas saltando por los techos, los perros de la calle con el rostro garabateado, nuestros pies que se elevaban del piso. El sol se volvía una esponja y el día cambiaba de color. Si era de noche, la luna tendía a dar espectáculos circenses, bajaba hasta el piso y se ponía a bailar y a cantar para nosotros. Yo, cada vez que la luna terminaba su show, le pedía si podía hablar con ella. A veces me respondía que sí y a veces que no. Las ventanas de los monoblocks eran bocas que se abrían y cerraban, algunas vomitaban ríos de líquidos extraños. El aire brillaba como si estuviera hecho de diamantes rallados. La luz estaba atravesada por rayos de miel. Había siempre una voz que nos dirigía y nos decía lo que teníamos que hacer. Sonaba grave, pero sin género, no se podía distinguir si era masculina o femenina, era aterradora e hipnótica.

Ojalá esa Nochebuena hubiese tenido poxirrán para olvidar el diámetro del encierro y saltar alegre sobre una cama elástica lisérgica. Lloré en silencio y tratando de detener mis lágrimas. Yo tampoco supe cómo hacer para evitar esa avalancha emocional que te aplasta cuando pasás una Navidad encarcelado.

XV

Nuestra celda de enfermería se ubicaba a unos pocos pasos del área donde estaban las oficinas del personal jerárquico. A un lado, estaba la de la directora del instituto; frente a ella, la del jefe de los guardias. A un costado, comenzaba un pasillo con otras tres oficinas a cada lado, ocupadas por psicólogos, trabajadores sociales y el psiquiatra. A diferencia del resto del instituto, donde los jóvenes eran quienes limpiaban, en ese sector la limpieza estaba a cargo del personal de una empresa contratada. Los empleados eran dos hombres de unos treinta años, con toda la pinta de venir de un barrio popular. Tenían prohibido hablar con los internos. En todos los meses que llevaba detenido, jamás intercambié palabra alguna con ellos. De golpe, de un día para el otro, los dos muchachos fueron reemplazados por dos mujeres. Una señora de unos cincuenta años y una chica de veinte, de piel bien morena y rasgos indígenas. Su cuerpo era voluptuoso y no lo podía esconder el traje de limpieza. No era ni muy flaca ni muy gorda, tenía más carne que huesos, cola grande y firme, los ojos achinados, el pelo largo y atado. ¡Hasta estaba maquillada! La vi por primera vez esa tarde, cuando salí a hablar por teléfono. La deseé inmediatamente. No supe contener el hambre libidinal. ¡Un espejismo! La comí con la mirada. Al fin un poco de belleza juvenil, al fin una novedad en vivo y en directo, y no a través de la pantalla del televisor. Corté el teléfono y volví rápido a la celda a contarles la buena nueva a los demás. Salieron corriendo desesperados a la puerta. “¡Celador! ¡Baño, por favor!”. Vino un guardia y abrió el candado. Cima y el Pibito salieron despavoridos. El objetivo era aprovechar la salida para mirar hacia al salón donde la chica nueva de limpieza pasaba el trapo. El primero en regresar fue Cima.

—Es una re boliviana —me dijo.

—Y vos ¿qué te hacés el Brad Pitt, Gordo?, si sos más feo que pisar mierda descalzo.

—Mi novia es blanquita y es más linda que esa boliviana.

—Tomatelá, Gordo.

El Pibito tardó más en volver. Luego de observarla un minuto entero, se encerró en el baño a dedicarle una paja.

—Está re linda la negra, alta burra tiene, ¿viste? —me dijo, ya sentado en la cama, con rostro aliviado.

—Es un bagarto esa boliviana —insistió Cima.

—Guarda, que habló el rubio de ojos claros… —dije.

—Tanto la vas a defender a la negra esa… —contestó Cima y empezó a cambiar de canal.

Me recosté sobre la cama y me puse a pensar en ella, invadido por un encantamiento. Empecé a fantasear con la idea de cortejarla y enamorarla. El servicio de limpieza venía tres veces a la semana: lunes, miércoles y viernes, entre las 14 y las 16 horas. Los miércoles recibíamos nuestras visitas en ese mismo salón donde ella tenía que limpiar. La próxima visita sería una buena ocasión para cruzármela e intentar hablarle. Llamé a mi casa y le dije a mi mamá que no viniera el domingo y que por favor lo hiciera el miércoles. En un principio se resistió a cambiar el día de visita y quería que le diera una buena razón para hacerlo. Le respondí que ya se la daría, que realmente valía la pena el cambio. Mientras tanto fui pensando y dudando sobre cuál sería la mejor manera de encararla y cuál podría ser la frase más adecuada para seducirla. Me tenía fe para conquistarla; además no tenía mucho que perder ni mucho para hacer. Mi cabeza estaba totalmente ocupada por las fantasías que me hacía con ella, a pesar de que solo la había visto unos minutos y con el traje de limpieza puesto. El lunes siguiente solo la pude ver a lo lejos, cuando yo volvía del colegio. Ese día fue un poco más maquillada, lo que hizo alimentar mi ilusión. “¿Lo habrá hecho por mí?”, pensé. Seguro, si ella se dio cuenta de que no le saqué los ojos de encima cuando nos cruzamos…

Llegó el miércoles. Me levanté con un aire renovado. Le pedí al Pibito que me cortara el pelo, me bañé y me puse un conjunto deportivo del Chelsea, que casi no usaba. Estuve un rato largo peinándome prolijamente con gel, me depilé las cejas y le pedí a Cima que me convidara un poco de su perfume (uno que le habían regalado los chetitos). Aunque me la cruzara dos segundos, quería que me viera reluciente. Un buen presagio clamaba desde el fondo de mi alma. Era una gran oportunidad de terminar con la soledad.

Mis ojos resplandecieron cuando me llamaron para salir a visita. Mi madre se sorprendió al verme tan entusiasmado. Nos sentamos y nos pusimos a charlar.

—Qué pinta, eh. ¿A qué se debe? —preguntó y le conté.

Al rato entraron las dos trabajadoras de limpieza por la puerta principal, cargando un carro con escobas, secadores, bidones y trapos. Llevaban puesto el delantal azul. Como si fuera una señal del destino, la morocha encaró hacia nuestra posición, ya que tenía que ingresar a la oficina de la directora, ubicada a dos metros de nosotros.

—Hola, hermosa, ¿cómo estás? —la saludé.

La morocha me ignoró completamente y entró a la oficina con sus herramientas de trabajo en mano. Seguí charlando con mi mamá y le

conté cuál era mi plan. Se rio y me deseó suerte. Unos veinte minutos después, salió de la oficina.

—Estás re linda, morocha.

Me volvió a ignorar, pero al menos cruzamos miradas. Se fue rumbo al pasillo donde están las oficinas del equipo técnico. Mi mamá se reía por lo bajo.

Quedé hechizado, hacía meses que no intercambiaba miradas con una chica. Esa tarde solo yo tuve visita. Cuando volví a la celda, Cima miraba la tele y el Pibito estaba haciendo un barco con palitos de helados. La obra estaba bastante avanzada. Les conté sobre el cruce que había tenido.

—¿Qué onda, Rengo? ¿Te enamoraste de la boliviana? —preguntó Cima con sarcasmo.

—Cerrá el orto. Dejá de hacerte el rubio, yo también soy re bolita, ¿y?

—Ja ja… Rengo y bolita.

—Y vos, gordo y paralítico.

Me acosté en la cama a pensar en los ojos de la morocha. Se me ocurrió una idea: escribirle una carta. Me senté, agarré una hoja, una lapicera y me puse a escribir. Le conté quién era, hacía cuánto que estaba preso, que en la calle era re chorro y me había tiroteado con la policía, que no tenía novia. Le pregunté detalles de su vida, de dónde era, si tenía novio, si no me pasaba su número de teléfono. Le imploré que me respondiera con otra carta y que se la diera en confianza a Gutiérrez. Terminé, me acerqué hasta la puerta y llamé a Gutiérrez. Vino dos minutos después, le pedí para ir al baño, abrió la puerta y cuando nos alejamos un poco de la celda, le hablé en voz baja.

—Gutiérrez, ¿no me hacés el inmenso favor de hacerle llegar esta esquela a la morocha de limpieza que empezó a trabajar ahora?

—Fuaa, Rengo… sos un guanaco, está fuerte la negra, eh, buen lomo.

—Sí, por eso. ¿Sabés como se llama?

—No, ni idea.

—¿Me averiguás?

—No te hagas ilusiones, Rengo. Ellas tienen prohibido hablar con ustedes, si la llegan a enganchar a la piba la echan a la mierda, ya sabés.

—No tiene por qué enterarse nadie. Dale, haceme ese favor y te paso un par de paquetes de cigarros.

—¿Cuántos y de qué marca?

—Tres paquetes de Parisiennes, los que te gustan a vos, ¿ta bien?

—Bien ahí, Rengo. Bueno, que quede acá entre nosotros, eh.

Le entregué la carta, la guardó en un bolsillo. Nos dimos la mano. Fui al baño, salí y entré de nuevo en la celda. Me puse a rezar a Dios

pidiéndole que mi carta sea retribuida. También le pedí al Gauchito Gil. Pensé que merecía un mísero milagro de su parte después de todo lo sufrido. “Dale, Dios, ¿qué te cuesta ayudarme con esto?… Dale, Gaucho, dame un poco de alegría”. Al rato vino Gutiérrez y me llamó, alegando que me tenía que ver el enfermero. Era mentira. Al alejarnos unos pasos de la puerta de la celda, me dijo que la morocha había aceptado mi carta a la fuerza, que se asustó y que la tuvo que tranquilizar porque creía que era una trampa que le estaban tendiendo para probarla. Su nombre era Diana y vivía en la Villa 20, en Lugano. Tenía 22 años. Más información no pudo sacarle.

—Gracias, Gutiérrez, bien ahí. El domingo viene mi mamá y te paso esos paquetes de Parisiennes.

—Más te vale, Rengo.

Ahora restaba esperar hasta el viernes, cuando le tocara ir a limpiar nuevamente. Ese día no pasó nada. Me la crucé en el salón, cuando volvía de la escuela, y ni siquiera me miró. Es más, se la percibía hasta enojada. El resto de los pibes que terminaron su jornada educativa pasaron cerca de ella y le dijeron todo tipo de piropos, pero no se inmutó. Entré a la celda con el corazón roto; sin embargo, no estaba dispuesto a rendirme tan fácilmente. Le escribí otra carta y esta vez me esforcé más. Le compuse un minipoema romántico, apoyándome en algunas frases que copié y deformé del libro de Borges. Agregué un dibujito de una rosa y otros detalles líricos. Cima se dio cuenta de lo que estaba haciendo.

—Fua, Rengo, te enamoraste de piola… Está bien, ojalá te dé bola, que hace seis meses ya que estás acá y no te vino a ver ni una percanta… Pobre, Rengo… Estás más solo que el chavo adentro del barril… A ver, qué le escribiste.

Le leí la carta.

—Ah, Rengooo, te pintó el romántico, si no te da bola con esto es porque es una flor de conchuda.

—O capaz tiene novio.

—¿Sabés lo que tenés que hacer? Decile a Gutiérrez que haga que la piba venga a limpiar acá cuando yo salgo a visita. Y listo, ahí son ustedes. Le comés la boca de una y si ella entrega te la coges acá, a cara de perro.

—¿Vos cogiste alguna vez acá?

—¿Y a vos qué te parece? Dos veces nomás. Y se las tuve que recontragatillar a Gutiérrez…

—¿En qué momento? ¿Ya estaba yo acá?

—Sí, Rengo, pasa que vos re noni noni. Una vez cuando te fuiste a comparendo y otra que vos saliste a hablar con tu defensor.

—¿Le tuviste que pasar mucha plata a Gutiérrez?

—Sí, un par de pesos largos y un par de pilchas.

—No sé de dónde puedo sacar plata, no dejé nada en la calle.

—¿Y qué onda tus compañeros?

—La mayoría me dejó tirado. A lo primero, iban a preguntar todos los días, pero ahora el único que va es el Peca, mi mejor amigo.

—Y llamalo y decile. Por doscientos pesos y una buena campera deportiva Gutiérrez agarra viaje.

—Dale, voy a hacer eso.

Me levanté de la cama, me acerqué hasta la puerta y golpeé el candado. Vino Gutiérrez, le trasmití la idea y me respondió:

—Primero hay que ver si la negra te da bola y segundo, quiero trescientos. Yo me la estoy re jugando, Rengo…

—Ya sé, Gutiérrez. Si vos me asegurás lo que te pido, la plata está.

—Listo, quedamos así.

Esa misma tarde llamé al Peca. Hacía varios meses que no hablábamos. Su voz era reconfortante, me llevaba volando hacia los mejores momentos de mi vida durante nuestra infancia jugando en el barro de la villa, éramos pobres pero no infelices, o cuando ya éramos delincuentes y nos sentíamos los reyes de la calle. En prisión, recordar era un consuelo y hacerlo junto a mi amigo lo hacía más bello aún.

—Peca, ¿te acordás de esa vez que casi te arrancás la gamba de un escopetazo? Esa vez que fuimos a buscar la escopeta del 16 a mi casa y que cuando salimos te la guardaste adentro del pantalón y al toque se escuchó ¡bum! Y que todos pensamos que te habías volado la gamba, porque te quedó el pantalón hecho pedazos, vos te desmayaste y nosotros casi nos desmayamos también y que al toque te despertaste y nos dimos cuenta de que el tiro ni te había rozado. Solamente te arrancaste el pantalón, volviste en calzoncillos hasta mi casa, te pasé otro pantalón y nos fuimos al Hueco, cagándonos de risa… ja ja ja Qué flash, cómo zafaste de volarte la gamba.

—Mal... ¿Y te acordás cuando les fuimos a robar a las dos transas que atendían en el 12, las empleadas de los Primos? Y que ya en esa época nadie se animaba a robarles a los transas, porque se habían re enfierrado y tenían banda de soldaditos re digitados por un par de pesos. Y que les dijimos: “Nosotros somos re chorros”, y nos sentimos re zarpados con los transas y que les robamos una bolsa llena de papeles de merca, pastillas y porro. Y que una de las transas se reía y boqueaba: “¡Ahora cuando se enteren los Primos van a ver!”. Y que al otro día todo el barrio hablaba de nosotros y que los Primos nos andaban buscando por todos lados y nos prometieron muerte y amenazaron a nuestra familia. Y que fueron una noche, tirotearon todo el Hueco y no mataron a nadie de pedo y que al otro día fuimos a la mañana con tu hermano Leo, Yoyo y Kevin y les re cagamos a tiros la casa a los transas. Que les bajamos todos los vidrios de las ventanas y que también llenamos de tiros las ventanas de otros vecinos y que

un par salieron a tirarnos la bronca y se armó un re bondi. Y que la gente nos odiaba y que todos esperaban que los transas nos hicieran mierda y nos quedábamos las veinticuatro horas despiertos, tomando merca y enfierrados hasta los dientes recontraperseguidos y juntos para todos lados.

—¿Te acordás que al otro día laburamos, que cortamos alta nave en Ramos Mejía, en la que iban un par de viejas bien conchetas? Y rescatamos un par de cadenas de oro, que las vendimos ahí nomás por el centro de Ramos. Y a la noche nos fuimos a un puterío con la bolsa llena de merca que les habíamos robado a las transas. Y que les regalamos banda de droga a todas las putas y que a mí no se me paraba la pija de lo duro que estaba, pero a vos sí, a vos te pegó al revés, no se te bajaba con nada. Y estuviste cogiendo como tres horas sin parar y la puta estaba chocha porque la llenaste de plata. Y también pagaste banda de escabio hasta que te quedaste sin plata y que nos fuimos y a la vuelta del puterío robamos una re moto de chucu…

—Sí, con el 357 sin balas… el Smith & Wesson.

—Alto fierro era ese.

—Sí y alta moto laburamos… la XR 250…

—¿Te acordás que el que manejaba era un re patova y que se recontrarretobó y no soltaba la llave? Y le diste un cañazo en la frente y empezó a chocolatear a full. Y recién ahí soltó la llave y salió corriendo. Y que no podíamos arrancar la moto porque era a patada y se nos cayó como tres veces y la levantamos. Y manejaste vos y no podías pasar bien los cambios y se nos apagó un par de veces. Y llegamos al barrio empujándola y que nos escondimos por los pasillos y que después de un rato le sacamos la ficha a cómo pasar bien los cambios. Y empezamos a dar una banda de giros por el barrio y todo el barrio nos miraba como diciendo: “Estos dos están re locos, los van a bajar en cualquier momento, tienen carta blanca y andan como si nada…”. Y que esa misma noche te fuiste a robar con el Chino y caíste en cana y perdiste el fierro… Alto fierro era ese y al otro día fui a robar yo y me rompieron la gamba y me re cortaron la carrera… Menos mal, porque mal o bien eso sirvió para parar la bronca con los transas. Si no caímos en cana, seguro nos mataban ellos.

—Sí, puede ser…

—¿Te acordás del Martincito, ese gil que cuando yo tenía catorce años se me hizo el loco? Y que él tenía veintiuno, el gil me puso un fierro en la cabeza y que yo te dije que tarde o temprano ese loji me la iba a pagar. Y lo volvimos a cruzar al tiempo cuando ya andábamos robando y lo hicimos arrodillar. Cómo lloraba el gato ese, ja ja ja. No le di un tiro solo porque vos me lo pediste. No sé cuál te pintó que le diste la pasada al salame ese… ¿Te lo volviste a cruzar por el barrio?

—Sí, y no dice nada el gato. Quedó re pillo…

—Y más vale, si no se puede poner en nada. Terrible bigotazo fue toda su vida, jamás le dio la sangre para ir a poner el pecho y se le hizo el loco a un guachín… Le tendría que haber dado un tiro en la pata… de frente más…

—¿Te acordás que en el último tiempo te ponías re sentimental y te largabas a llorar por nada…? ¿Qué onda, te sigue pintando esa?

—Portate bien.

—Vos portate bien. Cuando salgas te tenés que rescatar, negro, ya fue. A vos te da la cabeza para otras cosas, todavía sos re guacho, estás a tiempo. Acordate en la escuela, te iba re bien.

—Peca, vos sabés cómo vivo… Lo que es mi familia, lo que es mi casa… esa pocilga. Por más que me quiera rescatar, ¿cómo hago viviendo ahí?

—Vos no sos para esa vida. Haceme caso... Dejá de robar cuando salgas.

—Ya es tarde, amigo.

—"Nunca es tarde", dice el dicho.

—"Nunca digas nunca…", dice otro. Acá adentro estoy haciendo una re conducta, estoy yendo a full a la escuela y a todos los talleres que me dejan ir. Voy al gimnasio, le pongo una re onda, pero ni idea qué va a ser de mi vida una vez que salga de acá.

—Amigo, tuviste un Dios aparte… De rolo te lo digo, tenés que aprovechar la oportunidad que te dieron. Dios, el diablo o el que sea, pero te dieron una oportunidad.

—¿Vos decís? ¿Y de qué me sirve eso, Peca? Si estoy acá adentro re verdugueado y seguro tenga que hacer un par de añitos largos, vos sabés que por secuestro hoy en día… te arruinan…

—Pero si seguís haciendo conducta, capaz algún beneficio rescatás, además sos menor todavía.

—Ahora porque sigo en enfermería, pero cuando me toque ir a los pabellones va a costar hacer conducta ahí. Vos sabés cómo son los guachos acá adentro, uno más maldito que otro. Imaginate que acá en enfermería tuve que combatir hasta con un paralítico y con uno que le faltaba la mitad de la cabeza…

—Ja ja ja, ¿de piola?

—Sí, amigo, de piola. Lo tenés que conocer al Cima, es un re pibe, re bardero aunque esté en silla de rueda. ¿Qué onda el barrio? Cómo me dejaron morir, eh.

—Vos sabés cómo es y que siempre fue así. Cuando caés en cana te olvida todo el mundo, amigo.

—Pero ni que me hubiese muerto.

—Estar en cana es peor que estar muerto, a los muertos al menos les llevamos flores cada tanto al cementerio, a los presos ni eso. Vos sabés

cómo es…

—Bueno, Peca, necesito que me hagas un favor. Necesito que le hagas llegar trescientos pesos a mi mamá.

—Uh, tres gambas… es una re astilla.

—Te los devuelvo cuando salga. Es para dárselos a un guardia de acá, que es re piolita y me va a hacer la cabida para tener diez minutos una íntima con una guacha.

—¿De piola se puede confiar en ese guardia?

—Sí, amigo. Es el único favor que te voy a pedir mientras esté acá. Después de esto, listo, te ganaste el cielo. Hice la cabida con una piba que labura de limpieza acá adentro, una morocha que está re linda. No sabés las ganas de ponerla que tengo, no aguanto más. Hace ya más de siete meses que no le doy un beso a una chica, que no siento un abrazo, una caricia, algo de piel. ¡Camino por las paredes ya!

—Pero ¿qué onda la piba? ¿Ya te dijo que sí? Está re jugada la loca, se ve…

—Sí, ya está todo hablado. La piba confía en mí, la tenemos que hacer bien nomás.

—¿No rescataste ninguna piba del barrio que te vaya a ver?

—No, ahora se hacen todas las estrellas. Ya van a ver cuando salga de acá, se van a querer matar. Entonces, ¿cuento con vos?

—Ahora no tengo un peso, pero apenas vaya a laburar y consiga algo de plata, le llevo a tu mamá.

—Dale, amigo, bien ahí. Gracias. Te amo, guacho.

—Yo también, cuidate. Nos vemos en la calle.

Volví sonriente a la celda. Cada vez faltaba menos para aliviar mi soledad. Aunque restaba cumplir el paso más importante: charlar con Diana. Le había mentido al Peca para adelantar los tiempos. Lo más probable era que él se colgara y demorara más de la cuenta en conseguir la plata que le pedí. Ya me había acostumbrado a que mis amigos prometieran cosas que nunca cumplían. “Te voy a mandar unas zapatillas”, “ahora le llevo a tu mamá un conjunto”, “ahora te compro un par de tarjetas de teléfono”. Nadie se animaba a decir la verdad. Que si estás preso, no existís; que pasás a ser una molestia; que nadie quiere saber de vos; que a nadie le pesa tu ausencia, y que nadie te extraña. Porque la vida delictiva en la calle es demasiado intensa y fugaz como para estar pensando en los que están presos. Si quería saber qué lugar ocuparía en la cabeza de mis amigos, tan solo debía recordar cómo me había comportado con mis compañeros que caían presos mientras yo continuaba en libertad. A todos los había dejado tirado. ¿Por qué sería diferente conmigo? Pero confiaba en el Peca. Nuestra amistad venía desde antes de la delincuencia. Éramos amigos desde que teníamos tres años, con nadie había vivido tantos momentos, ni siquiera con mi hermano Leo.

Lo único que se me ocurrió para renovar la estrategia de ganarme el corazón de Diana fue seguir mandándole cartas a través de Gutiérrez, pero que contuvieran una dosis más grande de romanticismo. Estuve varias horas esforzándome en escribirle una carta con las palabras más dulces y tiernas posibles. Agregué el dibujo de un paisaje con un horizonte de estrellas que formaban su nombre. También le pedí al Pibito que hiciera un cofre con palitos de helado para regalárselo. El Pibito había sido un buen discípulo de Gonza y aprendió a hacer hermosas artesanías. Una vez que tuve todo, llamé a Gutiérrez. Vino, quería que le pasara algo de plata en ese instante, pero le pedí que por favor me esperara hasta tener visita, que ya había conseguido la suma exigida y que agregaría unos regalos extras por la demora. Terminó aceptando de mala gana. La carta constaba de tres carillas, en ellas había incluido fragmentos de canciones y nuevos robos a los poemas de Borges. También le brindaba otros datos de mi vida y como posdata escribí: “Si te intereso, aunque sea un poco, respondeme con otra carta y dásela a Gutiérrez”. Le pedí su número de teléfono y le mentí diciéndole que estaba próximo a irme en libertad, que lo que empezáramos en el encierro lo podíamos seguir prontamente en la calle.

Era miércoles. Faltaban dos días para que volviera a trabajar al instituto y saber cuál sería su respuesta, si es que la había. La espera se me hizo eterna, pero la esperanza le daba un sentido fresco a mi vida. Por un rato dejaba de pensar en el encierro.

Cuando llegó el viernes me levanté con el aura resplandeciente. Otra vez le pedí al Pibito que me cortara el pelo, me puse la ropa que había lavado la tarde anterior y me preparé como si fuera a ir a una ceremonia, aunque tan solo tenía que ir a la escuela. En el camino era muy probable que me la cruzara y no podía permitir que me viese desarreglado. Cuando Gutiérrez vino a buscarme, le pregunté si la había visto y me dijo que sí, pero que no había podido hablar con ella. Salí rumbo a la escuela. No me la crucé en el camino de ida y cursé las materias con angustia y ansiedad. Tampoco la crucé de regreso. Entré a la celda medio abatido. Fui directo a la cama. Cima, al ver mi rostro demacrado, intentó despabilarme con un chiste, pero no le di importancia. Me sentía feo, estúpido y condenado a la más humillante soledad. Preso, baleado y solo. Sin que nadie se acordara de mí, sin que nadie me deseara, sin atractivo. Volvía a hundirme en la depresión y en los pensamientos suicidas. Se esfumaba la última chance de encontrar algo de pasión y adrenalina en medio del encierro. Al menos en la calle había lujuria, había aventura. ¿Pero acá adentro qué? ¿Cómo encontrarle algo de encanto? En la calle había logrado algún tipo de trascendencia; siendo delincuente, gozaba del respeto y de la envidia de los demás. Acá era menos que nadie, un

desecho humano, un cuerpo destrozado cubriendo un alma en pena. "¿Quién va a desear a un preso rengo, que tiene los dientes torcidos, que es un negro de piel y de alma? Nunca saldré de esta mierda. Mi vida está condenada a transcurrir en un laberinto de sangre fermentada", pensaba. Pero cuando ya estaba a punto de saltar otra vez hacia el abismo, apareció Gutiérrez en la puerta. Silbó y me hizo señas de que me acercara. Fui volando.

—La negra no me dio ninguna carta, pero me dio esto. —Era un pedazo de papel con un número de teléfono. Lo agarré con los ojos desgarrados de alegría.

—¡Sos un crack, Gutiérrez, bien ahí! ¡Se recontragradece!

—¡Mírenle la carita al Rengo! ¡Está enamorado! —dijo Gutiérrez.

—¡Vamos, Rengo! ¡Rescataste un tajo! ¡Al fin! —se alegró Cima.

Gutiérrez se fue riéndose. Yo volví a mi cama sintiendo que me habían restaurado el alma. Nunca me había sentido tan contento desde que estaba preso. Al rato salí a hablar por teléfono. Marqué su número. Atendió.

—Hola, ¿Diana? Soy yo, el Rengo.

—Sí, ya sé.

—¿Cómo estás? Gracias por pasarme tu número.

—No sé qué querés la verdad…

—¿Qué hacías?

—Me ponés en un compromiso, flaco. Yo estoy trabajando y tenemos prohibido hablar con los internos.

—Sí, ya sé. Disculpá que sea tan atrevido, pero como te decía en la última carta te aseguro que no vas a tener ningún problema.

—No sé, ¿vos confías en un guardia?

—Gutiérrez es re piola, si no no me mandaría así de una.

—Lo único que espero es no tener problemas, me costó mucho conseguir este trabajo.

—Ya sé… y te re agradezco que confíes en mí. No me dijiste qué hacías.

—No te dije que confiaba en vos. Nada, recién termino de hacerle la comida a mi hija.

—¿Cuántos años tiene?

—Seis.

—Y el padre qué onda… ¿dónde está?

—De ese… dejá… mejor ni hablemos.

—¿Qué onda? ¿Está vivo?

—Lamentablemente, sí.

—Uh, le tenés una re bronca. ¿Cuál fue? ¿Cuál se mandó?

—No importa, no quiero hablar de él. Y vos qué onda, ¿tenés novia?

—Y no, si no no estaríamos hablando.

—No sé… ustedes son todos así…

—¿Así cómo?

—Pajeros y chamuyeros. Giles.

—Ah... ni idea los demás, yo no soy ningún gil, no estoy con nadie y no te estoy chamuyando. ¿Qué onda, hace mucho vivís ahí?

—Sí, de toda la vida.

Seguimos conversando durante unos quince minutos. Me confesó que yo le gustaba. Casi me desmayo al escucharlo. ¡Al fin una buena! Le adelanté un poco sobre mis planes y me respondió que estaba loco. Le confirmé una y otra vez que estaba todo organizado y le pedí que por favor me diera la oportunidad de tener un rato a solas con ella. Le dije cuánto me gustaba, que no podía dejar de pensar en ella desde el primer momento en que la vi. Le endulcé el oído todo lo que pude. Antes de cortar, le insistí para que me dijera que al menos pensaría en mi plan. Me dijo que sí, que lo pensaría. Volví a la celda. Le conté a Cima y al Pibito lo charlado con Diana. Ambos me vitorearon, estaban contentos por mí. Ahora restaba aguardar hasta el miércoles próximo, cuando habría visita y yo quedaría a solas con ella en la celda, una vez que Cima saliera a recibir a su novia. Los siguientes días seguí hablando con Diana. Para poder llamar tuve que intercambiar algunas prendas por tarjetas de teléfono. Lo hice en la escuela con algunos de los pibes que estaban alojados en los pabellones.

Nos fuimos conociendo cada vez más y así, de a poco, fui ganándome su confianza. Logré robarle una sonrisa y me animé a decirle cosas subidas de tono. Empecé preguntándole qué ropa interior tenía puesta, dónde le gustaba que la besaran y cosas de ese estilo. Al principio, se negó a responder hasta que cedió. Los diálogos en las llamadas fueron subiendo de temperatura. Regresaba a la celda con una erección tremenda. Para un preso su imaginación es todo y más aún si no tiene pareja. Uno trata de que la persona al otro lado del teléfono te describa las cosas de la forma más detallada posible. Cerrás los ojos e imaginás con tanta fuerza que hasta rozás la sensación de la experiencia. Cada noche me masturbaba pensando en ella.

Llegó el miércoles. Estaba nervioso y ansioso como un adolescente antes del primer beso. A la mañana fui a la escuela y cuando me la crucé no la miré. Ella hizo lo mismo. Fue algo que acordamos previamente por teléfono para que nadie sospechara de nada. Una vez que terminó la jornada educativa, volví a la celda y empecé a prepararme. Le pedí al Pibito que me cortara el pelo. Me bañé y me vestí de punta en blanco. Cima me confirmó que tendría visita. “¡Así que hoy es tu día, Rengo!”, me dijo. Los nervios latían en mi pecho. Vino Gutiérrez a repasar el plan. Una vez que Cima saliera a su visita, le pediría a Diana que viniera a limpiar nuestra celda, con la excusa de que había que desinfectar con lavandina, porque a nosotros se nos había terminado. Solo tendríamos diez minutos para nuestra cita. “Ni

un segundo más, ni uno menos", remarcó. Me pidió que me encargara de tapar bien las ventanas, para que nadie pudiera ver nada desde afuera. Ya tenía los trescientos pesos en su haber. El Peca se los había llevado a mi mamá y ella se había encontrado con Gutiérrez el domingo pasado cerca del instituto. Terminamos de coordinar todo y se fue. Al rato llamaron a Cima. Una vez que salió le dije al Pibito que estuviera preparado, que cuando Diana entrara él tenía que vigilar desde la puerta. A los cinco minutos entró Diana con un secador de piso y un balde. Estaba asustadísima, la abracé para calmarla. Quise besarla.

—¡Pará! Primero tengo que pasar un poco el trapo con lavandina —me dijo.

—Es verdad, tenés razón.

Diana empezó a pasar el trapo a toda velocidad. Cubrió la superficie de la celda y recién ahí vino hacía mí. Nos dimos un largo abrazo y nos besamos. Casi que me había olvidado cómo se hacía, así que fui muy torpe y bruto. No sabía bien qué hacer con la lengua y tampoco es que había tenido tanta experiencia previa en la calle. Nos frenamos al escuchar un ruido de puerta. Miramos al Pibito y nos hizo pulgar para arriba. Nos seguimos besando, yo estaba muy caliente y ella, aunque temblaba del miedo, también. Nuestras pieles tenían una tonalidad muy parecida. Le metí la mano por debajo del delantal azul. Primero acaricié bien su cintura, luego su espalda, su cuello. Quise tocar sus tetas, pero me sacó la mano. Le agarré bien las nalgas y la apreté contra mí para que sintiera mi erección. Se rio y me tocó la pija un poco. Estábamos cada vez más calientes.

—¿No podemos coger un poquito? —le susurré al oído.

—¿Estás loco? ¿Acá? ¡Ni en pedo!

—Dale, por favor, un poquito nomás…

—No… Ya hablamos de esto. Si querés coger tenés que irte en libertad primero.

—Qué mala que sos…

—¿Mala? Me la estoy re jugando por vos, ¿y soy mala?

—Ya sé… bueno, vení… dame otro beso…

Nos seguimos besando hasta que se cumplieron los diez minutos pautados con Gutiérrez. Quise extenderme, pero Diana fue tajante y se fue. Quedé obnubilado, sentía cómo me chorreaba el semen por las piernas adentro del pantalón. Me había ido en seco. Me recosté en la cama en un estado de gracia divina, totalmente abstraído. Al rato volvió Cima de su visita.

—Y, Rengo, ¿la pusiste?

—No… aguantá… Mirá si voy a coger acá.

—¿No quiso entregar la boli?

—No importa. ¿Vos todo bien?

—Sí, todo bien, ranchito. Contame, dale, no te hagas el otro. Le pudiste tocar algo al menos…

—Sí, más vale.

—¡Bien ahí, Rengo!

Seguimos charlando mientras tomábamos mates. Desde uno de los pabellones nos hicieron llegar un porro. Nos lo pasó un pibe por un hueco de la ventana. Decidimos guardarlo para la noche y fumarlo mientras mirábamos *Blade, el cazavampiros*. Habíamos visto el anuncio en las propagandas de la tele. La iban a dar por un canal de aire a las diez. A eso de las nueve terminamos de cenar y nos pusimos a fumar. Quedamos re locos y esperamos que empezara la película. Nos reímos, nos emocionamos. Cuando terminó nos quedamos un rato charlando y haciendo chistes hasta que nos dormimos.

Al otro día me vino a buscar el jefe con tres guardias más. Ninguno era Gutiérrez.

—Rengo, prepará tus cosas que te vas de traslado al Belgrano.

Quedé estupefacto.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Al Belgrano? Si no tengo el alta médica todavía, mi pierna no se recuperó del todo.

—Ni idea, Rengo, son órdenes de la dirección.

—Dale, no me chamuyes. ¿Por qué me sacan de traslado? ¡Si estoy haciendo una re conducta!

—Es decisión de la directora, no mía.

—¿Y qué le pasa a esa vieja puta? ¿Por qué me hace la guerra?

—No sé, pero en quince minutos tenés que estar listo.

Cima tampoco podía creer lo que estaba pasando. Él también expresó su enojo ante los guardias, que lo ignoraron como nunca. La decisión estaba tomada. No había nada que él pudiera decir que sirviera para revertir la situación. Junté mis cosas con resignación: la ropa, la Biblia y unos diez libros que me había regalado el defensor en el último tiempo.

Abandonaba la celda de enfermería después de casi ocho meses.

—Re bardearon, Rengo, re bardearon. ¡Estos giles antichorro! ¡Manga de ortivas! Ya me voy a enterar quién sopló la bolsa, quedate tranquilo. Tenés el número del teléfono público de acá, ¿no? —dijo Cima.

—Sí, lo tengo.

—Bueno, más vale que me llames. No te olvides de mí. Saludos a tu mamá. Allá no compres con nadie. Mandale charraca, vo'sabe. Ya estás pillo. Vos sos chorrito, así que nadie te puede pasar por arriba. A cualquiera que se te haga el loco, tirale la causa a cancha. Vos con tu causa vivís en cualquier lado. En cana tienen que mandar los pibes que andan robando de verdad, no los giles. Nos vemos en Casa Grande, Rengo…

Nos dimos un abrazo sentido con Cima. Me fui acompañado de varios guardias. Tuve que esperar un rato largo en la sala donde están las oficinas. Miraba para todos lados esperando cruzarme a Diana, pero no hubo caso, no la vi. A la que sí me crucé fue a la directora. Era una colorada teñida, de unos cuarenta y cinco años, vestida de traje, que se hacía la copada, pero en el fondo era una hija de remilputa. Salió de su oficina junto con el jefe de seguridad.

—Señora, ¿por qué me trasladan así de golpe? Si estoy haciendo las cosas bien. Me podrían haber avisado al menos.

—Por nada en especial. Usted sabe bien que los traslados acá son algo normal.

—¿Y mi pierna?

—Usted sabe bien que ya está en condiciones de estar con la población común.

Miré a la vieja con los ojos escupiendo odio, pero no le dije nada más. Siguió su rumbo. Vinieron a buscarme dos guardias y me esposaron. Salimos del instituto. Me subieron a la Trafic de traslados. Nos fuimos. Atrás quedaba el Rocca. Cuando ya habíamos hecho unos kilómetros, uno de los guardias me confesó las verdaderas razones de mi traslado.

—Saltó la bronca de que te viste con la negra de limpieza. Gutiérrez está suspendido, y a la piba la despidieron. La mandó en cana la misma compañera que trabajaba con ella. Mal ahí, Rengo, te cortaron el mambo mal, ¿no?

¿Qué habría motivado a la señora a delatarla? A cagarle la vida así a una piba que vivía sola con su hijita en una villa y que necesitaba más que nadie ese trabajo. De todos modos, nada borraba mi responsabilidad. Me ahogaba el remordimiento. Por mi culpa Diana había perdido un trabajo estable y en blanco. La despidieron por animarse al amor con un preso. Por haberme dado un poco de cariño.

Como era de esperarse, todas las emociones violentas volvieron a mi alma. Insulté a Dios, lo maldije. Ahora que había recuperado mi fe, que leía la Biblia, que iba a la escuela, que no me peleaba, que hacía la tarea que me daban, que leía libros y que cursaba todos los talleres habidos y por haber, lo perdía todo. Volvía a empezar de cero y debía escalar la montaña con una roca más pesada en mis espaldas. Ahora, que de a poco empezaba a recuperar el entusiasmo por la vida, el destino se empecinaba en negarme una gota de felicidad. Otra vez me sentía infinitamente solo, triste, resignado, rendido. Depresivo y sin tener otro lugar adonde ir, más que al próximo depósito de almas adolescentes.

XVI

¿Cómo estaría Diana? Pensaba si era mejor llamarla o no. Seguro me odiaba. Mejor no molestarla y asumir mi destino cloacal. El desasosiego crecía, no era capaz de ver un futuro, solo quería llegar al nuevo instituto, que me metieran en una celda y suicidarme rápido. Empecé a quedarme sin aire y no tenía un puf encima. Los guardias detuvieron la camioneta, uno de ellos se pasó a la parte de atrás, empezó a zamarrearme y a golpearme el pecho. Me sentía cada vez más ahogado y emitía un suave relincho. En realidad, eran la tristeza y el miedo ahorcándome. Sabía que en este instituto los pibes eran mucho más violentos que en el anterior. Esta vez no gozaría de los beneficios de estar encerrado en una celda de internación. Ahora me mandarían a la jaula con los leones y yo no tenía ni un atisbo de ferocidad en mi sangre. Les pedí a mis pulmones que dejaran de soplar y a mi corazón que se detuviera. Pero a los pocos minutos del ataque repentino, mi respiración se normalizó. Llegamos al Belgrano, un centro de máxima seguridad ubicado en el barrio de Once, sobre la avenida del mismo nombre, en un rincón muy ruidoso de la ciudad. Albergaba solo a pibes de diecisiete años. De frente parecía una escuela y ningún transeúnte se percataba de que allí existía una minicárcel. Pero una vez que atravesabas la puerta, te dabas cuenta de que estabas realmente encerrado. Había rejas por todos lados, a los costados, en el techo. Los pasillos eran angostos y las puertas, de metal blindado. Los guardias tenían una actitud más solemne y el rostro más macizo. Casi no me dirigieron la palabra. Me introdujeron en una oficina, me revisaron, me tomaron los datos y me condujeron a través de distintos corredores hasta que llegamos a una escalera, subimos al segundo piso, otra puerta, otro guardia. Abrieron y me llegaron los sonidos de los pibes alojados en el pabellón. Estaba aterrado, la luz del lugar era tenue, corría muy poco aire, el edificio era viejo, las paredes de un pálido azul recién pintado. Escuché cómo encerraban a los pibes. Otro guardia me volvió a tomar los datos y me comunicó que la celda que me esperaba era la número veinte. Me hizo señas de que lo siguiera. Caminamos por un largo pasillo lúgubre con un montón de pequeñas habitaciones a los costados. Mientras avanzaba, podía sentir la respiración y la mirada intimidatoria de los demás internos a través de las mirillas. Llegamos hasta la número

veinte, el guardia abrió y entré. Ahí había otro pibe, parado y en actitud de estar esperándome. Era flaco, de mi estatura y tenía la piel blanca. El pelo cortito y enrulado. Se lo notaba histriónico y canchero. Tenía varias cicatrices en la cara.

—¿Qué onda, de dónde sos?

—De la Gardel.

—¿Por qué caíste?

—Por secuestro.

—¿Venís del Rocca?

—Sí.

—El Rengo, ¿no?

—Sí, ¿y vos?

—Alan de San Cristóbal.

Conversamos hasta que se escucharon abrirse las puertas de las demás celdas. Nadie vino a saludar ni a preguntarme de dónde era. Parecía no importarles mi presencia. Alan siguió brindándome detalles sobre cómo eran las cosas en ese pabellón. Me dijo que ahí los que mandaban se identificaban con el bando de La Boca, que no había nadie de Villegas ni de provincia. Que todos eran de los barrios ubicados al sur de la Capital Federal. De Lugano 1 y 2, de la Villa Zavaleta, de la 1-11-14 en Bajo Flores, de Barrio Cildáñez, de Ciudad Oculta, de Carrillo y de la Villa 15. Luego de un rato, vino un pibe a la puerta y me llamó. Me levanté de la cama y fui. Era alguien robusto, bien serio y maduro.

—¿Vos sos el Rengo de la Gardel?

—Sí, soy yo.

—Estás por secuestro extorsivo, ¿no?

—Sí.

—Bueno, sabemos que sos de provincia, pero está todo piola, con esa carátula vas a estar tranquilo acá. Seguro mañana te sacan a actividad.

El pibe se fue y volví a mi tarima. Alan me hizo seña de ojo, que no confíara en él. Yo no tenía fuerzas ni para pensar, pero entendía que era raro que me recibieran los de La Boca. En mi interior aullaba el desconsuelo. Rezaba y maldecía a Dios al mismo tiempo. Al rato vino a buscarme un guardia, salí por el pasillo y me crucé a varios pibes que me ignoraron con solemnidad. La atmósfera del lugar era como la de un penal de adultos, ninguno de esos pibes parecía tener diecisiete años. Llegamos a una oficina. Esperé un rato hasta que entró la directora del instituto. Una mujer de unos cincuenta años, de pelo corto y mucho maquillaje encima.

—Según consta en tus informes, estabas haciendo muy buena conducta. Y hace un rato me llegó un fax de tu defensor donde dice que te gusta leer, ¿es verdad?

—Sí, vengo leyendo los libros que él me regaló.

—Bueno, bien. Acá tenés la escuela. Por lo que vi, estás en el primer año de la secundaria. Te podés anotar a diferentes talleres. Tenemos uno de periodismo y otro de computación, por ejemplo. Espero que te portes bien porque estás por una causa muy jodida.

—Sí, ya sé, quédese tranquila que voy a hacer las cosas bien.

—Eso quería escuchar. Vaya nomás.

Parecía piola la directora, aunque no me podía confiar demasiado. Ya venía de la experiencia anterior, en el otro instituto, donde la directora también se hacía la buenita y terminó siendo flor de verduga. Llegamos hasta la celda. El guardia abrió la puerta, y descubrí que Alan no estaba. Le pregunté que había pasado y me respondió que lo habían trasladado a otra celda. Cerró y se fue. Me recosté en la cama, sentí frío, me levanté a buscar un buzo entre mis cosas y me di cuenta de que me habían robado todo, hasta el último par de medias. Lo único que dejaron fueron la Biblia y los libros que me había regalado el defensor. Lloré de la impotencia. Volví a maldecir a Dios. No sabía cómo reaccionar, no contaba con el mínimo de coraje para salir a actividad y pudrirla. Y aunque quisiera, mis condiciones físicas eran limitadas. Me desesperé y volví a quedarme sin aire. Estaba teniendo un ataque de pánico, pero no podía quejarme ni llamar al guardia, porque podría descubrir el robo y eso significaría que el resto del instituto se enterara rápidamente de lo sucedido. Intenté recuperar el aire y tranquilizarme un poco. No pude. Empecé a dar varios cabezazos contra la pared hasta que me mareé y sentí un corte en la frente y la sangre chorreándome por el rostro. Eso me hizo dar una idea. Recordé que adentro de la Biblia tenía escondida una gillette. La agarré, respiré y me hice un par de cortes arriba del tobillo. Se formó un charco de sangre en el piso. Empecé a patear la puerta. Varios pibes se agolparon en ella y se burlaban de mí, entre ellos Alan. Vino el guardia, me llevaron a enfermería, un enfermero me limpió y vendó los cortes. Luego me dio unas pastillas para dormir. Me hice de valor y le conté al guardia lo que había pasado.

—Bueno, macho, acá es así. Si no te vas a parar de manos en cana, no hubieses salido a robar en la calle.

—Pero son unos cobardes, aprovecharon cuando yo no estaba… Aparte, ¿cómo hicieron para abrir la celda? Ustedes me regalaron.

—Alto manda en cana resultaste ser, Rengo… Si no te bancás la presión, pedile a la directora que te dejen en una celda en resguardo físico.

—Ni en pedo, yo no soy ningún refugiado.

—Bueno, entonces parate de manos.

Las pastillas empezaron a hacer efecto. Me quedé dormido en la camilla del enfermero. Cuando desperté estaba de nuevo en la celda.

La resaca era espantosa, me costaba abrir bien la boca y sentía mucho cansancio. No podía pensar con claridad. Pero recordaba a la perfección la charla con el guardia. Las dos opciones que me dio eran apropiadas. O peleaba o estaba condenado a ser un gato eterno. Me quise levantar de la cama y me agarró un tremendo mareo, vomité. Volví a acostarme. Al rato estaba un poco más lucido. Otro guardia vino, abrió la puerta y me anunció que tenía que ir a población. Salí de la celda y caminé por un largo pasillo hasta llegar a la sala de actividades, donde estaban los demás. Cuando entré todos los presos me miraron, se rieron y siguieron en la suya. Fui corriendo hasta el televisor y lo tiré contra el piso. La pantalla explotó en mil pedazos. Empecé a gritar: "¡A mí no me roba nadie, la concha de su madre! ¡Que se paren de manos los que me robaron!". Los demás presos se levantaron furiosos y vinieron a pegarme. Me defendí como pude, pero las piñas y las patadas me entraban por todos lados. Yo estaba lento por culpa de las pastillas, pero a la vez el efecto me servía para no sentir tanto el dolor. La paliza siguió hasta que entraron los guardias a separarnos. Me sacaron todo ensangrentado rumbo a enfermería.

"¿Otra vez vos? ¡Qué rápido! Uh, te dieron para que tengas", dijo el enfermero al verme. Tenía un ojo tan hinchado que apenas podía abrirlo, pero al menos sentía la satisfacción de haberles destruido la televisión a los que me robaron. En comparación, ellos salieron perdiendo más que yo. No existía chance alguna de que les dieran rápidamente un aparato nuevo. Así que se acordarían de mí durante varios días y se lamentarían haberme robado y pegado como lo hicieron.

El enfermero terminó de revisarme y los guardias me arrastraron hasta una celda de aislamiento. Se fueron y quedé en absoluta soledad, envuelto en un pesado silencio que solo era interrumpido por los gritos lejanos provenientes de los pabellones.

Me di cuenta de que la ventana no estaba tan alta y que si quería podía cortar el pantalón que llevaba puesto y transformarlo en una soga para suicidarme. Pero me sentí humillado de tan solo pensarlo. No es que no tuviera ganas de morirme, es que ya me había acostumbrado lo suficiente al encierro.

Agradecimientos

A Hugo Quintana, Walter Correa, Rodrigo Lugones, Alan Garvey, Ana Pérez, Dolores Reyes, Fito Páez, familia Arndt, Marcelo Figueras, Luis Ortega, a mi madre, a mi hija y a mi abuela. A mis amigos y amigas. Al barrio Carlos Gardel.

«Este es un libro que cuenta el fin de la infancia villera sobre la acribillada carne de su protagonista. A veces no sé cómo César ha sobrevivido a tantas violencias —empezando por la estatal—, pero sé que lo hizo para alzar su voz, cual ave fénix tumbera, y traernos este relato descarnado de lo que nunca debe volver a repetirse. Y sí, la educación artística salva y empodera también esas vidas que muchos todavía considerarían despreciables».

Dolores Reyes

La caída es insoportable. Arden las heridas de bala, desespera la soledad, se subleva la sangre que reclama cocaína, poxirrán y pastillas. ¿Y ahora?

Tras las rejas, las voces de otros pibes quieren captarlo para uno de los dos bandos enemigos que manejan el instituto de menores. Todos han visto su caso en la tele: vinculado a un secuestro, es ya una leyenda. Mal presagio. La gravedad de la acusación prevé años de cárcel y el Rengo yeta deberá aprender rápidamente sus códigos: jamás demostrar miedo, atacar antes de defenderse, ser macho.

La enfermería en la que lo ubican es una extraña isla adonde llega atenuada la agonía de los pabellones. Pero cuando arriben un par de adolescentes de clase alta, la desigualdad y la injusticia le provocarán tal shock que amenazará con su desintegración emocional.

Si en *El niño resentido* César González desplegaba la impetuosa fortaleza de una infancia en la villa, en su segunda novela autobiográfica retoma la narración para sumergirnos en el hueco que separa la calle del encierro. La vida de la muerte.

CÉSAR GONZÁLEZ

Nació en 1989 en el seno de una familia muy humilde en la villa Carlos Gardel, en el oeste del conurbano bonaerense. Preso entre los dieciséis y los veintiún años, al salir del encierro comenzó un vertiginoso despliegue artístico. Cineasta, poeta, ensayista y productor musical, publicó los libros de poesía *La venganza del cordero atado* (2010), *Crónica de una libertad condicional* (2012), *Retórica al suspiro de queja* (2014) y *Rectángulo y flecha* (2021), y el libro de columnas y ensayos *El fetichismo de la marginalidad* (2021). Con su primera novela autobiográfica, *El niño resentido (*2023), se convirtió en un suceso de ventas y de la crítica. Además de videoclips y cortometrajes, realizó nueve largos: *Diagnóstico esperanza* (2013), *¿Qué puede un cuerpo?* (2014), *Exomologesis* (2016), *Lluvia de jaulas* y *Atenas* (ambas de 2019), *Castillo y sol* (2020), *Reloj, soledad* (2022), *Fobia* (2023) —codirigido con Sofía Gala— y *Ulises plebeyo* (2024), y los documentales *Corte Rancho* (2014) y *Diciembre* (2021) —codirigido con Alejandro Bercovich—.

Foto del autor: © Manuela Sayt

González, César
Rengo yeta / César González. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Reservoir Books, 2025.
(Narrativa)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-6553-31-7

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

Penguin Random House Grupo Editorial

Foto de tapa: © Olmo Calvo
Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial / Agustín Ceretti

Edición en formato digital: agosto de 2025
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual y el derecho de autor.
El derecho de autor estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del derecho de autor al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso previo y expreso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.
Por favor, tenga en cuenta que ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse, de ninguna manera, con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de textos y datos.

ISBN 978-631-6553-31-7

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: **penguinlibrosar**
Twitter: **penguinlibrosar**
Instagram: **penguinlibrosar**

Índice

Rengo yeta
Dedicatoria
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos